

SEBASTIÁN GÓMEZ

I.

PREGUNTAD quién fué *El mulato de Murillo*, y no solamente todos los pintores, sino también muchos aficionados, os dirán quién fué y cuáles son las principales obras de este célebre pintor: preguntad quién fué Sebastián Gómez, y pocos, muy pocos sabrán deciros que este nombre y este apellido, vulgares con exceso, son el nombre y apellido de un gran genio que, nacido en la esclavitud, logró ser libre y brillar, merced á su propio mérito.

La gloria del pintor vive, sus obras existen hoy, siendo universalmente aplaudidas y celebradas, á pesar de lo cual, ni estas obras hacen famoso el verdadero nombre de su autor, ni la gloria que por ellas merece refleja directamente sobre él; porque Sebastián Gómez, que nació genio, nació también mulato; porque fué esclavo además, y si como pintor logró eterna fama, como hombre, en cambio, no pudo alcanzar personalidad propia ni aun después de emancipado, llevando hasta en el justo renombre que los siglos le han

concedido el sello de la esclavitud, ese degradante sello del esclavo que, considerado como una propiedad de su señor, toma el nombre de éste precedido de un vergonzoso *de*, preposición en este caso de genitivo, y que indica por ende la idea de posesión ó pertenencia.

Sebastián Gómez, pues, el gran pintor con cuyas obras Sevilla, aun hoy, se enorgullece y se adorna, no tiene, á pesar de esto, representación personal ante la fama, no es un sér humano conocido como todos los demás con su nombre y apellido propios; es un algo de otro que le modifica y da carácter, es, en fin, y en una palabra, el mísero esclavo mulato, al cual su señor y dueño absorbe y denomina.

Y sin embargo de esta injustificable absorción, pocos, muy pocos hombres son tan dignos de ser conocidos y admirados como lo es el célebre pintor objeto de este artículo; porque si merecedor de elogios y digno de prez y fama es quien desde lo más bajo se eleva hasta lo más alto, nadie como Sebastián se vió en malas condiciones, nadie como él debió tanto á su genio y esfuerzo propios; y al hablar así, y al hacer una afirmación tan absoluta, tengo bien presentes los gloriosos nombres de todos esos personajes que, por su humilde nacimiento y su posterior elevación, y en contraposición á los que antiguamente eran apellidados hidalgos ó fijos de algo, me permitiré, para mayor honra suya, apellidar célebres hijos de la oscuridad y de la nada.

No soy yo de los que sistemáticamente combaten y condenan las ideas aristocráticas; pero si bueno es el descender de buenos, es mucho mejor aún serlo por uno mismo; pareciéndome, v. gr., que hay más gloria y más mérito en descubrir hoy un islote, siquiera sea pequeño, que en descender, como descenden los Duques de Veraguas, ó sea de aguas ver, de aquel ilustre y atrevido navegante que, surcando las hasta él nunca vistas ni surcadas olas, descubrió el fértil país á que dió nombre: Américo Vespucio. Heredar, en mi opinión, no supone mérito ninguno; ser rico por herencia directa, no indica para mí más que suerte en el nacer; mientras que hacerse rico por sí mismo supone é indica, cuando no talento, gran actividad y muchos sacrificios por lo menos; lo cual no

quiere decir que yo, á pesar de estas ideas democráticas, no crea que bueno es el descender de buenos, puesto que, en último término, el más pequeño de los cedros del Líbano alcanza siempre mayor altura y un desarrollo mayor que el más corpulento y agigantado de nuestros rastros tomillos.

Sea de esto lo que quiera, y como no es mi intento perderme en disertaciones filosóficas, vuelvo al objeto de mi cuento, ó sea á Sebastián Gómez, el cual, como he dicho ya, desarrolló su genio en la esclavitud, logrando después ser y brillar por una casualidad afortunada. ¿Qué casualidad fué ésta?

II.

Allá, por el año de gracia de 1630, existía en Sevilla un célebre pintor, á cuyo estudio acudían llenos de ardor los jóvenes que, con la inspiración por guía y el dibujo y el color por medios, pretendían grabar sus nombres en el libro de la inmortalidad, en el cual y con sus celestiales y divinas Vírgenes había escrito ya el suyo Bartolomé Esteban Murillo, maestro de la brillante pléyade que por dicha fecha y en la poética ciudad de San Fernando al arte del color se dedicaba.

Una mañana de primavera, una de esas bellas mañanas en las cuales las flores dan al espacio sus aromas y los pájaros sus cantos; una de esas mañanas en las cuales el cielo es azul, el aire puro, vivificante el sol y gratas y agradables la naturaleza y la vida, varios jóvenes, alegres todos y todos bulliciosos, entraron casi al mismo tiempo en el estudio de Murillo, maestro común de todos ellos y de todos jefe y admiración, puesto que todos con obediencia igual y con igual entusiasmo le seguían y admiraban.

—Vas á ver mi Virgen; ven y verás mi Descendimiento; mira mi San José; á ver qué te parece mi Magdalena, se dijeron simultáneamente unos á otros; y sin escuchar cada cual á su compañero, y deseosos más de ser vistos que de

ver, de ser admirados que de admirar, todos se dirigieron á sus caballetes respectivos, ávidos de examinar sus trabajos de la víspera.

—¡Por Judas Iscariote!—exclamó de pronto uno de ellos.—¿Cuál de vosotros, señores, salió ayer el último del estudio?

—Tú; ¿pues no te acuerdas, ó es que estás dormido todavía?

—No estoy dormido—repuso Istúriz, que así se apellidaba el tal,—no estoy dormido; pero ésta es una broma muy pesada, y no estoy de humor de consentirla. Ayer limpié mi paleta al marcharnos, y mirad, mirad cómo la encuentro.—Y al decir esto enseñó á sus compañeros su paleta, completamente sucia y llena toda ella de colores.

—¡Cuernos del diablo! Mirad—exclamó interrumpiendo á Istúriz otro de los jóvenes pintores—mirad esta figura de la extremidad de mi lienzo.

—Y es admirable—repuso Fernández, que se había acercado á examinarla;—debe ser de Córdoba.

—Te juro que no—dijo el aludido, que era otro de los discípulos de Murillo.

—No jures, que no hay necesidad de ello para que te creamos—exclamó, terciando en la conversación, un tercero.—Tú no eres capaz de hacer una figura tan bella y tan brillante.

—Con todo, Prado, no pinto tan mal como tú, que mereces estar en tu apellido.

—¡Ira de Dios!—gritó en este momento Fernández, que se había acercado á su caballete.—¡Pues no están mojados mis pinceles! Por Santiago, que hay duendes en el taller, ó yo no sé quién hace esto.

—¿A que vas á creer que es el Zombi, como dice el negro Gómez?—contestó Prado riendo.

—Zombi, duende ó diablo—dijo otro de los jóvenes que no había hablado aún, y que se llamaba Méndez,—quisiera yo que el que ha hecho esa figura me hiciera la cabeza de la Virgen en mi Descendimiento, pues por más que hago no acierto á darle todo el dolor, toda la resignación y todo el

sufrimiento que concibo. Zombi, duende ó demonio, bien podías acabar mi Virgen—añadió, riendo, y dirigiéndose á su caballete.

Un momento después un grito de asombro, un ¡Dios mío! de admiración y espanto escapóse de los labios de Méndez, atrayendo sobre él la atención de sus compañeros, los cuales, al conocer la causa de tal grito, asombrados también, enmudecieron atónitos.

La causa, con efecto, no era para menos. Una cabeza de Virgen, una hermosísima cabeza, bosquejada solamente, pero de una expresión y una belleza admirables, sobresalía entre las demás figuras del Descendimiento de Méndez, dándole animación, encanto y poesía. Nada más bello, nada ciertamente más inspirado ni más conmovedor que aquella hermosísima cabeza, en la cual lo puro, lo santo, lo celestial de la Virgen, madre de Dios, resplandecía mezclado y confundido con lo horrible, con lo angustioso y desconsolador del sufrimiento indecible de aquella mujer, que no por ser madre del Redentor dejó de experimentar el más fiero de los dolores y el más cruel de los tormentos, llorando desconsolada sobre el yerto cadáver de su hijo.

—¿Qué es lo que sucede aquí? ¿Qué miráis con tanto asombro?—preguntó de pronto una voz dura y cascada, que sacó á los jóvenes de su admiración y de su éxtasis.

—Vedlo vos mismo, si os place, Sr. Murillo—respondió Istúriz, mostrando con el dedo á su maestro la figura de la Virgen.

—¿Quién ha pintado esa cabeza? ¿Quién ha hecho esta maravilla?—dijo Murillo, no bien fijó su vista sobre el lienzo.—Hablad, el que ha bosquejado esa figura será algún día nuestro maestro. ¡Por el alma de mis padres que es soberbia! ¡Qué toques, qué suavidad, qué dulzura! Hablad. ¿Quién ha hecho esa cabeza? ¿Has sido tú, Méndez; tú, Fernández; tú, Prado?

—No, señor; no hemos sido ninguno de nosotros—dijo tristemente el último interpelado, contestando verbalmente á su maestro, al cual ya habían contestado con sus negativos movimientos de cabeza los otros jóvenes pintores.

—No, pues alguno habrá sido, porque no creo yo que esa figura se haya hecho por sí misma.

—Es indudable, señor; pero tales cosas pasan en el taller, que, á no dudar, hay en él aparecidos—se atrevió á decir casi entre dientes Córdova.

—Que no aparecen cuando se los busca—dijo Murillo riendo.

—Es verdad—repuso Méndez;—yo no soy tan simple y tonto como Córdova.

—Muchas gracias.

—No hay de qué, amigo; pero á pesar, Sr. Murillo, de que yo no soy tan simple y cándido como Córdova, digo que aquí pasan cosas verdaderamente increíbles.

—¿Pues qué es lo que pasa?—preguntó Murillo.

—Pasa, señor, que nosotros, según nos tiene mandado, jamás dejamos el taller sin dejar limpias nuestras paletas y secos y enjutos nuestros pinceles, y cuando volvemos por la mañana, encontramos mojados los unos y cargadas de colores las otras; siendo lo más singular que todos los días encontramos en nuestros lienzos figuras que no hemos trazado.

—De modo que, según eso, creéis...

—Creemos, Sr. Murillo, que si no sois vos el que pinta de noche mucho mejor que nosotros vuestros discípulos de día, en el taller, y como Córdova ha dicho, hay algún aparecido.

—No creo en ello y pronto, ¡vive Dios! hemos de dar con el duende. ¡Sebastián, Sebastián!—voceó el gran pintor interrumpiéndose.

—Señor—dijo tímidamente y desde la puerta un muchacho como de catorce años.

—Ven aquí y contéstame la verdad. ¿No te tengo mandado que te acuestes en el taller todas las noches? ¿Por qué no lo has hecho?

—Lo he hecho, señor.

—Entonces, dí: ¿quién ha estado en el taller esta mañana antes que entraran en él estos señores?

—Nadie.

—Mientes.

—Nadie, señor, nadie—se atrevió á repetir Sebastián balbuceando.

—Escúchame bien, y fíjate bien en lo que te digo, Sebastián. Necesito averiguar quién ha bosquejado esa cabeza, y quién traza esas figuras que mis discípulos encuentran algunos días en sus lienzos. Ya lo sabes. Esta noche, pues, en vez de dormir, vela, pues si mañana no has descubierto al que tal hace, llevas veinticinco azotes: mira, pues, lo que haces, y basta. Ea, tú á moler colores, y nosotros á trabajar—añadió, dirigiéndose á Sebastián primero, y después á sus discípulos.

III.

Calló el gran maestro y callaron sus discípulos, quedando el taller en silencio mientras en él permaneció Murillo, el cual, entusiasta por su arte, ni consentía conversaciones, ni toleraba bromas durante las horas de trabajo, haciendo de la pintura un culto y de su taller un templo.

Para Bartolomé Esteban Murillo, con efecto, para ese gran artista sevillano, el único de los pintores que, en mi humilde opinión por lo menos, ha comprendido y trasladado al lienzo toda la pureza de la Madre Inmaculada, su profesión no era únicamente un modo de vivir, ni un medio de ganar dinero; era algo más que esto, ó por mejor decir, mucho más que esto; porque para Murillo la pintura era, al par que una adoración de su alma, una necesidad imprescindible de su espíritu.

Como las matizadas flores al esparcir sus saludables aromas, como las pintadasavecillas al lanzar al espacio las dulces melodías de sus arpadas lenguas, ó como el sol al difundir y desparramar sobre la creación la vivificante luz de sus purísimos rayos, Bartolomé Esteban Murillo, al pintar, es decir, al verter sobre el lienzo su inspiración divina y su creador sentimiento, cumplía su misión y obedecía á su destino.

Para Murillo, pues, pintar era vivir, era gozar, era satisfacer una necesidad, y como en la satisfacción de toda necesidad hay un goce, gozaba pintando, y en pintar se complacía, pudiendo decir de él que si en vez de vivir de sus pinceles le hubiera, por el contrario, costado dinero el placer de manejarlos, no por eso dejara de hacerlo, sacrificando gustoso al placer de pintar una parte no escasa de lo ganado y procurado de otro modo.

Cuando oigo, y dispensen mis lectores la digresión, cuando oigo, repito, á muchos de nuestros *artistas* de hoy decir que escriben, pintan, hacen ó trabajan sólo por ganar dinero, ó me río de ellos, si los creo verdaderos artistas, y por tanto hipócritas del vicio, ó les compadezco y desprecio, si juzgo que dicen lo que sienten; porque para mí el poeta, el pintor, el músico, todo el que es verdadero artista, en fin, no es un explotador de un don, sino un víctima de él.

Como en las profundas entrañas de la madre tierra arde latente pero vivificador ese fuego interno que hace posible la vida y fecunda la naturaleza, en la humanidad, esparcido por el sér humano, latente é impalpable, existe y arde también ese otro sacro é inextinguible fuego que llamamos inspiración, el cual, concentrándose á veces en un hombre, fijándose en un sér é inflamando su espíritu, produce esos grandes genios, esos admirables artistas que en el orden moral, y como los volcanes en el físico, son verdaderos volcanes de la pasión humana, cráteres vivientes que en repetidas erupciones arrojan de sí la candente lava del sentimiento que, concentrado en sus pechos y de ellos rebosando, se desencadena y desparrama por fin dominador y rugiente.

Por esta razón Homero con su *Odisea* y su *Iliada* y Dante con su *Divina Comedia* no son en mi humilde opinión más que cráteres por los cuales respira y se exhala el sentimiento de la Grecia antigua y de la Italia de la Edad Media, pudiendo decir de ambos que si sus grandes creaciones son la entonces candente y hoy ya apagada lava de sus generaciones respectivas, ellos en cambio no fueron más que respiraderos, cráteres, bocas de salida del fuego, de la pasión, del sentimiento que concentrado y latente ardía en las creencias, de-

seos y aspiraciones de la primitiva Grecia politeísta y de la prostituída y vacilante Lacio.

Como las epopeyas de Homero y Dante, nuestro *Romancero* encierra y guarda en sus páginas la fe, el vigor y todos los grandes sentimientos de la España de la Reconquista, la cual en esos admirables romances, cuyos autores son desconocidos, deja que se difunda y desparrame la candente y abrasadora llama de sus creencias, de su inquebrantable valor y de su indómito patriotismo, patriotismo, valor y creencias que hicieron que en el día 2 de enero de 1492, y con la toma de Granada, llegara á su unidad la Nación que vencida y avasalladas apenas si en Covadonga y San Juan de la Peña pudo encontrar un último baluarte contra los terribles sectarios del Profeta.

La fe que produjo la Reconquista produjo también nuestro *Romancero*, y yo, que detrás del rayo busco y estudio la electricidad, y que doy más importancia á las causas que á sus efectos, creo á los grandes artistas cráteres del sentimiento universal, gloriosos autómatas que sienten, viven y crean no por propia voluntad, sino obedeciendo á otra superior, la cual, diciéndoles con acento hasta para ellos propios imperceptible, pero irrechazable, *siente, crea, haz*, les obliga fatalmente á sentir, á hacer y á crear, tal vez porque su misión es hacer, porque su triste aunque glorioso destino es sentir, porque son luz, y su única misión por tanto es la de las luces: brillar consumiéndose, y consumirse brillando para que con su brillo y esplendor sean iluminados los demás mortales y la humanidad tome vida y calor en sus vívidos destellos.

Estos son, en mi humilde opinión por lo menos, los verdaderos artistas, y éstas su manera y razón de ser; por cuyo motivo no concibo ni puedo concebir á esos genios materialistas que ven en su arte un *modus vivendi*, tomando por ruin oficio lo que en mi concepto es venerable religión, ó por mejor decir, necesidad fatal é imprescindible.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Murillo—y vuelvo á mi interrumpida narración,—sintiendo como sentía por la pintura un verdadero entusiasmo, hacía de su profesión

un sacerdocio y de su taller un templo, no consintiendo por tanto en él ociosas conversaciones.

Tú á moler colores, y nosotros á trabajar, había dicho el maestro; y obedientes á la orden recibida y acostumbrados ya á la severidad de Murillo, sus discípulos enmudecieron y trabajaron mientras permaneció en el taller el gran pintor; pero no bien le abandonó, las conversaciones comenzaron, y como lo que en aquellos momentos preocupaba á los jóvenes pintores era la aparición de las figuras, obra de una mano desconocida, sobre ellas se trató, siendo ellas y su autor el objeto único y exclusivo de los diálogos.

—Cuidado, Sebastián; ojo alerta y cuidado con los azotes que te ha ofrecido el maestro si para mañana no has descubierto al culpable. Anda, tráeme amarillo—dijo Córdova dirigiéndose al pequeño mulato que á la voz de Murillo había acudido presuroso en la anterior escena.

—No le necesitáis, Sr. Córdova, habéis puesto bastante—contestó el mulato.—En cuanto al culpable que hace esas figuras, he dicho ya que es el Zombi.

—El Zombi, el Zombi... ¡Qué menguados son estos negros con su Zombi ó su diablo!—exclamó Prado riéndose.

—El Zombi—repuso Sebastián sin inmutarse—es como si dijéramos un duende ó un alma en pena; pero tened cuidado, Sr. Prado, con vuestro San Cristóbal, porque el Zombi sin duda le ha estirado tanto el brazo derecho, que si el izquierdo se le parece, el bendito santo va sin necesidad de bajarse á rozar el suelo con las manos.

—¿Sabéis, señores,—dijo Méndez—que Sebastián hace observaciones muy exactas?

—¡Bah!—repuso Prado, resentido por las palabras del mulato.—Los negros son unos monos que hablan como los loros y nada más.

—No por Cristo—repuso Méndez;—los negros, ó por lo menos este negro, no habla como los loros, puesto que estos pájaros no hacen más que repetir á tontas y á locas lo que oyen, y Sebastián es siempre exacto y oportuno en todo aquello que dice. Sebastián, amigo Prado, da siempre en el blanco.

—Nada tiene de extraño—dijo interrumpiendo Córdova, que recordaba aún lo del amarillo—que Sebastián á fuerza de moler colores haya llegado á distinguirlos.

—Á distinguirlos sí, pero á servirse de ellos es muy diferente—replicó Sebastián, en cuya mirada al hablar así brilló una ráfaga de satisfacción y de orgullo.

Á pesar de las preocupaciones de castas y de clases en la época de Murillo, aun más que en la nuestra, fuertes y poderosas, Sebastián, aunque mulato, gozaba de ciertas inmunidades y privilegios, mezclándose á menudo en las conversaciones de los discípulos de su señor, entre los cuales tenía cierto prestigio merced á su talento, sucediendo además frecuentemente que, indecisos alguna vez los jóvenes pintores sobre la graduación de un color ó sobre el efecto de un toque, le consultaban y pedían parecer, no desdeñando nunca ni su opinión ni sus consejos.

El genio se impone siempre, y el, aunque sin manifestarse, potente genio de Sebastián se había impuesto á aquellos alegres jóvenes, que si bien le mortificaban algunas veces, le querían en cambio mucho, siendo este cariño causa de que al terminar aquel día sus tareas todos á una vez le dijeran al despedirse: «No te duermas, Sebastián, no te descuides; atrapa al Zombi y evita los veinticinco azotes prometidos.»

—¡Los veinticinco azotes!—murmuró entre dientes Sebastián, viendo salir á los jóvenes pintores.—¡Los veinticinco azotes! ¡Oh, qué duro es ser esclavo!

IV.

Era de noche: el taller de Bartolomé Esteban Murillo, aquel taller tan concurrido durante el día, y tan alegre y ruidoso cuando en él no se encontraba el gran artista, había quedado desierto y silencioso.

Una lámpara ardía puesta encima de una mesa de mármol, y no lejos de esta mesa, un joven, ó por mejor decir, un adolescente, cuyo oscuro color se confundía con las sombras

que le rodeaban, pero cuyas negras pupilas brillaban resplandecientes, se mantenía de pie, y débilmente apoyado contra el caballete de Méndez.

Inmóvil, enhiesto, rígido, alguien le hubiera creído una estatua de mármol lidio, si su respiración no hubiera denunciado en él un sér humano, que abstraído y concentrado en sí mismo, apenas si existía para el mundo exterior, puesto que á pesar de que un individuo había abierto sin precaucion ninguna la puerta del taller, y adelantado hasta tocarle llamándole además dos veces por su nombre. Sebastián, puesto que él era el joven que en el caballete de Méndez se apoyaba, ni había salido de su abstracción, ni dado señal ninguna de apercibirse de lo que en su presencia acontecía.

Al tercer llamamiento, el que había entrado puso su mano sobre el hombro de Sebastián, que levantó al fin la vista.

—¿Qué queréis, padre?—preguntó Sebastián al que por tres veces le había llamado ya, y que era un enorme negro.

—Hacerte compañía, hijo mio; quiero acompañarte esta noche—contestó el negro.

—Es inútil, padre; idos á descansar, que yo velaré solo, pues no necesitáis incomodaros.

—¿Y si viene el Zombi?

—No vendrá, perded cuidado—dijo el jóven sonriendo tristemente;—no vendrá, y si viene, venga en buen hora, porque no le tengo miedo.

—Aunque no le temas, el Zombi puede llevarte, y entonces, hijo mio, el pobre negro Gómez no tendría quien le consolase en su esclavitud.

—¡Oh, qué triste es ser esclavo!

—Qué hemos de hacerle, hijo mío; Dios lo ha querido, y es preciso conformarse con la voluntad de Dios.

—¡Dios!—dijo Sebastián levantando sus ojos al cielo—¡Dios! Le ruego tanto y con tal fervor, que algun día oirá mis ardientes ruegos y dejaremos de ser esclavos. Quién sabe, padre mío, quién sabe; pero idos sin cuidado á descansar, que también voy á acostarme allí en aquella estera de junco. Buenas noches, pues, buenas noches, padre mío.

—¿Pero no tienes miedo, Sebastián?

—Ninguno.

—¿Y el Zombi?—dijo insistiendo y con gran ternura el anciano.

—El Zombi no pasa de ser una ridícula y extravagante superstición de los de nuestra raza. Bien lo sabéis, padre, puesto que así os lo ha dicho vuestro confesor: Dios no permite ni puede permitir que existan esos seres sobrenaturales, creaciones absurdas del terror y de la debilidad del hombre.

—Entonces, ¿por qué cuando te preguntan quién hace esas figuras que aparecen algunas mañanas, dices siempre que el Zombi?

—Por divertirme, padre, por reirme y hace reír á los discípulos del amo, los cuales, como yo, saben que el Zombi no existe.

—Así será, sin duda, cuando tú lo dices, y puesto que no tienes miedo y quieres que me vaya, buenas noches, hijo mío; que duermas bien y hasta mañana si Dios quiere.—Y después de decir esto y de haber abrazado y besado tiernamente á su hijo, el negro Gómez se retiró tranquilo y confiado.

Luego que su padre desapareció cerrando tras sí la ancha puerta del taller, Sebastián cayó de rodillas sobre la esterilla de juncos que de cama habitualmente le servía, y después de una ferviente oración, rendido al fin por el sueño y el cansancio, tendióse en su menguado lecho y quedóse dormido murmurando: «Veinticinco azotes si no descubro quién es el culpable, y si le descubro... no, eso nunca; yo no puedo decir que soy yo, porque entonces... entonces, ¿quién sabe? Iluminadme. Dios mío, dejadme pintar y libradme del suplicio de los azotes.»

V.

Amanecía apenas. El tenue y casi imperceptible resplandor del crepúsculo de la mañana, penetrando en el taller de Murillo, disipaba á medias las sombras de la extensa sala, iluminando al par las nobles facciones del dormido esclavo

mulato, cuando éste, al sentirse herido por aquella débil y confusa claridad, abrió los ojos á ella y se incorporó en su lecho.

Cualquier otro muchacho hubiera vuelto á dormirse; pero Sebastián, que únicamente podía disponer de las horas que á su sueño y á su reposo robaba, se incorporó á medias y con un gigantesco y poderoso esfuerzo de voluntad se despertó del todo, obligando á la materia á obedecer al espíritu.

—Ánimo, Sebastián, ánimo—se decía á sí mismo esperanzándose;—tres horas son tuyas; despierta, pues, y aprovéchalte de ellas ya que las demás de tus días y de tus noches pertenecen á tu señor y dueño. Puedes ser libre tres horas; despierta, pues, esclavo—y sé libre, sé hombre, sé artista á costa de tu descanso y de tu sueño.

Animado por sus propias palabras, Sebastián disipó los últimos celajes de su soñolencia; pero al disiparlos, el esclavo, que aspiraba á ser libre por unas cuantas horas, se encontró sujeto entre cadenas y aprisionado entre dificultades.

—Ni aun así, ni aun á costa de sacrificios puede ser libre el esclavo—murmuró tristemente al conocer su situación precita;—he dominado mi sueño, he sobrepuesto mi voluntad á mis necesidades, he triunfado de mí mismo, y ¿para qué?... ¿Para qué?—añadió con creciente desaliento y con amarga sonrisa.—Yo no puedo ni aun aspirar á ser libre; yo no puedo, sin exponerme á un castigo, hacer lo que otros más afortunados hacen con aplauso y satisfacción de todos; yo no puedo ni aun crear, y sin embargo, yo siento en mí algo grande, algo que no todos los discípulos de mi señor sienten ni conciben, algo que me hace recoger y aprovechar las lecciones que Murillo dedica á sus discípulos y que muy pocos de éstos recogen ni aprovechan. ¡Oh, si yo fuera libre!—añadió; y un suspiro ardiente, un suspiro de inmenso anhelo se exhaló de su pecho, en tanto que sus ojos elevaban al cielo una ferviente súplica reconcentrada en una sola pero indescriptible mirada.—Si yo fuera libre—repitió,—si yo no hubiera nacido esclavo... entonces... Y una ráfaga de genio brilló en sus ardientes ojos, quedando abrumado después en una abstracción profunda.

Si yo fuera libre, si yo no hubiera nacido esclavo, hemos oído decir á Sebastián, y estas palabras tuyas me sugieren lógicamente una pregunta: ¿hubiera Sebastián Gómez, si, más afortunado al nacer, su origen y posición social hubieran sido otros, brillado como brilló y sido lo que fué llamándose y siendo el mulato *de Murillo*?

— Quién sabe: para que la fructífera simiente germine, brote y crezca, es necesario que la madre tierra la aprisione, envuelva y descomponga, y bien puede ser que el espíritu humano, para desarrollar sus fuerzas y facultades, necesite en muchas ocasiones de la adversidad y la desgracia.

Sin una presión, sin una fuerza á la suya contraria, ni la pólvora aunque se inflame explota, ni el vapor arrastra potente trenes y vagones; sucediendo además frecuentemente que el que nace con una posición creada, que el que para vivir bien no necesita adelantar ni adquirir, bastándole únicamente conservar, pocas veces ó por mejor decir ninguna, se lanza á ciertas empresas ni desarrolla su actividad; porque el sér humano es cuerpo, es materia, estando por tal sujeto á las leyes generales de ésta, y á la de inercia por tanto.

Y hasta tal punto es inerte el sér humano, que para combatir esta inercia, ó sea pereza de los ricos, las leyes modernas, buscando una mayor actividad en todas las clases sociales, se han visto obligadas á prohibir y á matar esas vinculaciones de bienes llamadas mayorazgos; mayorazgos y vinculaciones que si en otros tiempos fueron buenos por necesarios á la formación y existencia de las naciones, hoy, por el contrario, son considerados como perjudiciales, no solamente por contrarios al progreso y adelanto de los pueblos, sino también á los eternos principios del derecho, dentro del cual no es admisible que uno, disponiendo de lo suyo sí, pero disponiendo de lo suyo abusivamente y en perjuicio de otros, haga que el derecho de propiedad pierda su carácter esencial, y que todos los herederos de sus bienes, todos los sucesivos poseedores de aquello que fué suyo, sean no verdaderos propietarios, sino usufructuarios de una cosa de la cual no son ciertamente dueños, puesto que no pueden disponer de ella libremente.

No condeno yo por esto que digo lo que fué, ni censuro que los Estados, cuando para existir y desarrollarse necesitaron concentrar sus fuerzas y riquezas, las reunieran y concentraran satisfaciendo así una necesidad de aquel momento histórico; pero sí creo que pasado el que podemos llamar período de incubación de las naciones, hechas y formadas éstas, y fuerte y poderosa hoy la entidad Estado, las vinculaciones son indefendibles; porque sobre que falsean y anulan el derecho de propiedad, son además perjudiciales á las naciones, las cuales en provecho propio deben procurar que todos, absolutamente todos los ciudadanos, hagan y produzcan algo.

Intellectus apretatus discurrit qui rabiatur, dice un latinajo tan vulgar como incorrecto, y para que todos discurran y aprieten, bueno es que las vinculaciones hayan cesado, puesto que por regla general sus poseedores, y la experiencia lo prueba, seguros del *panem nostrum quotidianum*, se limitaban á consumir, sin producir jamás cosa ninguna.

La necesidad, el deseo de mayor suma de comodidades, ó sea el interés individual, es la causa y origen de todos los adelantos, tanto en las ciencias como en las artes, siendo ésta la razón por que yo, individualista acérrimo, creo absurdo el socialismo y perjudiciales y contrarias al desarrollo material de los pueblos las ideas proteccionistas.

Busca y encontrarás, dice el Evangelio, y como el que está bien no busca, bueno es que haya necesidades, puesto que para evitarlas el hombre busca y encuentra siempre, sea en más ó en menos tiempo.

No hay mal que por bien no venga, dice un antiguo refrán, en virtud del cual, y vuelvo á mi interrumpida narración el mal de su nacimiento y de su esclavitud fué quizás un bien para Sebastián Gómez, pues sin ser antes el esclavo mulato de Murillo, no hubiera sido después lo que fué ni legado á la historia un nombre, ejemplo para los más y admiración para todos.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Sebastián, que después de pronunciar entre suspiros su *si yo fuera libre* se había abismado en una profunda abstracción, salió poco á po-

co de ella, y dirigiéndose al caballete de Méndez, se puso á contemplar su trabajo del día anterior, ó sea la hermosa cabeza de la Virgen, en la cual el autor del cuadro no se había atrevido á poner mano, temeroso tal vez de estropearla.

—Es preciso terminarla—exclamó de pronto y después de contemplar su obra largo rato;—es preciso que yo acabe de dar vida á esa divina figura cuyo dolor concibo y cuya sublime al par que dolorosa fisonomía veo en mi imaginación y tengo en mi pensamiento. No, yo no puedo consentir que otro la concluya; yo no puedo tolerar que nadie me la arrebatase ni profane; es mía, completamente mía, y sólo yo, yo que la he concebido, que la he acariciado en mis sueños y dado vida en mi mente, soy el que pude y debe terminarla. ¿Qué me importan los veinticinco azotes ofrecidos? Es mi hija, es mi creación, y no hay padre que no lo sacrifique todo por sus hijos. Respira, sé, vive, Virgen mía—añadió con entusiasmo; y apenas expresada esta idea, ya la paleta estaba en sus manos y los colores pasaban de ella á los pinceles y de los pinceles al lienzo.

De momento en momento avanzaba la mañana, y el tiempo, siempre veloz en su marcha, devoraba febril las horas sin que Sebastián se apercibiera de ello, ni notara que ya era tiempo de terminar su tarea, so pena de ser en ella sorprendido.

—Otra pincelada más, se decía á sí propio trabajando, otra pincelada más; eso es, bien; ya sus divinos ojos tienen vista, ya ven, ya lloran, eso es; así, así, ahora la boca. ¡Oh Dios mío! Sus labios se abren, la imagen respira, vive, sí, vive, siente, padece, eso es, eso.—Sebastián, febril, convulso, arrastrado por la inspiración y el sentimiento, se olvidaba de la hora, de que estaba trabajando, de que podía ser sorprendido y azotado, de todo absolutamente, no teniendo vida su existencia más que para su creación y su entusiasmo.

—Ya sabemos quién es el Zombi, señores, y no solamente sabemos quién es, sino que le hemos cogido—dijo una voz de pronto, y una mano sujetó por el brazo á Sebastián, que al sentirse sorprendido cayó de rodillas murmurando: «¡Perdón, Sr. Murillo, perdonadme!»

VI.

Bartolomé Esteban Murillo era, en efecto, el que había pronunciado las anteriores palabras y asido por un brazo á Sebastián, el cual, absorto como hemos visto en su trabajo, no había oído la voz de su amo, que repetidas veces le llamara, ni notado que éste, seguido de sus discípulos que en aquel momento al taller acudían y llegaban, había penetrado en la sala y visto, no solamente el acto de Sebastián, sino también lo por él hecho, ó sea la admirable figura de la Virgen.

—Mirad, señores, mirad—añadió Murillo, señalando el lienzo y conteniendo con un gesto la admiración, próxima á estallar, de sus discípulos;—mirad y decidme qué os parece esto y qué debo yo hacer con el culpable.

A pesar de que el acento de estas palabras nada tenía de amenazador ni de severo, en los oídos del pobre niño mulato resonaron terribles y preñadas de amenaza, y ni la misma voz de Jehová cuando entre el ronco fragor del trueno sonó terrible en el Sinaí fué oída con tan grande espanto ni entre tan fieras congojas.

Y la angustia de Sebastián crecía. Su amo y señor, ocultando su emoción y recreándose en el estado y aflicción del pobre niño, fijaba alternativamente sus miradas en el pintor y en su obra, en el infeliz esclavo que parecía exánime y en aquella hermosísima Virgen, á la cual Sebastián había dado vida.

—¿Quién ha sido tu maestro, Sebastián?—dijo Murillo de pronto.

—Vos, señor—contestó el mulato con voz casi imperceptible.

—¿Tu maestro en pintura? volvió á decir el gran pintor, con un acento lleno de satisfacción y de orgullo.

—Vos, señor—repitió Sebastián más débilmente.

—Jamás te he dado lecciones.

—Pero las habéis dado á otros, y yo, perdonadme, señor, las oía con toda mi alma.

—Por San Esteban, mi patrón, que tú hacías más que oírlas; las comprendías y te aprovechabas de ellas—exclamó el gran pintor, no pudiendo contener por más tiempo su entusiasmo;—te aprovechabas de ellas apropiándote, sin permiso mío, lo que yo daba á mis discípulos, y eso ¡vive Dios! que no sé si merece un castigo ó una recompensa.

Al oír la palabra castigo, poco faltó para que Sebastián se desmayara, y trémulo de terror levantó los ojos y las manos en actitud suplicante.

—¿Qué os parece, señores, merece Sebastián premio ó castigo?—dijo nuevamente Murillo, dirigiéndose á sus discípulos.

—Un premio, un premio—gritaron todos á un tiempo.

—Un premio, y grande—exclamó Méndez.

—Está bien, y así será; pero, ¿qué premio le damos?—volvió á preguntar Murillo.

—Cincuenta ducados lo menos—dijo Prieto.

—Ó ciento,—repuso Córdova.

—No—interrumpió González;—un vestido nuevo.

—Habla tú, Sebastián—dijo Murillo mirando á su esclavo, que no daba muestras de apetecer ninguno de aquellos premios;—habla; ¿son estas recompensas de tu gusto?... Estoy tan contento de tí, de tu manera de sentir y de tu modo de interpretar, que te concederé todo lo que quieras, todo; habla pues, no temas, porque te juro por el alma de mi padre concederte todo cuanto pidas.

—¡Oh, señor!—dijo Sebastián, llenos los ojos de lágrimas de gratitud y besando agradecido los pies de su señor, cuyas rodillas abrazaba.—Si yo me atreviera, si yo...—Y una mirada de infinito deseo animó rápidamente su moreno y pálido semblante.

—Atrévete, pídele dinero, Sebastián—le dijo Prado, interrumpiéndole.

—No, dinero no—exclamó González, el cual, á no dudar, y por lo que hemos visto, se pagaba mucho de la ropa;—pídele un vestido nuevo.

—Nada de eso, Sebastián; pídele que te admita en el número de sus discípulos—gritó Méndez, que era un verdadero y entusiasta artista.

Un débil rayo de alegría lució en los ojos del mulato al oír estas palabras; pero inmediatamente después hizo un signo negativo.

—Vamos, habla—dijo atablemente Murillo, que sonreía y se gozaba viendo los temores é indecisión del pobre niño;—decídetete y pide, seguro de que te concedo lo que pidas.

—Atrévete, Sebastián; el maestro lo desea; habla, habla, pues, y pídele la libertad—dijo Fernández.

—Eso es, eso es, pide tu libertad—gritaron todos aquellos jóvenes á coro,—tu libertad, Sebastián.

—No, la mía no, la de mi padre; señor, la libertad de mi padre—exclamó el joven mulato.

—Y la tuya también—exclamó llorando Murillo, que ya no podía reprimirse;—la tuya y la de tu padre—añadió levantando del suelo á Sebastián, y estrechándole con amor entre sus brazos.—Bien, hijo mío, bien; tu pincel ha manifestado en tí el genio y la inspiración, y tus palabras y noble conducta, la grandeza y superioridad de tu alma; el artista, por tanto, está completo, y desde hoy, no solamente eres mi discípulo querido, sino que te tomo por hijo, y como á hijo te quiero. ¡Dichoso Murillo—añadió,—dichoso Murillo, al cual Dios proporciona tal ventura!

VII.

Murillo cumplió su palabra, y Sebastián Gómez, gracias á él, llegó á ser uno de los más célebres pintores de su época.

En las iglesias de Sevilla son admirados aún hoy sus lienzos, entre los cuales sobresalen una *Virgen de Belén* admirable, *Santa Ana* magnífica, un *San José* bellísimo, y sobre todo, un *Jesús amarrado á la columna*, con San Pedro á los pies, que es una obra maestra.

JOSÉ MARIANO VALLEJO.



MIS APUNTES

SIENDO lo prometido deuda que debemos satisfacer, justo creemos que, sin dar lugar á reclamaciones, cumplamos la palabra dada en nuestro artículo anterior (1), de reseñar en el actual la correspondencia de la tapicería que allí anticipadamente anunciamos.

Con el mismo cuidado que la documentación relativa á la historia de la confección de la tapicería del Triunfo de la fe, consérvase la que se refiere á la de ésta, llamada de los Santos Arzobispos de Toledo, en el archivo de la Diputación Provincial de la misma ciudad, porque ya que sean de igual naturaleza é importancia y hayan pasado por las mismas circunstancias para llegar hasta nosotros, natural parecía fueran igualmente atendidas y con el mismo respeto tratadas, mirando por su idéntico seguro porvenir.

En 23 de septiembre de 1699 se enviaron á Bruselas desde Toledo las estampas de esta ciudad con las de sus monumentos arquitectónicos más notables, catedral, alcázar y puentes de Alcántara y San Martín, que debían figurar en segundo término en estos tapices, para darles cierto carácter de localidad, conviniendo á la vez que estos paños habían

(1) REVISTA CONTEMPORÁNEA, 30 de marzo de 1882.

de representar: el primero, San Eugenio I; el segundo, San Eladio; el tercero, San Eugenio III; el cuarto, San Ildefonso; el quinto, San Julian, y el sexto, San Eulogio. Así y conforme á estas condiciones, se ejecutaron, y aunque no constan los nombres de los artistas autores de los citados dibujos y tapices correspondientes, suponer debemos serían de los más afamados y distinguidos de su tiempo, porque una obra de tal importancia no se encargaría por el Cardenal Portocarrero, que la promovió, sino á artistas muy conocidos y de merecida reputación, como ciertamente lo están demostrando la corrección del dibujo, la esmerada ejecución y movimiento que se advierte en las figuras y otras inestimables bellezas que tanto la avaloran.

Tampoco consta de una manera determinada la fecha de su confección; pero estando averiguado que en 20 de julio de 1700 se envió á Bruselas la primera parte del precio de hechuras, con lo que debía coincidir el principio de la obra, podemos concluir que la misma fecha, sobre poco más ó menos, sería la de su comienzo.

Lo mismo debemos decir de la de su terminación, porque si es verdad que no sabemos cuándo fuera entregada, podemos asegurar se verificaría con anterioridad al 17 de febrero de 1702, porque en este tiempo fué cuando se dió aviso de su remisión de Bruselas á Madrid.

Como dijimos de la primera, repetiremos de ésta, que también debía constar de seis piezas iguales, componiendo un total de 351 anas cuadradas, que á 8 florines y medio una, importaban 2.982 $\frac{1}{2}$ florines; y del mismo modo que se estipularon, así se cumplieron todas estas condiciones referidas.

Como hayamos desde un principio señalado estos artículos con el epígrafe de «Mis apuntes,» no hay para qué decir que, si han de ser fiel reflejo de los papeles que forman nuestro cajón de sastre, habrán de resentirse de la misma heterogénea y abigarrada naturaleza que informa á sus progenitores, y que en vano, entre quienes no puede establecerse punto alguno de contacto, intentaríamos hacer ni con unos ni con otros una serie ó colección más ó menos completa,

cuyo pensamiento de ningún modo podemos acariciar. Ya hemos dicho y repetimos que, no siendo otra nuestra pretensión sino hacer sobre varios documentos, generalmente desconocidos, algunas ligeras indicaciones con alguna más amenidad que la aridez y monotonía propias del índice ó catálogo, esperamos que en gracia de tan buen deseo nos será permitido continuar esta relación bajo el método que hemos adoptado, por ser también el más acomodado á la manera de ser de nuestras noticias, según acabamos de indicar.

Pasando el verano de 1869 en la imperial ciudad de Toledo, pueblo como ninguno digno de ser estudiado antes que, con sus mal entendidas restauraciones, acabe de perder su carácter propio, y sea del todo despojado de muchos de sus objetos raros que aún conserva, y que tan elocuentemente hablan de su pasada grandeza, ocupados en cosas baladíes, bien ajenos estábamos cierto día de encontrar lo que se nos iba á ofrecer, buscando otra cosa, en verdad, hartamente diferente. El hecho es curioso, y sencillamente contado, porque creemos merece ser conocido; sucedió de este modo:

Teníamos necesidad de comprar unas botinas, y entrando con tal motivo en la primera zapatería que hallamos al paso y nos pareció regular, cumplido nuestro encargo, puede calcularse cuál sería nuestra sorpresa al proponernos el maestro y dueño de la tienda, llamado Gasa, la adquisición de un pergamino que decía ser el testamento del Rey D. Carlos. Difícil por demás se nos hizo creer anduviera por tales partes documento de tamaña importancia; pero como sin verlo no pudiéramos en absoluto negar su existencia, y por otra parte nos hiciéramos cargo de las circunstancias especiales por que á la sazón atravesábamos, y de las del lugar donde tantos y tan raros objetos se exponen muchas veces á la venta, sin que nadie pueda darse cuenta de su procedencia, y algo movidos también por la curiosidad, como quien hacía y no hacía caso de lo que oíamos, nos decidimos por fin á condescender con el zapatero examinando su pergamino, para apreciar luego su proposición en lo que pudiera valer. No se equivocaba en todo el maestro, porque el testamento, si no era del Rey D. Carlos, pertenecía al Príncipe del mismo

nombre, hijo de Felipe II; y si antes había sido grande nuestra sorpresa, mayor lo fué después cuando de su detenido estudio crítico pudimos convencernos que era auténtico y original, como lo evidenciaban todos sus caracteres, así intrínsecos como exteriores. Expansivos por naturaleza, acaso diéramos al poseedor del documento más noticias sobre el mismo de las necesarias, que, exagerándolas después sin tino, hizo que al estimar su valor para señalarle precio, tan excesivo se lo dió, que hubimos en su vista de desistir hasta de la esperanza de poseerlo algún día. Divulgada esta noticia, dióse cuenta á la Dirección general de Instrucción pública del notable hallazgo, por si juzgaba conveniente gestionar la compra de tan interesante documento; pero informada con increíble ligereza por persona de todos conocida por su proverbial oficiosidad, no aceptó la oferta, por suponerla solamente, sin haber precedido clase alguna de examen ni otra diligencia, según procedía, como una simple é insignificante copia del original. De lamentable calificamos semejante proceder, que dejaba tan preciada joya en exposición de pasar á poder extraño y figurar en algún establecimiento de su naturaleza, donde servir, entre otras cosas, para perpetuar nuestro punible abandono.

Al interés hereditario por la historia patria, que tan altamente distingue á uno de nuestros primeros títulos nobiliarios, se debe la iniciativa, á maravilla atendida, y secundada por el exministro de Fomento, Excmo. Sr. D. Fermín de Lasala, exdirector de Instrucción pública Excmo. Sr. D. José de Cárdenas, y Jefe de la sección de archivos del cuerpo de archiveros, bibliotecarios y anticuarios, Excmo. Sr. D. Francisco González de Vera, para salvar del inminente peligro que corría testimonio de tal respeto, que con ser el fehaciente de uno de los actos más solemnes de la vida de un Príncipe, tan diversa y aun contradictoriamente juzgado, excusamos ponderar la consideración de que es digno.

Pocos años hace que, en una expedición hecha á Toledo por el título aludido, Excmo. Sr. Conde de Toreno, con motivo de asistir á las solemnidades religiosas con que la catedral primada celebra, durante la semana mayor, el recuerdo

de los misterios de nuestra redención, tuvo ocasión de ver el documento que nos ocupa, por haberle sido presentado y ofrecido para aumentar el caudal científico-histórico de su rica biblioteca. Pero comprendiendo, con su gran ilustración, que el lugar natural donde debía conservarse era uno de nuestros archivos históricos, así lo propuso, con la mayor solicitud, á su regreso á la corte, al entonces Ministro de Fomento ya dicho, quien poniéndose, con no menor celo, de acuerdo con los á la sazón Director de Instrucción pública y Jefe de la sección de archivos, también nombrados para practicar las convenientes diligencias conducentes á adquisición tan recomendable, vencidas todas las dificultades, y pasando, en su virtud, á poder del Estado, hoy puede contemplarse en el Archivo histórico nacional, donde se custodia colocado, según su importancia reclamaba, encuadernado en proporción igual y acompañado de su traducción literal en bellísima letra española, por comenzarse á desvanecer la del original en alguna parte, á consecuencia del demasiado manoseo de los curiosos á que por tanto tiempo se había visto sometido.

Bien quisiéramos hacer aquí algunas consideraciones sobre tan ilustre testador y su última voluntad, puesto que la materia se presta; pero por falta de tiempo lo dejamos para otra ocasión, á fin de decir ahora dos palabras sobre la procedencia de este repetido testamento.

Extraño, como á nosotros pareció, ha parecido siempre á todos ver á un maestro zapatero presentar en venta un testamento real, á cuantas personas de notoria posición social llegaban á la ciudad de los concilios, con objeto de visitar sus notabilidades de arte y arqueológicas, y sin que por esto nada tengamos que decir por lo que se refiere al Sr. Gasa, creemos, sin embargo, conveniente exponer nuestra opinión sobre el lugar de origen de este manuscrito.

No creemos aventurar mucho si afirmamos haber pertenecido al archivo del convento de frailes franciscanos de San Juan de los Reyes, de la ciudad de Toledo; y sin que podamos fijar con la misma seguridad la época de su extravío y desaparición y vicisitudes padecidas hasta haber llegado á parar al lugar en que lo encontramos, vamos igualmente á

presentar nuestras apreciaciones en este punto, que el lector decidirá de su acierto.

Erá costumbre, en la fecha en que se otorgara, Alcalá de Henares 19 de Mayo de 1564, dar, cuando era necesario, un ejemplar de los testamentos que se hacían á cada uno de aquellos á quienes pudiera interesar su cumplimiento; no de otro modo conocemos hoy eos testamentos originales del Cardenal Cisneros dados á dos distintas partes, y como de la lectura del documento en cuestión resulta que á nadie como á los mencionados frailes pudiera interesar su fiel observancia, puesto que el Príncipe disponía en él se diera sepultura á sus restos mortales en la iglesia de San Juan de los Reyes; instituía en el mismo convento un colegio con dos cátedras de teología con rentas propias, y le legaba las reliquias de su mayor estimación, debemos de aquí, como natural consecuencia, deducir que esta casa, la primer interesada, no se quedaría sin su respectivo ejemplar, que, si no en absoluto, con sobrado fundamento podemos calcular sería éste á que nos venimos refiriendo.

Conocida de todos la época en que se llevara á efecto la exclaustración de las órdenes monásticas, y sabido asimismo que sus archivos, por razón de los títulos de propiedad que encerraban, pasaron, por regla general, á los Gobiernos civiles de provincia, lógico es suponer que el de San Juan de los Reyes sería trasladado al Gobierno civil que le correspondía, donde poco tiempo hace aún hemos visto un cartulario de este convento, y que, reconocido, como se hizo con todos, para apartar los documentos de aplicación administrativa, debió alguno ver en este escrutinio el testamento del hijo de Felipe II, y arrancándolo del legajo de que formaba parte, del que todavía conserva los folios 157 á 165, por constar de nueve hojas, la expondría corriendo de mano en mano, que no deseamos conocer, á toda clase de ayenturas hasta haber vuelto del modo que hemos visto, si no al propio, porque ya no era posible, á otro centro científico como el que queda dicho, muy digno en lo sucesivo de conservarle.

A. UBIQUE.



REFLEXIONES POLÍTICAS ⁽¹⁾

(APUNTES VERANIEGOS.)

V.

INTERINIDAD DE LA REVOLUCIÓN.

LA revolución era completamente monárquica. Su manera de ser estaba identificada con esta forma de gobierno. No era republicana, ni quería serlo. Cuando la revolución montó la máquina de conspiración y comenzó á funcionar, se hubiera contentado pura y exclusivamente con el poder. En un célebre almuerzo verificado en una venta que se halla situada en las inmediaciones de Madrid, la revolución discutió su programa político, lo redactó por unanimidad, formó el Ministerio que debía representarla, nombró los altos dignatarios del Estado, escribió los nombres de éstos y los de las personas que habían de componer el Gobierno, y este documento y el credo político fueron entregados á S. M. la Reina D.^a Isabel II, la que estaba en inteligencias con la revolución. La revolución, para

(1) Véase la pág. 3 de este tomo.

satisfacer á S. M., transigió con la tolerancia de cultos y prometió no organizar la Milicia Nacional. Estuvo presente en el almuerzo D. Salustiano Olózaga. La unanimidad de opiniones imperó en todo cuanto se trató en el almuerzo. La conducta de S. M. la Reina con el partido progresista, después de las inteligencias y de la promesa que había empeñado, obligó á éste á ponerse en armas contra la augusta señora.

Los Reyes constitucionales no deben tener jamás inteligencias secretas en ninguna forma con las oposiciones, porque no son ellos los que en absoluto otorgan el poder, pues la regia prerrogativa no es completamente libre, y tiene que tener en cuenta las bases fundamentales del sistema representativo y parlamentario; porque ofenden á los Gobiernos constituídos que se consideran garantidos por la lealtad de los Reyes, y porque adquieren la desconfianza de todos, incluso de los que reciben el poder, lo que produce la enemistad general y la pérdida de la energía, pues no es posible que los Gobiernos defiendan con vigor á la ingratitude. Pero si los poderes reales se ponen en inteligencia directa ó subterránea con las oposiciones, es necesario que cumplan rápidamente sus compromisos, porque se grangean un dictado que los desacredita por completo, y porque justifican cuanto se haga contra ellos.

El sistema de los Reyes de acariciar, halagar y contentar á todos, es muy conocido; no produce efecto alguno ó hiere al amor propio, á la seriedad y á la dignidad, que son las únicas que prestan grandes, leales y eficaces servicios, y con las cuales se puede contar en momentos supremos si permanecen adictas.

No hubiera destronado la revolución á D.^a Isabel II si en los campos de Villarejo de Salvanés y en Madrid logra alcanzar la victoria sin combate y la Reina se somete á ella. Mucho más tarde se hizo antidinástica la revolución, pasando su pensamiento por la etapa del destronamiento de D.^a Isabel y regencia de D. Alfonso.

Las revoluciones avanzan siempre cuanto mayor resistencia se les opone. Mendigó un Rey la revolución en Portugal,

Inglaterra, Italia, Bélgica y Alemania. No lo encontró en ninguna parte. Únicamente tuvo un candidato voluntario la revolución, el que estaba imposibilitado de reinar en España por su origen nacional. Éste hubiera recibido la sanción de Napoleón, por ser pariente suyo, el que encontrándose en la mayor fuerza de su poder imperial en Francia y la Europa, ponía constantemente su veto á las soluciones de la revolución y era completamente contrario á ésta, por resentimiento personal al General Prim y por la protección tan decidida que se había propuesto otorgar á la dinastía caída.

La revolución debió inspirarse siempre en el patriotismo y en el desinterés, y tenía la obligación sagrada de dar una solución política que reuniera el mayor número posible de probabilidades de estabilidad, para poder consolidarla con facilidad. La revolución no tenía derecho alguno á perturbar la Patria para favorecer sus intereses personales. La revolución debió haber tenido en cuenta el estado de descomposición en que se encontraba el País, las perturbaciones de todo género que había de producir la victoria en nombre de la libertad, la absoluta falta de patriotismo y de desinterés de que estaba dando marcadas y muy repetidas pruebas el partido liberal en Madrid, en provincias y en la emigración; las negativas recibidas en la peregrinación llevada á cabo para encontrar un Monarca, habiendo sido alguna de aquéllas más que ofensivas; la oposición personal de Napoleón y las banderas políticas que se dibujaban en el horizonte de España. La revolución resolvió crearse una Monarquía y dinastía para su uso particular. Este fué su constante y bello ideal. Es decir, el problema más difícil que registra la historia universal, demostrando ésta los pocos casos en que han podido resolverse con fortuna estos problemas y las circunstancias que los han favorecido, tan opuestas á las que España podía proporcionar para consolidar la revolución la solución que se había dado.

La revolución vivía sin bandera definida, cuando se presentó una gran parte de la unión liberal con el estandarte del Duque de Montpensier. La revolución cumplió con su deber al rechazarlo. Pero tuvo necesidad de declarar su apellido. Quería ser monárquica, y como no tenía Monarca, izó

una bandera con el lema de *Abajo lo existente, Cortes Constituyentes y que éstas constituyeran el País*, á la que se sometió la unión liberal y S. A. R. el Duque de Montpensier. Esta bandera, para desgracia de la Patria, está constantemente enarbolada en España, á la que se acogen con fruición todos los que no tienen esperanzas de ser poder, todas las ambiciones y todas las malas pasiones con un sinnúmero de reservas de todas clases y especies.

La revolución, en el acto que se le presentó la bandera monárquica del Duque de Montpensier, debió examinar el alcance de este acontecimiento y calcular las perturbaciones que iba á ocasionar á su bello ideal, á la monarquía y dinastía extranjera que quería crear para su uso peculiar y exclusivo. La revolución no se detuvo á reflexionar. Únicamente tuvo en cuenta que la bandera montpensierista sumaba elementos revolucionarios, los que contribuirían á alcanzar el poder.

La revolución no tenía más que dos soluciones serias: la monarquía de D. Alfonso y la república unitaria. ¿No podía ó no quería ser alfonsina? Tenía que ser republicana. La revolución no debió entrar en España sin haber desplegado antes una de estas banderas, ejercer primeramente una dictadura corta y enérgica para organizar el País, especialmente sobre el personal, y educarlo para la libertad; reunir Cortes inmediatamente y en el acto constituir aquél.

La revolución se lanzó á lo desconocido ébria del triunfo y sin patriotismo y desinterés alguno. Si la revolución creyó que no había podido encontrar Monarca porque se la había considerado impotente y pensó que el día que la victoria fuera un hecho consumado hallaría un Príncipe digno de España que quisiera ceñirse la corona, debió ejercer la dictadura corta y enérgica que necesitaba el País y que era tan indispensable funcionara antes de entregarlo á una forma de gobierno, para que ésta pudiera consolidarse, convocar lo más rápidamente posible las Cortes y proclamar en el acto la monarquía y dinastía extranjera. Pero si llegado este caso no hubiera podido encontrar la monarquía que tanto deseaba, para que le fuera propia, debió optar en el instante y sin va-

cilaciones de ninguna clase por una de las únicas soluciones serias que tenía á su disposición.

¿Pensó la revolución, como era de su deber lo que haría en el caso de que la monarquía y dinastía extranjera fracasara? Los hombres de Estado tienen la obligación sagrada de calcular todos los casos que pueden ocurrir, antes de perturbar un país y aplicarle una nueva forma de Gobierno, como los Generales en jefe prevén antes de emprender una batalla, aunque tengan todas las probabilidades del triunfo, no solamente las contrariedades, los obstáculos y hasta las derrotas que pudieran sobrevenir, sino las ventajas necesarias é indispensables que han de alcanzar después de la victoria. Ésta sin lograr las consecuencias del triunfo para consolidar á éste, desacredita á los que han dirigido la campaña, sea militar ó política. ¡¡¡ En España pedir que se piense en el porvenir!!! Es exigir un imposible. En este País no se piensa más que en el presente, ó mejor dicho, en el día que se vive, y únicamente se desea alcanzar lo más rápidamente posible el poder, por cualquier clase de medios y procedimientos.

La revolución dió constantes é insensatas pruebas de que no pensaba nunca en su porvenir. Conceptuó que su monarquía y dinastía extranjera serían eternas. ¡No se consiente esta conducta, en presencia de la absoluta falta de patriotismo y de desinterés que imperaba enérgicamente en los partidos que tenían el deber y la obligación de consolidarla!!!

La revolución no tenía más que dos soluciones serias antes y después de la victoria. Si la monarquía y la dinastía extranjera fracasaban, ¿qué determinación pensó tomar la revolución? ¿Adquirir otro Príncipe extranjero? ¿Quién se hubiera prestado á semejante locura? No tenía más remedio que refugiarse la revolución en la monarquía de D. Alfonso ó en la república. ¿Qué comportamiento tuvo la revolución con estas dos únicas soluciones? Con la primera se enemistó profundamente y declaró que jamás pertenecería á ella, siendo más radical la enemistad de los montpensieristas, porque la corona del Duque de Montpensier inutilizaba por completo la monarquía de D. Alfonso; y á la república la persiguió

la revolución encarnizadamente, hasta con el ridículo, para extinguirla.

D. Eugenio García Ruiz tenía izada la bandera de la república unitaria en la última época del reinado de D.^a Isabel. La revolución no se fijó en esta bandera, porque era monárquica. García Ruiz se presentó con su bandera en la emigración. La revolución se la rechazó. Cuando ésta triunfó, García Ruiz, constante en sus opiniones, enarboló bien alta su bandera y nunca pudo formar iglesia, porque la revolución, con gran imprevisión, se la ridiculizó en tal forma que le dejó completamente aislado. ¿Qué alcanzó la revolución con las sátiras de todas clases que dirigió á la bandera de la república unitaria? Dar vida y cuerpo á la república federal, robusteciéndola cuanto más se burlaba de aquélla.

Á la revolución al ocupar el poder no le preocupó la solución que tenía el deber y la obligación sagrada de otorgar al País. Se lanzó en brazos de una interinidad débil, incolora é insensata, pero encantadora para los que la disfrutaban sin temor alguno á turnos ni á reemplazos.

Á raíz de la revolución se presentó en Madrid el Embajador de España en Francia, D. Salustiano Olózaga, el del retraimiento y el del todo ó nada en los últimos años del reinado de D.^a Isabel, á dar muestras inequívocas de que se hallaba al servicio del Emperador Napoleón, porque exigió del Gobierno provisional de la revolución que se declarara monárquico para contentar al Emperador. Este era el primer paso que quería Napoleón que diera la revolución para encauzarla á su capricho. Débil el Gobierno, accedió en una forma ridícula. Organizó una manifestación oficial popular con el carácter de monárquica y puso á la cabeza de aquélla la bandera de la monarquía sin Monarca y sostenida por una débil interinidad. Á los pocos días se llevaron á cabo en todos los pueblos de España, hasta en los más insignificantes, manifestaciones republicanas federales, que concluyeron por anular la bandera de la república unitaria y que excitaron y perturbaron tanto al País, que hubo necesidad de combatir las perturbaciones derramando sangre, volviendo la interinidad á su manera de ser, en el acto que pasó el mayor peligro.

La interinidad de la revolución no encontraba Monarca, y envuelta en el silencio y en las sombras del misterio, gozaba de las dulzuras del poder inamovible, vigilando que nadie se elevara á tal altura que pudiera disputarle éste. De vez en cuando, los impacientes montpensieristas preguntaban á la revolución si era monárquica, añadiéndola que si no encontraba Monarca, ellos tenían el suyo. La revolución contestaba que era monárquica, pero como no tenía Monarca, para enmudecer y para atemorizar á los montpensieristas, se inclinaba á la república. En una ocasión los montpensieristas, aprovechándose de una de las descomposiciones de las Cortes Constituyentes, agravada por cuestiones financieras, hicieron una presión tan fuerte, que hubiera ocurrido un conflicto en aquéllas. La revolución se excitó momentáneamente y gritó: «Radicales, á defenderse.» Esta bandera, que era sinónima de la república, fué aclamada por todos los colores liberales de la Asamblea con una triple salva de aplausos, los que repitió todo el País liberal. Como la revolución no era republicana, esta algarada se desvaneció como una función de pólvora, volviendo aquélla á los pocos días á fraternizar con los montpensieristas.

Por momentos descomponía y debilitaba á la revolución la interinidad que regía los destinos del País. Aquélla iba perdiendo toda su fuerza moral y material y no causaba temor alguno. Las malas pasiones se desarrollaban de una manera funesta; las fuerzas revolucionarias se descomponían en infinitas fracciones y grupos, y el republicanismo federal tomaba incremento, extinguiendo por completo el republicanismo unitario. Pero los poderes ejecutivo y gubernamental no veían próximos peligros personales y continuaban gozando de la interinidad, que nadie podía disputársela. El poder ejecutivo estaba revestido del poder real. Hacía en apariencia figura decorativa, pero se hallaba en constante contacto é inteligencia con el poder gubernamental. Ambos poderes estaban conformes en la política que representaban y contentos con el papel que desempeñaban.

La revolución, para entretener al público, circuló en una forma extraoficial y á manera de sorpresa de un secreto de

Estado, la noticia de que había encontrado un Monarca en la persona de un joven Príncipe italiano, pero sin intención de formalizar el asunto. Así es que las negociaciones que se entablaron se desvanecieron por completo, porque la revolución no pensaba formalmente en esta candidatura. Otro tanto hizo la revolución con el candidato alemán, sin pensamiento de realizarlo, porque fué más bien una idea estratégica, aunque es posible que las negociaciones, que se llevaban despacio, tranquilas y frías, se hubiesen formalizado con el tiempo y hubiera llegado aquél á ser Rey de España; pero casi puede asegurarse lo contrario. Mas el Emperador Napoleón y la Francia tomaron muy en serio la candidatura desde los primeros preliminares, dieron grandes proporciones al asunto, lo exageraron considerándolo como un hecho consumado, y obraron bien ligeramente. El criterio de Napoleón se extravió y produjo todo esto la guerra franco-prusiana, que dió fin con el Imperio. Napoleón recibió el castigo de haberse inspirado, en la posición tan elevada que ocupaba, en resentimientos personales y de haberse inmiscuído directamente en los asuntos particulares de España, pretendiendo ser el árbitro de sus destinos.

Dos banderas perturbaron constantemente á la revolución: la del Duque de Montpensier y la de la república federal. La primera precipitó la caída del trono de D.^a Isabel y de su augusto hijo D. Alfonso; hizo que la revolución ocupara el poder en malas condiciones, y fué un tema obligado que complicó la solución del problema revolucionario. ¡¡¡ Parece increíble que hombres serios, de talento y de instrucción, concibiesen que podía ser Rey de España un Príncipe de origen francés, casado con la hermana de S. M. la Reina D.^a Isabel, el que tenía que sentarse sobre las cenizas del trono de esta augusta señora, y tenía que reinar en Madrid, el pueblo del Dos de Mayo con su procesión cívico-religiosa anual que conmemora escenas tristes y la independencia de la Patria!!!

La revolución es la única responsable de que la bandera de la república federal la haya perturbado, y es altamente culpable de todos los trastornos que causó aquélla al

País. Si la revolución hubiese ejercido la dictadura que tenía la obligación de aplicar al País, y que tan necesaria é indispensable era para organizarlo, no hubiera sido siempre débil de carácter: hubiera cumplido con el deber de resolver su problema político, dando al País lo más rápidamente posible una solución; y no hubiera perseguido, con falta de criterio, de sensatez y de juicio, á la bandera de la república unitaria, hasta con el ridículo, cortándose una buena y sólida retirada, si era derrotada; el federalismo hubiese sido insignificante é impotente para llevar á cabo perturbaciones serias.

¿Es posible que haya existido y exista en España la bandera de la república federal? ¡¡¡Que hombres de reconocida y aplaudida honradez, de gran talento y de vasta instrucción hayan padecido esta aberración de sus sentidos, y que todavía haya quien padezca esta enfermedad!!!

Además de las banderas del Duque de Montpensier y de la república federal, se le presentaron á la revolución otras banderas, bien originales algunas, y otras chistosas, las que molestaron constantemente la solución que se había propuesto dar la revolución á su problema político, porque ésta, como era lógico y natural, quería que aquélla fuera proclamada en las Cortes por el mayor número de votos posible.

España es el País de los estandartes. Se subdividen los hombres en grupos porque no caben todos juntos en un partido, y cada uno de aquéllos elige una bandera, con la cual viven en una constante imposición y amenaza, perturbando el País cuanto pueden y dispuestos también á verificar coaliciones ficticias. Lo más perturbador es que entre los grupos no existe unidad de mando tampoco. Esta conducta incalificable obedece á que ninguno se cree inferior á los demás, á la hidrofobia que se tiene por el poder y á que todos quieren ocupar los primeros puestos del País. En una palabra, á que no se conoce el patriotismo y el desinterés.

La presión de los montpensieristas, y especialmente la de algunas fracciones de la revolución, que se mostraron enérgicas, entre las que estaba Zorrilla, obligaron á la interinidad á resolver el problema político y dar una solución al País.

Fué proclamado por las Cortes Constituyentes Rey de España el Príncipe D. Amadeo de Saboya, hijo del Rey de Italia, por mayoría de votos revolucionarios. ¡¡¡La revolución otorga á España su anhelada, difícil y grave solución, una monarquía y dinastía extranjera!!! ¿Cuándo? Cuando la revolución estaba en decadencia, se hallaba en estado de descomposición, se había subdividido en fracciones y grupos y había perdido la fuerza moral y material que le era tan indispensable para desarrollar y consolidar una monarquía y dinastía extranjera.

Para complemento, cuando el Rey D. Amadeo se hallaba á bordo de la escuadra española que le conducía á España, ¡¡¡fué asesinado de una manera incalificable el General Prim por manos liberales!!!.....

.....

VI.

REINADO DE D. AMADEO DE SABOYA.

Gran patriotismo y desinterés eran necesarios para cimentar y consolidar una monarquía y dinastía extranjeras. Si estas dos condiciones son siempre tan precisas para dirigir los destinos de España, en el estado en que se encontraba aquél la eran más que indispensables para gobernarla en nombre de una nueva monarquía. La revolución no había ejercido la dictadura, tan necesaria para normalizar el País y para enseñar la libertad hermanada con el orden público, antes de entregarlo á la monarquía extranjera. La monarquía y la dinastía extranjera recibían un país completamente perturbado, en el que no se practicaba el sistema constitucional y parlamentario, y no se comprendía la libertad, pero se pretendía gobernar en nombre de aquel régimen liberal.

La revolución tenía sagrados deberes que cumplir con el Rey D. Amadeo de Saboya. Para los montpensieristas eran

mayores aquéllos, porque después de haber votado al Duque de Montpensier, habiendo manifestado la mayor parte de ellos que lo votaban por puro compromiso, pero que estaban encantados del candidato de la revolución, aceptaron á éste con gran entusiasmo, y la mayoría de los montpensieristas se disputaron el honor de formar parte de la comisión de las Cortes Constituyentes que había de ir á Italia á por el Rey D. Amadeo. Éste no había solicitado ni conquistado la corona de España. No una, sino varias veces, le había rogado la revolución que la aceptara, habiendo contestado negativamente á los primeros ruegos. Accedió cuando las Cortes Constituyentes lo proclamaron Rey de España.

Los españoles profesan en alto grado las leyes de la caballeridad, y las practican con entusiasmo y religiosamente. Pero los políticos españoles padecen de la hidrofobia del poder, la que los enloquece en tal forma, que les desarrolla el instinto del suicidio y otras pasiones tan contrarias á su manera de ser, que en política no funcionan como en los demás actos de la vida.

Empresa más que grave era para el Rey D. Amadeo gobernar á España. Los españoles, que se conocen, no saben ni pueden mandarse unos á otros. ¿Cómo un Rey extranjero podría gobernarlos? Además, que es muy difícil dirigirlos destinos de un país sin conocerlo. El Rey D. Amadeo comenzó su reinado con tal criterio liberal, que el célebre republicano Marqués de Albaida declaró á la revolución que ésta había deseado un Rey constitucional y había encontrado un doctor en Constitución.

Madrid y toda España se hallaban sumamente impresionados el día que el Rey D. Amadeo prestó juramento en las Cortes Constituyentes ante el presidente de éstas, D. Manuel Ruiz Zorrilla, por el estado en que se encontraba el País. El cadáver del jefe de la revolución estaba todavía caliente. Madrid estaba cubierto de una capa de nieve petrificada de un metro de espesor, nevada que había comenzado momentos antes de que se cometiera el incalificable asesinato del General Prim por manos liberales, que había tomado rápidamente tales proporciones, que á la media hora impi-

dió la circulación de carruajes y que se resistía á fundirse.

La tristeza en los unos y la preocupación en los más embargaban los ánimos, y todos pensaban en el porvenir del País. Un sol brillante, despejado y caluroso, iluminó la apostura, la gentileza, la distinción, la simpatía y la bravura natural del Rey de España D. Amadeo de Saboya.

Desgraciadamente para España, las tristezas, las preocupaciones y las impresiones patrióticas las desvanece rápidamente la hidrofobia del poder, impulsada por la falta de patriotismo y de desinterés. Se dió al olvido con prontitud á la Patria, y todos continuaron haciendo política española, que se reduce á demoler y destruir constantemente lo existente, la que ha producido que todos los políticos sean doctores en esta ciencia.

La conducta antipatriótica é interesada que observaron los amadeístas durante el reinado del Rey de la revolución, fué bien censurable, y podría dársele mayores y más graves calificaciones. La revolución se había llevado á cabo para regenerar la Patria y hacer una política enteramente opuesta á la que había funcionado en el reinado de D.^a Isabel. La revolución se había dado á sí misma como solución una monarquía y dinastía extranjera, tan difícil de cimentar y consolidar. La revolución se había cortado por completo la retirada si el reinado de D. Amadeo fracasaba, porque se había declarado incompatible con el reinado de D. Alfonso y había inutilizado á la república unitaria, únicas soluciones posibles antes, durante y después de la revolución.

Tenía la revolución enfrente: 1.º al republicanismo federal, que tenía completamente perturbado al País; 2.º al carlismo, que nace siempre en los desórdenes liberales, se alimenta de éstos y se aprovecha de las escasas fuerzas que la libertad pretende siempre que la defiendan; 3.º al filibusterismo, que hace lo propio, y 4.º al alfonsismo, que algún día sería hombre, y era una de las dos soluciones que tenía el País, pues la otra, el republicanismo unitario, la revolución lo había extinguido. La revolución no tuvo en cuenta nada de lo que la perjudicaba. Los amadeístas, sin patriotismo y desinterés alguno, lucharon sin reflexión alguna con tal encarnizamiento,

locura é insensatez por el poder, que concluyeron por destruir la solución de la revolución y se suicidaron.

El Rey D. Amadeo, al entrar en Madrid, dió el poder gubernamental al General Duque de la Torre, que había sido Presidente del Gobierno provisional y del poder ejecutivo de la revolución y Regente de ésta, para que formara un Ministerio compuesto de los dos partidos que tenían el deber y la obligación de cimentar el trono y la dinastía extranjera. Al poco tiempo la coalición no podía gobernar, porque ambos partidos deseaban ardientemente la homogeneidad del poder.

El Rey se vió en la necesidad de elegir un partido para entregarle el poder. Optó por el radical. Estaba en su perfecto derecho. Además, el partido radical era el que le había hecho Rey de España y tenía mayor obligación de construir los primeros cimientos de su reinado. Entregó el poder á Zorrilla jefe del partido radical, el que además había sido Presidente de las Cortes Constituyentes, había ido á Italia á por él, y ante quien había prestado el juramento. El partido constitucional se ofendió sin razón alguna.

El Rey cometió una grave falta. Al dar el poder al partido radical, no le entregó el decreto de disolución de las Cortes. Estas las había confeccionado la coalición, y ninguno de los dos partidos podía gobernar con ellas.

El partido radical suspendió las sesiones, para desarrollar su plan político. En el acto que Zorrilla y el partido radical fueron poder, estalló una grave disidencia en el seno del radicalismo. Sagasta, despechado, falto por completo de patriotismo y de desinterés, y sin tener en cuenta razones de ninguna especie, á cual más justificadas, se separó de su partido con la intención de destrozarlo y con el exclusivo objeto de constituir un partido del que fuera jefe único. Los jefes de los partidos no se nombran. Los hombres se imponen á los partidos, ó éstos se inclinan á aquéllos. El partido radical se había inclinado á Zorrilla y lo reconocía por jefe. ¿Qué derecho ni qué razón tenía Sagasta para hacer daño á su partido?

El Gobierno radical reanudó las sesiones de Cortes, y en el acto que se presentó á éstas, fué derrotado, en la votación

de Presidente del Congreso, sin que pudiera dar cuenta de su conducta política en el interregno parlamentario, ni se discutiera ésta.

El Rey pudo subsanar la falta que había cometido, entregando el decreto de la disolución de las Cortes á Zorrilla y que el Gobierno radical continuara en el poder, porque la derrota parlamentaria obedecía á una cuestión personal entre el partido radical y una fracción de este partido, apoyada por el partido constitucional y todas las minorías antiama-deistas de unas Cortes hechas por la coalición de los dos partidos. Si el Rey no quería hacer esto, podía haber entregado el poder y el decreto de disolución al Duque de la Torre, jefe del partido constitucional. Ninguna de estas dos únicas soluciones adoptó el Rey.

El Rey se mezcló en enemistades de familia, que jamás debió de hacerlo, porque los primeros rudimentos del bienestar personal marcan claramente que se huya siempre de todos los asuntos de familia. El Rey dió el poder con el decreto de disolución de las Cortes á Sagasta. Es decir, el Rey dió la razón á Sagasta, pero en tal forma, que aprovechándose éste, los sagastinos y algunos constitucionales de su victoria secreta, y contentos los últimos de la descomposición del radicalismo, verificaron una sesión de Cortes nada seria, que concluyó por la sorpresa de la lectura del decreto de disolución de las Cortes en son de burla. El Rey cometía otra falta grave. *Apoyaba y auxiliaba desde el poder á que se creara un tercer partido en su reinado.*

Desde aquella fecha empezó á descender rápidamente el reinado de D. Amadeo de Saboya. El radicalismo, ofendido con sobrada razón y justicia en su amor propio y falta de patriotismo y de desinterés, descarriló por completo. El partido constitucional se ofendió también, porque por segunda vez no quería darle el Rey el poder, habiéndoselo otorgado á una fracción del radicalismo con pretensiones de partido que favorecía S. M.

Los hechos demostraron al Rey que Sagasta con su gente no eran partido, no pudo gobernar con su fracción por falta de fuerza moral y material. Se refugió en sus antiguos y

constantemente enemigos los unionistas. Se presentaron al Rey como partido los sagastinos y los constitucionales. El Rey dudó de la fusión. Dió un término S. M. para que le declararan que eran un partido compacto y unido. *¿Quién aconsejaría al Rey que en España se dé un término, aunque sea de un minuto, á los hombres políticos para entregarles el poder si declaran que constituyen partido?* El Rey entregó el poder al Duque de la Torre y á Sagasta.

Lo fusionados que estaban los antiguos unionistas y los sagastinos lo demostraron varias veces y especialmente cuando ocurrieron el convenio de Amorevieta y la transferencia de los dos millones, que unos á otros se censuraron, se trituraron y se calumniaron á presencia de las oposiciones, sin que éstas tuvieran necesidad alguna de incitarlos.

Los amadeistas apelaron, como siempre ocurre en España, á las imposiciones y á las amenazas para adquirir ó sostenerse en el poder. Las imposiciones y las amenazas quieren decir perturbaciones de todas clases, y tienen que basarse en alguna bandera enemiga del jefe del Estado, con la que se contrae compromiso en la oposición, el que no solamente perturba la posesión del poder cuando se adquiere éste, sino que lo debilita y lo inutiliza. Además, los que adquieren el poder con estos procedimientos, no debe sorprenderlos que los demás ciudadanos, incluso sus correligionarios, imiten su conducta y quieran imponérseles, cuando pretenden satisfacer sus intereses ó conceptúen que éstos van á ser perjudicados.

El Rey dió muestras de que le impresionaban las imposiciones y las amenazas, cedió una vez á ellas y enseñó este camino ilegal para llegar al poder, que es el más fácil, rápido y nada peligroso si se consigue el objeto haciendo el fantasma. Se exacerbó las pasiones de los amadeistas, y concluyeron éstos por destrozar entre sus manos la monarquía y la dinastía extranjera, que tenían el deber y la obligación de cimentar y consolidar. Todos los enemigos de aquélla no hicieron más que auxiliar y apoyar hábil y poderosamente la enemistad que había entre los amadeistas, las pasiones de

éstos y la hidrofobia por el poder, que era la causa de los combates fratricidas.

Faltaba la gota de agua. El partido radical se hallaba en el poder. Surgió un incidente de indisciplina militar contra el principio de autoridad, injustificado, no solamente porque todos los de esta clase lo son, sino porque no tenía razón de ser, pues el Gobierno, que se había visto precisado á tomar una determinación, preveyó este caso, como era de su deber, y rodeó la determinación de varias medidas, que quitaban todo pretexto al incidente si quería exhibirse.

La determinación no era nueva, se había tomado varias veces durante el mando de la revolución, sin que surgiera el incidente en proporciones alarmantes; pero el Gobierno tuvo en cuenta que la revolución estaba en completa decadencia, y obrando con previsión, adoptó sus medidas para que no tuviera justificación el incidente si creía alguien que era llegado el momento oportuno de obrar, excitando las pasiones y las leyes particulares y generales de las corporaciones y de la sociedad.

Todos los partidos se aprovecharon, bien en un sentido ó en otro, del incidente, y lo esgrimieron para favorecer sus intereses personales. Estos impulsaron enérgicamente á los motores del incidente, alentándolos también los partidos conservadores, especialmente el constitucional y amadeista, que pretendía sentarse sobre las cenizas del principio de autoridad.

El Gobierno, en el acto que se presentó el incidente, cumplió con el deber de hacer grandes esfuerzos para evitar las consecuencias de aquél. En el seno del Gabinete y de la alta servidumbre de Palacio ocurrió un episodio irregular, y otro con un Director general de un arma; pero tan propios y gráficos en la política española, que dieron vigor á la tenacidad del incidente, é inutilizaron los propósitos del Gobierno, lo que ha dado margen á que la opinión pública se fijara en el Presidente del Consejo, Zorrilla, y Ministro de la Guerra, General Córdova, considerándolos culpables del incidente, cuando es completamente todo lo contrario.

Los constitucionales extremaron las imposiciones y las

amenazas, y dieron seguridades á los inspiradores del incidente para que resistieran y se opusieran á todo cuanto hacía el Gobierno y el Capitan general de Madrid para desvanecer el incidente, los que, sin prescindir de la dignidad del puesto que ocupaban, demostraron la sinrazón de aquél.

¡Fenómeno político español! Entre el partido constitucional se hallaban Moriones, Sagasta y otros sagastinos que habían sido los organizadores del origen del incidente, los que habían jugado la parte más activa en aquél, y el Duque de la Torre y sus unionistas habían aprobado el hecho al unirse á la revolución, y lo habían sancionado cuando ésta triunfó.

El constitucionalismo quería que el Rey diera un golpe de Estado, y deseaba perturbar militarmente á Madrid, llevando á cabo un pronunciamiento con la guarnición. El Gobierno se vió en la necesidad de salvar el principio de autoridad, y cumplió con su deber.

¡¡¡El Rey D. Amadeo de Saboya se negó á faltar al juramento que había prestado en las Cortes Constituyentes, y ENSEÑANDO PATRIOTISMO Y DESINTERÉS Á LOS ESPAÑOLES, abdicó y entregó la corona al Presidente del Congreso!!!.....

.....

VII.

ACTO DEL 23 DE ABRIL DE 1873.

La revolución no intentó que la abdicación volviera sobre su acuerdo. Es posible que si se presenta la revolución compacta y unida con la bandera del patriotismo y el desinterés al Rey, hace un acto de contrición y habla con patriotismo y desinterés, S. M. hubiera retirado su abdicación, ó al menos la revolución hubiera ganado mucho con el acto de arrepentimiento, y el Rey hubiera perdido con la insistencia en la abdicación.

Al partido radical que se hallaba en el poder le correspondía la iniciativa de la fraternidad revolucionaria. Á Zorrilla, presidente del Consejo y jefe del partido radical, le sorprendió y le anonadó tanto la abdicación, que cayó en la prostración y en la debilidad de carácter más completa y más perjudicial á la Patria en aquellos momentos supremos.

La solución de la revolución había muerto. La revolución no podía decir como la monarquía: «El Rey ha muerto, ¡viva el Rey!» La revolución se había cortado por completo la retirada. La revolución no tenía más que dos soluciones, las mismas que había tenido siempre: la monarquía de Don Alfonso y la república unitaria. Maldijo entonces la revolución la conducta que había observado con esta última solución. La revolución, con febril impaciencia, sin reflexión alguna é hidrófoba por el poder, se lanzó sobre García Ruiz y le arrancó su bandera, la que tanto le había ridiculizado.

El partido radical, como se hallaba en el poder, fué el primero que arrebató á García Ruiz la bandera de la república unitaria. Falto por completo de patriotismo y de desinterés, no quiso dar participación en el poder al partido constitucional, y se entabló una lucha fratricida radical, de las más encarnizadas que se han conocido. Como es lógico y natural, el federalismo, único partido liberal que amamantó la revolución, se aprovechó del incalificable desconcierto radical.

En la última época del reinado de D. Amadeo, el federalismo llevó á cabo trabajos de conspiración en las masas y en las clases bajas de los cuarteles para provocar perturbaciones, pues no tenía fuerza para hacer una revolución. El capitán general accidental de Madrid, no los ignoraba y no les daba importancia porque eran impotentes para perturbar el orden público. Pero el día que abdicó el Rey, aquellos trabajos tomaron gran valor, no solamente porque podría alterarse el orden público en un sentido ó en otro, que todo podría suceder, sino porque podrían llevarse á cabo manifestaciones populares y militares de todas clases para influir en el acuerdo que tenía que tomar la Asamblea.

En el acto que circuló la noticia de la abdicación, las excitaciones en todos sentidos, en particular la federal, toma-

ron grandes proporciones. Las impaciencias de las clases inferiores de la sociedad eran grandes y peligrosas. Cualquiera manifestación, por pequeña que fuera, durante la salida y marcha del Rey, podría traducirse en un sentido deshonroso á la nobleza y honor de España. Los jefes del federalismo no tenían fuerza moral ni material sobre las masas. Los hechos habían demostrado que en varias ocasiones obraban por su propia cuenta.

El Capitán general de Madrid montó á caballo en el acto que tuvo la primera noticia de abdicación, se constituyó en los cuarteles, los estuvo recorriendo día, tarde y noche, así como también el Ministerio de la Guerra y los puntos más revolucionarios, y no abandonó los cuarteles hasta que la Asamblea tomó acuerdo, manteniendo completamente inalterable el orden civil y militar, que estaba bien excitado desde el instante que fué pública la abdicación.

El Capitán general fué algunas veces á las Cortes á decirle al Gobierno y al Presidente de la Asamblea que estuviesen tranquilos por el orden público, y que podía aquélla tomar el acuerdo que tuviera por conveniente. No pudo entenderse con nadie. No había Gobierno ni Presidente de la Asamblea, ni ninguno que quisiera asumir la responsabilidad de lo que iba á ocurrir. Y si había en un momento dado alguno que apareciera como jefe, al instante siguiente era desconocida su autoridad, y la anarquía de los jefes imperaba en la Cámara.

El federalismo se aprovechó hábilmente del combate fratricida radical, el que estaba auxiliado por las demás oposiciones, que obraban en cada momento concreto con arreglo á la conveniencia de sus intereses personales, hizo presión moral en los ánimos radicales decaídos, la hizo también á las puertas del Congreso, y hasta en el interior de éste, jurisdicción que no pertenecía al Capitán general, sino al Presidente de la Cámara, se impuso con las amenazas y fué proclamada ilegalmente la república, formando parte del Gobierno los federales.

La prueba convincente de que el federalismo no tenía fuerza moral más que en el radicalismo perturbado y en la

Cámara, es que no pudo alterar el orden público, y ni siquiera hacer la más mínima manifestación, y tuvo que contentarse con una parte del poder. Si hubiera podido adquirir el todo, no hubiese desperdiciado la ocasión. Alcanzó, sin embargo, una gran victoria.

La revolución, inspirándose en el patriotismo y en el desinterés, pudo muy bien haberse impuesto, ejercer la dictadura que no verificó cuando triunfó y proclamar la república legal y constitucionalmente con gran calma y tranquilidad.

La Asamblea, compuesta de senadores y diputados, proclamó la república. Era un deber de patriotismo defender el acuerdo de las Cortes. Nadie tenía derecho á oponerse, en el estado en que se encontraba el País. ¿Qué bandera podía presentarse delante de la de la república? Una sola, la de la restauración con la monarquía de D. Alfonso. En aquella fecha ni siquiera estaba organizado el partido alfonsino.

Es indudable que el radicalismo pudo con facilidad rehacerse, unirse á los constitucionales y la revolución volver á imperar en el País. El combate radical fratricida continuó con más vigor y el federalismo logró la homogeneidad gubernamental y la suspensión de las sesiones de Cortes, nombrándose una comisión permanente que representara á éstas.

Por último, quedaba á la revolución la Asamblea de senadores y diputados que representaba la legalidad y que poseía una mayoría radical numerosa. El radicalismo tuvo algunos instantes de valor é independencia y citó al Gobierno al seno de la comisión permanente. La conducta del Gobierno y del federalismo no podía ser más desastrosa para el País. El Capitán general de Madrid, General Pavía, se presentó al Presidente de la Cámara á manifestarle que podía reunir la Asamblea cuando quisiera, y que ésta podía también tomar el acuerdo que tuviera por conveniente; que él garantizaba el orden público y que se obedeciera lo que ordenara la Asamblea, pero que era preciso é indispensable que la convocara sin pérdida de tiempo, pues las sesiones estaban únicamente suspendidas y la casi totalidad de los representantes del País estaban presentes, anhelando que se les reunie-

ra. El Presidente respondió que prefería primeramente hacer ver al Gobierno, en la reunión que le había convocado, el mal estado del País, lo equivocado que estaba en su proceder y el porvenir que esperaba á la Patria, y después de la discusión que se entablara, convocar la Asamblea. Añadió que no quería que las Cortes deliberasen al mismo tiempo que se libraba el combate en las calles. El Capitán general le hizo presente al Presidente que la discusión sería peligrosa, no obtendría resultado legal ni beneficioso, no había tiempo que perder, pues los momentos eran urgentes; los que aprovecharía con ventaja y prontitud el federalismo, é insistió enérgicamente que respondía de la tranquilidad de Madrid si se convocaba en seguida la Asamblea. Propuso también el Capitán general al Presidente si quería reunir la Asamblea y trasladarse á constituirse y deliberar al campamento de los Carabancheles, que él la custodiaría y le garantizaría su seguridad, así como también garantizaba el orden público de Madrid, pues todo lo más habría un pequeño combate. El Presidente todo lo esperaba de la discusión de la comisión permanente con el Gobierno, y creía que éste accedería á reunir la Asamblea.

La reunión de la comisión permanente y del Gobierno bajo la presidencia del Presidente de la Cámara, se verificó en el Congreso. El combate fratricida radical se recrudeció y se entabló una serie de discursos interminables, recriminándose unos radicales á otros. El Gobierno, desde las primeras horas de la mañana constituido en el Congreso, había tomado todas sus disposiciones para oponerse á la convocatoria de la Asamblea. Mandó el Gobierno á cada cuartel un oficial general de su confianza federal, fué nombrado otro Capitán general y el gobernador civil preparó sus fuerzas de combate.

Cuando la reunión se estaba verificando en el templo de la representación nacional, que era al mismo tiempo el templo de la legalidad, entraron en esta sagrada mansión masas de hombres del pueblo armados de trabuco y puñal con intenciones bien hostiles en busca de los diputados y senadores para disolver la Asamblea. El radicalismo que representaba el partido liberal más avanzado de la revolución, el que

había proclamado la república y el que había formado Gobierno con los federales, tuvo que huir del Congreso porque intentaban asesinarlo, y algunos de sus hombres, de los más significados en sentido liberal, fueron perseguidos y presos como criminales. Los diputados y senadores de los demás partidos corrieron riesgos peligrosos y se pudieron salvar milagrosamente.

García Ruiz entró en el despacho del Presidente de la Asamblea, donde la reunión de la comisión permanente y del Gobierno se había verificado, á por su bandera de la república unitaria. La encontró completamente destrozada. ¡Tal lucha fratricida habían sostenido con ella, sin que hubiese gobernado un solo día al País la república unitaria! La recogió y la escondió bajo su traje, porque estaba condenada á muerte. Huyó como pudo del Congreso, perseguido por las masas que habían disuelto la Asamblea, y encontró un refugio, donde sus primeros cuidados fueron componer su bandera. El desconcierto radical y el combate perjudicaron á la bandera de la república unitaria, y era indudable que el federalismo procuraría desacreditarla. ¡Desgraciada bandera! Había sido primeramente despreciada, después atacada por el ridículo, y por último, el desatentado interés personal la había destrozado.

La representación nacional fué atropellada por masas del pueblo, que llevaban armas prohibidas por la ley. La legalidad donde el Rey había depositado la corona que le habían entregado unas Cortes constituyentes, fué pisoteada y pulverizada. Las tropas permanecieron en los cuarteles. Las fuerzas de orden público en sus prevenciones. El Congreso no estaba custodiado, ni fué amparado. Las masas entraron en las Cortes, estuvieron en éstas el tiempo que tuvieron por conveniente, salieron de ellas y se pasearon por Madrid. Nadie las molestó lo más mínimo y no recibieron después ningún castigo, ni siquiera fueron vituperadas en ningún documento oficial.

El Gobierno Figueras-Pí-Salmerón-Castelar dió muestras de que no existía para defender al Congreso y para castigar á las masas que habían violado la Asamblea con intenciones

asesinas, pero mandó atacar á las tropas de la guarnición al espectáculo de la plaza de toros que habían preparado los constitucionales. El Capitán general de Madrid no tuvo inteligencias de ninguna clase y especies con este episodio. Únicamente se entendió con el Presidente de la Asamblea, que representaba la legalidad. *¡¡¡Al día siguiente sancionó el Gobierno el atentado de las masas á las Cortes, disolviendo la Asamblea, que era lo que querían aquéllas y el Gobierno federal también!!!*

El acto del 23 de abril, sancionado por el ministerio Figueras-Pí-Salmerón-Castelar, ofendió á España, á la sociedad, á las Cortes, á todos los partidos políticos, al honor y dignidad de la revolución y á la personalidad de hombres importantes del partido radical. España, la sociedad, las Cortes, todos los partidos políticos, el honor y dignidad de la revolución y la personalidad de hombres importantes de la misma que se salvaron del asesinato, reclamaban la satisfacción que tenían derecho á recibir, exigían con razón y justicia el castigo de las masas y del Gobierno que había sancionado el hecho llevado á cabo por aquéllas y pedían además la salvación de la Patria, que la estaba pulverizando el cantonalismo.

El Gobierno Figueras-Pí-Salmerón-Castelar y el federalismo alcanzaron la completa homogeneidad federal por obra y gracia del acto del 23 de abril. Los cuatro jefes del federalismo habían excitado toda clase de pasiones para perturbar á la revolución. El federalismo había dado constantemente pruebas de indisciplina á sus jefes. Cuando éstos ocuparon el poder, se acentuó de una manera enérgica la insubordinación. Figueras, Pí, Salmerón y Castelar, que tuvieron tanta influencia para perturbar á la revolución, no tenían fuerza moral ni material sobre su partido. Fueron Gobierno, y el acto del 23 de abril, que les regaló la homogeneidad y la libertad de acción, los inutilizó por completo. El acto del 23 de abril pasó por encima de sus cabezas. La revolución cayó en poder del federalismo y degeneró en cantonalismo.

La política que actuó durante la época del federalismo y los hechos de todas especies que ocurrieron son indescriptibles.

Se dió por completo al olvido á la Patria, é imperó con

una locura superlativa el interés personal. En la época del federalismo mandó constantemente la dictadura, pero nunca la ejerció el poder ejecutivo, sino el legislativo y cuantos querían imponerse á éste.

El Gobierno Figueras-Pí-Salmerón-Castelar era desobedecido y no podía gobernar. Figueras desapareció de la noche á la mañana de Madrid y abandonó el poder. Le sustituyó Pí. Fué lanzado éste del poder por las mismas Cortes que había confeccionado. Le reemplazó Salmerón. Éste empleó todas las condiciones de carácter que posee en el bien de la Patria. Fué el que puso la primera piedra al orden público y á la disciplina del ejército. Fué el que batió al cantonalismo en Andalucía, Valencia y otras partes. Fué el que trató de encarrilar al desenfrenado federalismo. Pero contrariado por completo por sus correligionarios, y especialmente por las Cortes federales, examinó el estado del País y la conducta que observaba el federalismo, vió que para continuar la obra que había comenzado en cumplimiento de su deber, tenía que ser inconsecuente con la política que había defendido siempre; comprendió que no podía estacionarse, ni mucho menos retroceder, y no quiso faltar á sus compromisos políticos. Entregó el poder á las Cortes. Si no lo hubiese hecho, las Cortes lo hubieran relevado del poder como á Pí.

Las Cortes federales nombraban y destituían al poder ejecutivo. Nombraron aquéllas Presidente del poder ejecutivo á Castelar, cuarto y último jefe del federalismo. Castelar, menos escrupuloso que Salmerón, continuó su obra, no con la energía que era necesaria é indispensable para imponerse al federalismo, sino con contempORIZACIONES, halagos y debilidades de carácter que le proporcionaron la pérdida de la fuerza moral y material, la enemistad federal y la inutilidad de su pensamiento. No había término medio en la conducta que debía observar el poder ejecutivo ante el estado del País y la actitud del federalismo. La conducta de Salmerón retirándose del poder ó la dictadura rápida y enérgica si se quería salvar la Patria.

Castelar alcanzó la suspensión de las sesiones de las Cortes federales tan perturbadas y perturbadoras. Castelar de-

seaba salvar la Patria y la república unitaria. Así se lo manifestó á la revolución representada por los dos partidos radical y constitucional en quienes se veía precisado á apoyarse para llevar á cabo su obra, porque el federalismo le declaró guerra á muerte en el acto que lo vió faltar á sus compromisos políticos.

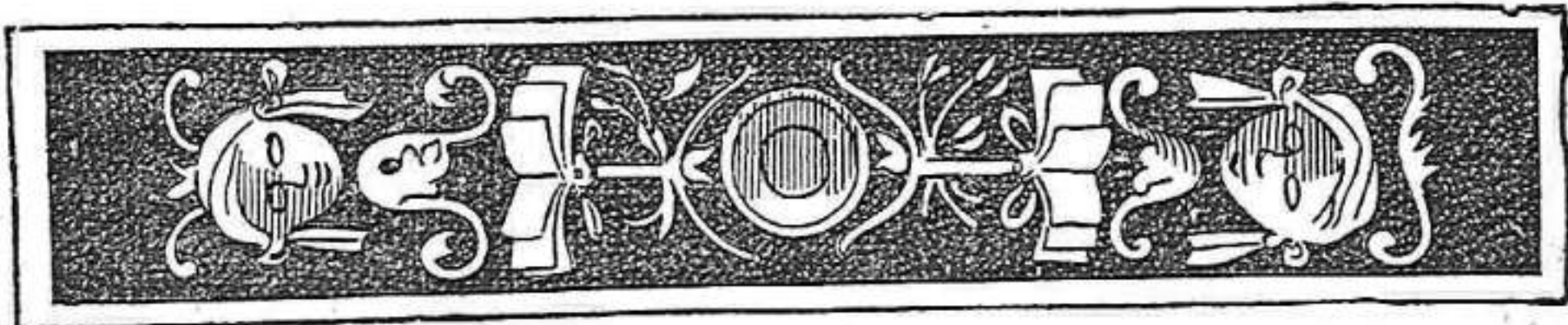
El federalismo, representado por el centro é izquierda de la Cámara que tenía mayoría en las Cortes, acordó por unanimidad en el interregno parlamentario destituir á Castelar en el acto que se reanudaran las sesiones. Castelar, que no representaba más legalidad que la de ocupar el poder, porque aquélla había sido destituida por él mismo el 23 de abril, y además había abjurado del federalismo, no tuvo valor para salvar la Patria y la república unitaria, y se presentó tímido y suplicante á sus enemigos. Éstos le castigaron. Viéndose perdido Castelar, apeló á la fiereza. Era tarde. Fué destituido Castelar del poder ejecutivo por el federalismo.

.....
.....
.....

MANUEL PAVÍA.

(*Se continuará.*)





MIS IMPRESIONES DE VIAJE ⁽¹⁾

VII.

ITALIA.



VENECIA, tierra de amor y de poesía, de lágrimas y de sangre; al fin veo realizarse mis dorados ensueños.

La negra góndola, con su pequeña cubierta (felze), sus puntiagudos extremos mostrando sus aceradas y lucientes alabardas, me espera para conducirme, al través de tus bellos palacios de grandiosos recuerdos, hasta la piazzeta: quiero desembarcar en ella, para gozar, Venecia, de toda tu belleza, en el silencio de la media noche, noche de espléndida luna, que te envuelve en su misteriosa y argentada luz.

La góndola abandona el muelle de la estación del ferrocarril, teniendo á nuestro frente el pórtico de San Simeón, el pequeño. Recogidos en nosotros mismos, admiramos aquel bello cuadro, mientras la góndola se desliza tranquila, corriendo por pequeños canales el camino hasta volver á salir al

(1) Véase la página 452 del tomo XXXVII.

gran canal por el ángulo del histórico palacio de los Foscarri. Nuestro recogimiento es tan profundo, que ni una palabra se desliza de nuestros labios; sólo turba el melancólico silencio de la noche el grito peculiar del gondolero, *el già è* (1), que se pierde, la mayor parte de las veces sin contestación, en el espacio.

Al fin desembarcamos en la piazzeta, al pie del alado león de San Marcos; el palacio de los Doges está á nuestra derecha, á la izquierda el Real, y enfrente la torre del Reloj. Nos encontramos frente á masas de piedras, que esculpidas llevan en su seno el recuerdo imperecedero de la grandeza de Venecia, de esa tenebrosa historia, en que el Estado lo era todo, ahogando en sangre, entre espléndidas fiestas, las pretensiones de la nobleza y del pueblo.

Damos algunos pasos más, y estamos en la plaza de San Marcos. Nuestra vista no sabe á dónde fijarse, si en la iglesia romano-bizantina, en los bellos edificios de las Procuraciones ó en el alto Campamile; pasa rápida de los unos á los otros, pero al fin somos atraídos hacia la basílica.

Sentados sobre las gradas de los altos mástiles, en que en otros tiempos ondearon las banderas de Chipre, de Candía y de Morea, contemplo sus arcadas exhibiendo ricos mosaicos en fondos de oro. Sus famosos caballos y sus caladas agujas dejándose atravesar por los rayos de la luna. Las generaciones que se han arrodillado bajo sus bóvedas, pasaron cual ligeras hojas arrebatadas por el furioso huracán de la muerte, y tú vives, para demostrar que las obras creadas por el genio son inmortales, que la idea que simbolizas es la idea de más altos y gloriosos destinos en el más allá de nuestra mísera vida.

Absorbido en mis reflexiones, el tiempo corre presuroso, hasta que una mano toca á mi hombro.

—Coronel, ¿hasta cuándo? Son las tres.

Era la mano de mi querido amigo el agregado naval, Angulo.

(1) Già è, es la palabra de aviso de los gondoleros al tomar los recodos de los canales ó pasar los puentes.

—Vamos—dije con sentimiento.

Y me desprendí de mis reflexiones, para entrar en el Hôtel de la Luna.

Seis días pasados en Venecia (1) son breves, como breve es, al espirar, el último suspiro de la brisa del mar. Visitar el palacio de los Doges, vivir en aquellos recuerdos pasados, meditar sobre las grandezas humanas, estudiar en aquellas imponentes salas, en aquellos lugares todo el poder de una tiranía avasalladora, envuelta entre las más atrevidas creaciones del humano entendimiento, leer en lápidas de mármol las inscripciones de infamia, tocar los buzones donde fueron depositadas las cartas de delación, subir la grandiosa escalera de los Gigantes, penetrar en aquellas salas para llegar hasta la del Gran Consejo, donde se reunían los nobles inscritos en el libro de oro, ostentando en el friso los retratos de los Doges, excepto un espacio con su pintada cortina negra, en la que están trazados estos terribles caracteres:

*Hic est locus Marino Faletro
decapitati pro criminibus.*

recuerdo de aquella conjuración cuyo origen es un espléndido banquete en el palacio, que tiene por objeto una venganza que se encubre bajo el pretexto de derribar el poder de los patricios, y que termina por la decapitación de Marino Faliero, el 17 de abril de 1335. Verse entre las rojas columnas de la galería, donde se leían las sentencias de muerte que se ejecutaban entre las columnas de San Teodoro y el alado león de San Marcos, son impresiones que no se borran jamás.

Un puente, el conocido de los Suspiros, separa el palacio, la mansión de la vida y la de la muerte, las tenebrosas prisiones; una blanca piedra marca aún el lugar de las decapitaciones secretas, y la ventana, hoy tapiada, donde los yertos y rígidos cuerpos eran descolgados á la góndola, para ser sepultados en las aguas.

(1) Tres de ellos dedicados á nuestra comisión.

Bello es cuanto encierra Venecia; sus iglesias, sus palacios, su Academia de Bellas Artes, que revela el brillante colorido de su escuela, cuya alborada es Juan Bellini, destacándose entre aquella serie de pintores, el Giorgón, los dos Palmas, el inmortal Tiziano, el Tintoreto, Pablo Veronese, Sebastián del Piombo, y que tiene su último destello, destello brillante en Tiépolo, muerto en Madrid en 1770.

Entre los cuadros de sus famosos pintores, y en la Academia, sobresale el cuadro de la Asunción del Tiziano. Mucho tiempo he contemplado aquella composición, bella como todas sus creaciones. La Virgen, con sus brazos extendidos, se sumerge en la etérea luz, en una rompiente de nubes donde la transportan preciosos ángeles; el Padre Eterno mira con amor venir hacia sí la más pura de las mujeres, la celestial María, mientras en el pie del cuadro los apóstoles reflejan en variados sentimientos las emociones que experimentan al verla subir á los cielos. Todo es encantador al par que grandioso en el cuadro; verdad es que para nosotros, en la pintura religiosa, vemos realizarse la más grande de las concepciones humanas; á las formas modeladas en el más completo estudio del realismo, se une la expresión fina, delicada, el sentimiento del espiritualismo religioso. En vano busco en esas composiciones modernas, en esas composiciones históricas, algo que hable al alma para transportarla á esferas superiores, como lo hace el pintor de las glorias, el pintor de la luz, nuestro inmortal Murillo.

Bello, he dicho, y lo repito, es cuanto Venecia encierra; sus pinturas, sus mosaicos, sus rasos; pero nada había para mí más bello que seguir sus estrechas y tortuosas calles, presentándose de improviso vistas imposibles de describir, encontrar un camino cortado por el estrecho canal, tomar una góndola, y por entre sus palacios y jardines oír cantar al gondolero tradicionales sucesos. No sé si son falsos ó verdaderos, poco me importa; ellos hablan á mi calenturienta imaginación, ellos me inspiran, despertando en mí gratas y dulces emociones.

La hora de partir llega. En breves momentos, Venecia no será para mí más que un recuerdo, una página más de

los dolores de mi vida; pero su recuerdo vivirá en mí como en sus monumentos vive el recuerdo de sus glorias pasadas. Adios, para siempre, la que fuiste Reina del Adriático, la que llevaste sus gloriosos estandartes hacia la ciudad de Constantino, la que ceñiste la Corona del soberano del mar; si alguien te ama en el mundo, soy yo.

Pasaba ya del medio día del 16 de febrero, cuando éramos transportados por el tren para trasladarnos á Florencia. Después de atravesar el largo puente que une Venecia á la costa, nos detuvimos en la estación de Mestre, partiendo de ella en dirección á Padua, atravesando fértiles llanuras bien cultivadas y bien pobladas de árboles para atravesar el Adige, antes de llegar á Rovigo, y de esta población pasar por Terraza, que recuerda la casa de Exté, á tocar en la amurallada ciudad de Bolonia, cuya alta torre saludamos de paso, para á nuestro regreso detenernos en ella.

De Bolonia á Florencia el camino es bien accidentado, pues se dirige por las vertientes y valles del Apenino, donde se ven ejecutadas buenas obras en túneles y viaductos.

Ya de noche bajábamos del tren en la estación central de Florencia, para trasladarnos al Hôtel de Europa, plaza de la Santísima Trinidad. Nos encontrábamos en la bella Florencia, de grandiosos recuerdos, la ciudad del inspirado genio que inmortalizó su nombre en la Divina Comedia, que dió vuelo á la literatura italiana; la ciudad de las artes y de la lucha, la de los siete Gremios Comunales, la de los Médicis, nombre que se enlaza al Renacimiento. Con Lorenzo el arte y la ciencia tocan á su apogeo; la escuela florentina, que nace con Paolo Uccelli, se desenvuelve vigorosamente. Los tres grandes colosos del arte, Leonardo de Vinci, Rafael y Miguel Ángel, se encuentran reunidos en la misma época en Florencia; su influencia, especialmente la de Miguel Ángel, es tan poderosa, que tras él sólo se encuentra el vacío. Nosotros le admiraremos mañana en una de sus más bellas producciones, porque nuestra primera visita será la de San Lorenzo.

Era una mañana fría y de menuda lluvia, cuando dejamos el hôtel para ir á San Lorenzo, la iglesia consagrada por San Ambrosio; entramos en ella, deteniéndonos en su fachada

interior, obra de Miguel Ángel. Contemplamos sus bellas proporciones, los mausoleos y la modesta lápida que al pie de la gradería del altar mayor cubre los restos de Cosme de Médicis.

Visitada la iglesia y su antigua sacristía, pasamos á la plaza de la Madonna para entrar en aquella rica capilla octógona, de jaspes y mármoles, que contiene los mausoleos de granito de los grandes Duques de la casa de los Médicis. Ningún sentimiento despertaban en nosotros tanta riqueza; así es que, satisfecha la vista, pasamos á la Aucta Sacristía, una de las obras de Miguel Ángel ejecutada por orden de un Médicis (Clemente VIII), construcción de forma cuadrada, cerrada por una cúpula. En frente de la puerta que la da ingreso se levanta un sencillo altar, y á derecha é izquierda de él dos mausoleos, el de Julián y el de Lorenzo de Médicis. Sobre las siluetas de los sarcófagos reposan las estatuas del Día y la Noche, la Aurora y el Crepúsculo.

Las bellas proporciones y sencillez de la arquitectura y aquellos mausoleos son de una ejecución tal, que se siente uno atraído hacia ellos; ante aquellas estatuas se siente una impresión profunda; se comprende la nobleza de aquella sensible alma envuelta bajo un exterior severo. Miguel Ángel, el defensor de Florencia, sitiada y tomada por Carlos V, vertió en aquellas figuras su concentrado dolor, la amargura del sentimiento contrariado de su ideal religioso y político. La obra no está acabada, así como la Pietá que se ve en el lado opuesto al altar. De las cuatro estatuas, la más celebrada es la Noche; yo prefiero el Crepúsculo, que está sin terminar, y es que para mi modo de sentir amo las encarnaciones del pensamiento, y éstas sólo se manifiestan en todo su esplendor cuando el artista las desenvuelve en toda la plenitud de su concepción, sin detenerse en los detalles. Un boceto, un dibujo contienen, en mi concepto, la composición vertida en toda la pureza del sentimiento.

La calle de San Lorenzo nos condujo á la plaza del Domo, donde se levanta la catedral de Santa María del Fiore, en estilo gótico reformado, conocido por gótico italiano; es riquísima, de elegante y bellas proporciones; su colosal cúpula y

su esbelto y alto campanario, de 84 metros, fijaban nuestras miradas.

Al entrar en el interior se siente, á pesar de sus majestuosas naves, algo de desnudo, y es que la vista ha apercibido en el exterior la rica ornamentación de mármoles, creyendo, á pesar de sus estatuas, frescos, pinturas y sepulcros, especialmente el de Biuneslleschi, encontrar por lo menos una igual en su interior.

Frente á la catedral se encuentra el Baptisterio de San Juan, cuyas célebres puertas son bien conocidas del mundo artístico, y cuyos vaciados se encuentran en los principales Museos de Europa. Si en Londres, en el South Kensington, nosotros las habíamos examinado detenidamente, si tanto nos agradaron, puede comprenderse cuánto gozaríamos al ver los originales; son llamadas, y con razón, una maravilla del arte, y de ellas decía Miguel Ángel que si el Paraíso tuviese puertas, debían ser las del Baptisterio de San Juan.

Las más notables de ellas son las del lado de la catedral, de Lorenzo Chiberti, con sus diez cuadros bíblicos, y la puerta del Norte, que en veintiocho compartimentos se presentan pasajes de la vida de Jesús y de San Agustín; cada uno de ellos es una joya de indeterminado precio.

La puerta del Sur, que representa escenas de la vida de San Juan y es la más antigua, es de Pisano.

Por la vía Calzajoli llegamos á la plaza de la Señoría, al Fórum florentino, el lugar de las tumultuosas luchas, de las brillantes fiestas y donde se levantó la hoguera que redujo á cenizas la república teocrática en la personalidad de Savonarola con otros dos dominicos, el 23 de mayo de 1498. Una fuente de Neptuno con cuatro tritones y cuatro divinidades, indica el sitio donde se levantó la hoguera. Sus limpias aguas no han podido, á través de los siglos, borrar el recuerdo del ardiente entusiasmo, de la profunda fe del prior de San Marcos.

El palacio viejo, en estilo florentino, se levanta majestuoso con su almenada torre, imponiendo su grandeza y poder á aquel lugar de grandes recuerdos. Un grupo de Hércules y Cacus se encuentra á la derecha de su puerta de entrada.

La Loggia dei Lanzi, pórtico gótico, en otro tiempo cuerpo de la guardia de los Médicis, ocupa el ángulo meridional de la plaza, á cuya entrada se encuentran dos leones, y bajo los arcos, el célebre grupo de Juan de Bolonia, el Rapto de las Sabinas y Hércules violentamente derribando al centauro Nessus; de Benvenuto Célini, en bronce, Peseo con la cabeza de Medusa; Judith y Holofernes, también en bronce, por Donatello, y el grupo de Ajax y Aquiles y otras seis estatuas de mujeres, todas antiguas. Los nombres citados hablan más de lo que uno puede hacer describiendo lo que es la Loggia dei Lanzi.

Terminó aquel día por una pequeña excursión á lo largo de las orillas del Arno, donde se encuentran los principales establecimientos de mosaicos florentinos y reproducciones de las principales estatuas y grupos, y por un paseo á los bellos jardines de Florencia.

Temprano nos encontrábamos sobre la plaza de Santa Cruz, en cuyo centro se eleva el monumento del Dante, en su pedestal; cuatro leones sostienen escudos en que se leen los títulos de sus principales obras. La marmórea fachada de Santa Cruz nos invita á entrar bajo sus tres naves, que contienen los mausoleos de celebridades en las artes y las letras. Á la derecha, el de Miguel Ángel, con su busto y tres estatuas representando la Escultura, la Pintura y la Arquitectura; á su lado el cenotafio del Dante con esta inscripcion: «Onorate l'altissimo poeta;» es un recuerdo dedicado al gran poeta, pues sus restos reposan en Rávena, cumpliéndose su mandato: «Ingrata Patria, no poseerás mis cenizas.» Otro poeta esencialmente dramático descansa á su lado, Alfieri, en un precioso monumento erigido por la Condesa de Albano y ejecutado por Canova. Machiavelo, el Aretino, Morghen, el grabador, Galileo, reposan bajo las bóvedas de Santa Cruz entre obras de arte notables. Es un panteón digno de tantos esclarecidos nombres.

La galería Buonarroti es un recuerdo de Miguel Ángel, de sus bajos relieves, de sus dibujos, de sus estatuas, recuerdo siempre grato para los que somos sus entusiastas admiradores. De esta galería fuimos á las de los Oficios, otra de las

mayores colecciones artísticas del mundo; en ella nos propusimos lo mismo que en Dresden, escoger lo más notable, y sin embargo, nuestro propósito se quebrantó repetidas veces, ante la Virgen de Fr. Bartolomeo, la Adoración de los Magos, de Ghirlandajo; la Flora del Tiziano, algunos cuadros de las escuelas del Norte y las estatuas de Niobe y sus hijos moribundos. En la sala llamada la Tribuna es en donde está coleccionado lo más notable del Museo en escultura y pintura. La Venus de Médicis, el Amolador, el Sátiro, el grupo de los Luchadores, el Apolino y sus treinta y dos figuras, si nuestra memoria no nos es infiel, pinturas que son obras maestras, como la Venus del Tiziano.

El tiempo vuela y es preciso aprovecharlo, dejando la galería, para atravesar el Puente Viejo con sus tradicionales platerías, para dirigirse á la altura donde se encuentra el Palacio Pitti, encantadora residencia que recorrimos bien aprisa para visitar su galería, sus jardines, con sus puntos de vista admirables, sus fuentes, sus grutas, sus estanques y sus estatuas, que renuevan la memoria de Miguel Ángel y Juan de Bolonia.

El día era demasiado corto para nosotros; recorrimos algo la población para conservar un recuerdo de su aspecto general, de aquel cruzamiento de anchas y estrechas calles, de sus casas con sus salientes aleros, que le daban un carácter algo semejante á algunas poblaciones de España.

Mis compañeros partieron aquella noche para Roma; mi cansancio era tal, que no me fué posible seguirlos; dejé, pues, mi viaje para el siguiente día, 19 de febrero, que á las seis y media de la mañana me encontraba en la estación. Desde luego comprendí lo muy favorecido que debía encontrarme en el viaje; tal era la aglomeración de personas y equipajes que estábamos esperando el tren, en cuyos carruajes no hubo la elección de sitios, pues cada cual ocupa el suyo determinado. Las rubias cabelleras predominaban; es decir, que era un tren del Norte en tierra italiana; si hubiera dudado, de mi duda me hubieran sacado los que llamo mis compañeros de viaje; éstos eran dos alemanes y una familia inglesa, con su innumerable acompañamiento de sacos, sa-

quitos y bolsas. Cualquiera se hubiera creído que nuestro trayecto de ocho horas debía ser largo, bien largo, con tanto preparativo, ó que debíamos atravesar el desierto con las provisiones acumuladas. Mis buenos ingleses, gentes que yo amo mucho en su País, me parecen como esos niños educados bajo el mayor rigor, que en su casa son una alhajita, pero desde el momento que salen por las puertas de ella, olvidan hasta las formas más vulgares; en una palabra, son insoportables. Ellos y ellas almorzaron, bebieron, se lavaron, hicieron como que leían el *Times* y varias novelas, se hizo crochet, y no hubo parada de cinco minutos en que no se bajaran y subieran cargados de naranjas, dulces y vinos; fué un continuo hacer y deshacer que producía vértigos, siendo al mismo tiempo fardos que se trasportaban y que nada les hablaba los alrededores de Viena, las orillas del Lago Trasimeno con sus islas, el promontorio que corona Castiglione del Lago y los recuerdos históricos de la batalla ganada por Anníbal á los romanos.

Llegamos á Roma; en el andén me esperaban mis compañeros; nos estrechamos las manos; aún no hacía veinticuatro horas que estábamos separados y parecíamos antiguos amigos que no se habían visto en mucho tiempo; me refirieron sus peregrinaciones para encontrar hôtel, pero que al fin teníamos habitaciones en el de Roma, vía del Corso, y que la mía me esperaba calentada. Miré instintivamente aquel cielo de azul tan puro, aquel hermoso sol que iluminaba tan espléndidamente la Ciudad Eterna, y no comprendí lo del calentado más que por no perder la costumbre de los países que habíamos ya dejado.

Un carruaje nos condujo al hôtel; la ciudad presentaba un aspecto animado y risueño; cruzábanse por do quiera sus ligeros y descubiertos carruajes; es la época de alegría y expansión que atrae á Roma esa multitud de extranjeros, aves emigradas del plomizo cielo del Norte que vienen sedientas de luz y de alegría, á anidarse para aspirar el puro y tibio ambiente de la poética Italia.

Mi primer salida fué para cumplir mis visitas de etiqueta y oficiales al Embajador, á nuestro Ministro, el Conde de

Coello, personas que siempre tendremos presentes por sus galantes atenciones. Por la noche asistíamos al teatro de Apolo, en el que un escogido público se deleitaba oyendo la preciosa ópera de Verdi *La Africana*.

Roma, la soberana del mundo y de las artes, será un recuerdo que vivirá siempre en mí: no encuentro frases para describir aquellas diversidades de sentimientos, aquellas impresiones sentidas al verse envuelto en el polvo de los siglos pasados, por la mañana, á la tarde disfrutar de todo el atractivo del Corso en sus días de Carnaval, y por la noche vestir de etiqueta para gozar de todos los encantos de una elegante sociedad en un baile ó para encontrarse en el bullicio y animación de un *veglioni*.

Roma con sus ruinas, sus basílicas, palacios, obras de arte y sus villas, era demasiado grande para nosotros: debíamos escoger lo más notable, lo de mayores recuerdos y visitarlo con alguna detención. Nuestra cabeza estaba ya abrumada de tanto como habíamos visto en el relativo breve tiempo de nuestro viaje, pues en tantas y tan diferentes colecciones habíamos contemplado desde las primeras agrupaciones de la materia y las primeras manifestaciones de la vida en el seno de las aguas hasta las más sublimes obras creadas por el genio humano.

Nuestra salida, al siguiente día de la llegada, fué para atravesar el puente de Sant Ángelo, dejando á nuestra derecha el mausoleo de Adriano, hoy conocido por el nombre de castillo de Sant Ángelo, debido á la estatua que está en su coronamiento. Entramos en la elíptica plaza de San Pedro, en aquel anfiteatro de arcadas columnas dóricas, en cuyo centro se levanta el obelisco egipcio que recuerda á Calígula, y sus monumentales fuentes, y al pie de la escalera que conduce á la basílica y en sus ángulos las estatuas de San Pedro y San Pablo. La basílica está en el sitio que ocupó el circo de Nerón en el lugar regado por la sangre de los bizantinos y que la tradición señala como la sepultura de San Pedro.

Ante nosotros se desplegaba la obra más colosal, más suntuosa de los tiempos modernos. Subimos la escalera, entramos en el vestíbulo para fijarnos en el mosaico de Giotto,

conocido por la barca de San Pedro, y después rectamente fuimos á situarnos bajo la inmensa cúpula ejecutada por los dibujos de Miguel Ángel; queríamos abarcar de una mirada aquel grandioso conjunto para examinarlo después en sus detalles; queríamos, en una palabra, gozar de la impresión del todo, en toda la extensión de la belleza. Bajo aquella inmensa cúpula cubierta de estucos, dorados y mosaicos que sostienen los pilares cuadrados y sus correspondientes arcos se encuentra el altar pontifical, cubierto con un palio de cuatro columnas salomónicas, de bronce, rico, pero no de muy buen gusto, y á cuyo pie están sepultados los cuerpos de San Pedro y San Pablo. Nuestra mirada se pierde en las atrevidas bóvedas, en las amplias y extensas naves, vaga aturrida buscando un punto donde fijarse; esto es al fin lo que se llama tribuna y silla de San Pedro, en el cierre de la nave principal; por encima del altar cuatro estatuas de bronce, los doctores de la Iglesia, San Ambrosio, San Atanasio, San Agustín y San Juan Crisóstomo, sostienen, coronada por una gloria, la silla de San Pedro; los sepulcros de Pablo III y de Urbano VIII están colocados á los lados de la silla.

Volvemos sobre nuestros pasos para tomar la nave de la derecha, donde encontramos sucesivamente las capillas de la Piedad, San Sebastián y el Santísimo Sacramento, donde se ve el sepulcro de Sixto IV; los mausoleos de Cristina de Suecia, de León XII, de Inocencio XII, de Gregorio XIII y el de Gregorio XIV, que en un bajo relieve recuerda la corrección del Calendario, se encuentra también en esta nave que seguimos, siendo sus ricos mosaicos y mausoleos tan bellos como el de Gregorio XVI y Benedicto XIV, y el ejecutado por Canova, su obra maestra el de Clemente XIII.

La nave izquierda presenta obras tan ricas y tan bellas como la de la derecha, los monumentos de Alejandro VIII y VII, de Leon XI é Inocencio XI, el de Pío VII por Thorvaldsen, las capillas Clementina, la del coro, donde se celebran los oficios divinos, y la de la Presentación. Por todas se ven cuadros de mosaicos, copias de los de Guido, del Dominico, de Rafael y otros célebres pintores, con sus brillante coloridos.

En la citada nave de la izquierda sobre la puerta de la galería de los chantres, está la urna en que es costumbre depositar el cuerpo del último Papa. En una lápida leímos esta sencilla inscripción:

PÍO IX.

Al lado de la capilla de la Presentación, el monumento de la mujer del pretendiente Carlos Stuardo de Inglaterra, María Clementina Sobieski; frente á él descansan los últimos representantes de una dinastía desterrada, la de los Stuardos. Canova sintió perfectamente la desgracia de aquella familia, trazando un mausoleo que se levanta en forma de torre cuadrada; dos genios con antorchas apagadas defienden la entrada. En el frontispicio los bustos de Jacobo III y de sus hijos Carlos III y Enrique IX. Nuestra memoria nos representaba en aquellos momentos una capilla en otra basílica, la de Enrique VIII, en la abadía de Westminster, y era que buscábamos el principio de aquel drama histórico; termina la nave en la capilla del Bautismo.

Después de haber visitado el interior de la Basílica, de haber bajado á las Santa y Anera grutas, subimos á la cúpula para contemplar á vista de pájaro la inmensa basílica y disfrutar de un bello panorama.

Tres horas después de nuestra entrada en el templo, salíamos para tomar nuestro carruaje, fijándonos una vez más en aquella fachada que no corresponde en manera alguna ni á la plaza ni á las inmensas proporciones de la basílica. Tres horas, repito, había durado nuestra visita á San Pedro; en aquel tiempo habíamos seguido el grandioso desenvolvimiento de aquellas atrevidas naves recargadas de estucos dorados y mosaicos; pero nuestro pensamiento absorbido fué por el arte, de tal modo, que ni nos arrodillamos ni rezamos. Lo que habíamos visto no era un templo; era, sí, un colosal museo. La más sencilla capilla gótica nos inspira más recogimiento, despierta en nosotros más el sentimiento religioso, que la magnificencia de San Pedro del Vaticano.

La tarde del mismo día fué dedicada á visitar otra basí-

lica, la de San Pablo fuera de muros. Nuestro carruaje nos condujo fuera del recinto amurallado de Roma por la puerta de Ostía, pasando por la pirámide de C. Cestius y la pequeña capilla que marca el sitio donde San Pedro y San Pablo se despidieron marchando al martirio, dejándonos al pie de la Iglesia en el pórtico del Norte. El interior, con sus grandiosas dimensiones, sus cinco naves, su crucero, sus artesónados techos sostenidos por soberbias columnas de granito del Simplón, las riquísimas de alabastro de Oriente con sus basamentos de malaquita que sostienen el patio del altar mayor, su marmóreo pavimento, sus pintados cristales representando los Apóstoles y los Padres de la Iglesia, su friso de la nave principal con los medallones de los retratos de los Papas, los mosaicos que se exhiben en sus altares y el recuerdo que encierra la capilla del Cristo, ante el que San Ignacio de Loyola y sus compañeros pronunciaron los votos de la naciente orden en 22 de abril de 1541, es cuanto la imaginación puede concebir de bello en el lujo, pero es el edificio más profano que nosotros conocemos, apesar de que se eleva sobre el sitio en que la tradición señala que la piadosa Lucina hizo enterrar á San Pablo. Su frente principal está del lado del Tíber, su pórtico con sus colosales columnas está en construcción, y aun con sus mosaicos representando á Jesús, San Pedro y San Pablo y los cuatro principales profetas, lo es todo menos la fachada de un templo.

Regresábamos al declinar de la tarde á Roma, y mi pensamiento se hallaba bien distante de la Ciudad Eterna. En aquel día había visitado dos basílicas; sus colosales proporciones, cuanto ellas contienen, no me las retrataba mi memoria; ésta, sí, me recordaba mis góticas catedrales de Burgos, Toledo y Sevilla; las veía levantarse dominando los grupos de casas, emblema sublime de la inspiración cristiana, con sus atrevidas torres, sus ligeras y caladas agujas, desprenderse del mundo, elevarse buscando las etéreas regiones del puro ambiente de la radiante luz, del místico silencio, representación de la vehemente aspiración del alma que ansiosa busca la mansión de los alados querubines.

Al siguiente día mi plan era ir desde la plaza del Pueblo

á la parte más interesante de Roma, al Foro Romano; bien temprano dejé el hôtel para seguir por el Corso á la plaza mencionada, y torciendo á la derecha, subir á los jardines del Pincio, recuerdo de los Lúculos, lugar también de las célebres orgías de Mesalina. Desde el punto más culminante se desplegaba á mi vista Roma entera: el palacio del Quirinal, la torre de Nerón, la columna de Marco Aurelio, la cruz de Santa María de Aracœli que me indica el Capitolio, el Palatino con sus jardines, el monte Janículus, á cuyo pie pasa el Tíber, la elevada cúpula de San Pedro, la masa circular del castillo de Sant Ángelo, y perdiéndose en el horizonte entre verde espesura la villa Mellini en la cumbre del monte Mario. Bajé del Pincio para seguir todo el Corso, la antigua vía Flaminia y llegar por la plaza de Venecia al pie del Capitolio; dejé á mi izquierda la alta escalinata de Santa María de Aracœli edificada sobre las ruinas del templo de Júpiter Capitolino, y tomé la que conduce á la plaza del Capitolio, en cuya parte superior se ven las estatuas de Cástor y Polux. La plaza está trazada según los planos de Miguel Ángel, y en su centro se levanta la notable y dorada estatua ecuestre de bronce del Emperador filósofo Marco Aurelio, y detrás de ella el palacio senatorial y á sus costados el museo del Capitolio y el palacio del Municipio.

Dejamos la plaza para bajar al Foro Romano por la vía de Campidoglio con esa vaga inquietud que produce la excitación nerviosa de un deseo que va á realizarse; bajaba, he dicho, por la citada vía, y á mi vista se desplegaban aquellas ruinas que envuelven entre sus escombros el recuerdo de la Roma republicana y de la Roma imperial.

Me detuve instintivamente para contemplar los restos del templo de Saturno con sus ocho columnas, las tres del de Vespasiano, entre las que pasa la Vía Sacra, que aún se ve con su pavimento de basalto, marcadas en él las huellas de los carros romanos; el arco de Septimo Severo; más allá, en el fondo del valle, el Foro Romano con la columna de Foca; las tres del templo de Cástor, la basílica Julia, á cuya extremidad corre la Cloaca máxima, y aún más distante, el templo de César, el de Cástor y Polux, el de Faustina y Anto-

nino, el Monte Palatino con sus ruinas del palacio de los Césares, la Basílica Constantina, los templos de Venus y Roma, el arco de Titus, y por último, termina el coliseo y el arco triunfal de Constantino.

No sé, no puedo explicar las impresiones que en mí despertaban aquellas ruinas, que envuelven la historia de tantos siglos. Recordaré siempre que era de Roma mi lugar favorito, que he pasado largas horas sentado bajo los verdes cristales de los jardines del Palatino, abismado, perdido en mis reflexiones. Sobre aquel monte se fundó Roma; á mis pies tenía sus primeras construcciones; la Roma cuadrada, la veía ensancharse, desplegarse en sus afortunados combates, levantarse como recuerdos de sus victorias los desplomados edificios que abarcaban mi mirada, saquear el mundo entero para atraer á su seno los tesoros con que alimentar su embriagadora vida, ceñirse una corona que los pueblos despojados debían arrebatársela, borrando con sangre y fuego los recuerdos de su esclavitud que inscribió en sus monumentos.

Creía oír llegar hasta mí el atronador aplauso de la Roma congregada en el coliseo, al ver espirar en la arena, entregados á las fieras, á los perseguidos cristianos, y entre el aplauso de aquel pueblo ébrio de emociones entreoír las últimas palabras de fe y de esperanza de los mártires del cristianismo; su sangre, filtrándose por la arena, corría para corroer los muros del coliseo, representación de la Roma pagana, derribada y vencida por la sublime y humanitaria doctrina de Jesús. No, no es una ilusión; ante mi vista está el coliseo en ruinas, edificado sobre los jardines del que incendió á Roma, en una noche de orgía de aquel mónstruo humano que se llamaba Nerón, y ante mi vista está también la triunfante cúpula de la basílica construída en el lugar donde reposan los restos de un pobre pescador de Galilea, San Pedro. Estas son mis impresiones trazadas tal cual eran sentidas; siempre dejaba mis ruinas y su soledad con pesar; siempre sentía internarme en la ciudad, donde todo era vida y movimiento.

Después del Foro Romano y el de Trajano, el Panteón llama la atención; es uno de los monumentos más notables

de la antigüedad: por su forma, generalmente se le conoce por la Rotonda, y á pesar de las restauraciones, conserva aún en sus formas primitivas todo el estilo de su bella arquitectura. Tiene 16 columnas en el pórtico, de las que 8 de la fachada sostienen una cornisa y un frontispicio, que son un modelo de belleza. El interior es grandioso al par que esbelto; el diámetro y altura son de 43,40 metros, recibiendo la luz por la cúpula; la tribuna del altar mayor, como las 6 capillas, bajo cuyos altares están osamentas traídas de las catacumbas, han sido parte escabadas en los muros; están adornadas de pilares y columnas sobre las que descansa la redonda cornisa de blanco mármol; por encima de ella el átrio con nichos y la gran cornisa que sostiene la cúpula.

La Rotonda contiene los sepulcros de varios célebres artistas, entre ellos el de Rafael en la tercera capilla de la izquierda, al pie de la Madonna del Sasso, ejecutado por Lorenzetti, según disposición testamentaria del gran pintor. Á la derecha del altar mayor la sepultura del Rey Víctor Manuel. Bonifacio IV consagró el Panteón al culto católico en 609, bajo el nombre de Santa María de los Mártires, y en memoria instituyó la fiesta de Todos los Santos.

Saliendo por la puerta de San Sebastián, y pasando por las termas de Caracalla, entramos en la Vía Appia, con sus sepulcros de Cecilia Metella, de Séneca, de los hijos de Sixto Pompeyo... No eran estos sepulcros los que buscábamos, sino los altos cipreses, y una inscripción en una viña que nos señalaban un cementerio de homilias más modestas; buscábamos las Catacumbas de San Calixto. Entramos en aquella viña, siguiendo hasta una modesta construcción de ladrillo de tres absides, el antiguo oratorio de San Calixto *in Arenarii*, y en una casita donde se vendían fotografías y la descripción de las Catacumbas por el Comendador J. B. de Rossi, esperamos la llegada del guía que debía conducirnos.

La historia de esos cementerios, recuerdo de los perseguidos cristianos durante los tres primeros siglos de la era actual, y que termina con el edicto de Milán, dado por Constantino, es muy interesante; señala el desarrollo progresivo, la integración de las diferentes clases sociales que se funden

en el ideal religioso, que les da la cohesión, la fuerza inquebrantable de la fe, para por la persuasión y la palabra derribar una sociedad y sobre sus restos fijar una nueva basada sobre los eternos principios de la moral cristiana. De aquellas sombrías bóvedas brotó la nueva luz que debía iluminar al mundo con sus vivos resplandores, la fuerza que debía romper las cadenas de los esclavos y fundar el nuevo derecho.

Al lado del oratorio indicado está la bajada á las Catacumbas; éstas no son, como hasta hace tiempo se creía, canteras abandonadas, que los cristianos escogieron para formar sus cementerios. El estudio del terreno, la disposición de sus galerías, demuestran que fueron formadas con el objeto único á que se les dedicaba. La naturaleza del suelo volcánico excluye las ideas de canteras, así como las galerías estrechas, largas, cruzándose en ángulos rectos, están en relación evidente con los sepulcros; sin éstos no tienen razón de ser.

Los cristianos siguieron la costumbre de los judíos, de enterrar los muertos; pero deseando que los restos de sus hermanos no descansasen al lado de los de los paganos, las primeras agrupaciones cristianas buscaron en sepulcros de derecho privado, garantidos por las leyes romanas, el ocultar sus cementerios á los magistrados. El desarrollo creciente de la comunidad cristiana fué tan rápida, que estos cementerios no podían ya pasar como de derecho privado; de consiguiente, necesario les fué buscar en ocultas galerías subterráneas el lugar donde sepultar sus cadáveres. Un cuerpo especial de escavadores se formó, pagado por los fondos de la Iglesia, formados por las cuotas y liberalidades de los fieles, y que estaban destinados al sostenimiento del clero, las viudas, los huérfanos y á la sepultura de los pobres.

Estas vastas necrópolis son un testimonio de la extensión rápida del cristianismo: están formadas de gran número de galerías que se cortan en ángulo recto; su anchura es de ochenta centímetros. Las cavidades sepulcrales escavadas en las paredes de las galerías (*lóculus*) tienen la longitud del cuerpo humano, siendo su interior más profundo y más alto del lado de la cabeza que el de los pies. Los nichos de los niños

ocupan los ángulos, para no debilitarlos. A medida que las necesidades aumentaban, avanzaban las excavaciones, prolongándose en todas direcciones las galerías, pero al mismo tiempo se aprovechaban los huecos utilizables en las ya formadas; de aquí los cuerpos intercalados de diferentes épocas.

Muchas de las galerías laterales aun no están descubiertas; están llenas de los materiales extraídos de las principales y de las cámaras sepulcrales, llamadas así por sus formas poligonales, que generalmente es la rectangular. Estas cámaras sepulcrales (*culícula*), es el lugar preferente de los enterramientos de ciertas familias, de los sacerdotes, de los mártires, cuyos venerados sepulcros son los altares donde se celebraba anualmente, se conmemoraba su gloriosa muerte. Al lado de las *arcasolias* colocadas en el fondo de las cámaras sepulcrales se encuentra tallada algunas veces en la piedra la silla del Pontífice.

En las cámaras sepulcrales de San Calixto se encuentran los sepulcros de San Antero, San Fabián y San Sixto II, que murió mártir en la misma catacumba. San Dámaso hizo colocar en su sepulcro una inscripción en verso. Los restos de San Cecilio también descansaron allí.

Recorriendo aquellas galerías, las cámaras sepulcrales, se ven aún los restos de algunos frescos, de algunas inscripciones; los primeros generalmente son signos simbólicos alusivos á la esperanza en la otra vida, la Resurrección; las inscripciones son las expresiones sinceras del pesar y de la confianza de gozar de la vida celestial. ¡Cuán bellas son estas inscripciones en su sencillez! Ellas fueron trazadas por la mano del padre, del esposo, del hermano, del amigo, ellas encierran en breves palabras un mundo de recuerdos y de esperanza.

Con nuestras pequeñas velas y poseídos del sentimiento que despiertan las catacumbas, las recorrimos, deteniendo siempre á nuestro guía, á quien poco importaba nuestro sentimiento, y sí el terminar pronto para conducir á otro grupo de visitantes. Dejamos las catacumbas, tomamos nuestro carruaje y volvimos á Roma.

El palacio del Vaticano debe su actual magnificencia al

poder ya afirmado de los Papas, después de su vuelta de Avignón: es un colosal edificio cuya puerta de ingreso se encuentra á la derecha de San Pedro. Provistos de nuestros correspondientes billetes, que presentamos á la entrada en el puesto de la guardia suiza, subimos la escalera que conduce á la Sala Real y de ésta á la capilla Sixtina. Su historia es bien conocida, el carácter de Julio II obligó á Miguel Ángel á trocar el cincel por el lápiz y el color: aquellas dos enérgicas almas se comprendían. En aquella bóveda, en aquellos muros debía manifestarse Miguel Ángel en todo su genio: todo en la capilla es bello, como lo son las creaciones de Miguel Ángel, bello en todo el atrevimiento de lo grandioso: aquella ornamentación de columnas y pilastras imitando el bronce y el mármol que vienen á cerrarse en la bóveda plana formando aquellos campos donde traza la historia de la creación. Dios separando la luz de las tinieblas, creando los astros del día y la noche, las plantas y los árboles, los animales que viven en el seno de las aguas, la creación del hombre, la de la mujer, la tentación de la serpiente —representada por un demonio— el pecado original, Abel y Caín, el diluvio, la embriaguez de Noé, en las pendientes de la bóveda, los Profetas y las Sibilas, y en los cuatro ángulos David y Goliath, Judith, la serpiente de bronce, Ester y Anám. Todo es de un efecto y una ejecución portentosa.

Treinta años después, en 1541, concluía su *Juicio Final*. No tengo conocimiento alguno para poder apreciarlo; no hablo, pues, más que de la impresión que en mí produjo, que no sé si por falta de luz, ennegrecida por el tiempo ó debida á algunas restauraciones, no fué la misma que la de la bóveda. Comprendo, si todo el estudio que revelan aquellos grupos en sus atrevidas actitudes, la lucha de los ángeles y demonios por arrebatarse á los bienaventurados; los condenados, esforzándose por subir hasta el cielo, donde se manifiestan Jesús y María entre grupo de ángeles, eran para mí una academia de dibujo, de composición, pero no de sentimiento. Con el *Juicio Final* me ha acontecido lo que con otras obras; oye uno ó lee sus descripciones, y la imaginación se forma de ellas un ideal que se desvanece al tocar la realidad.

Después de la capilla Sixtina subimos al segundo piso, á las Cámaras y Logias de Rafael: la primera, llamada de la inmaculada Concepción, como lo indica su nombre, es moderna; contiene los frescos alusivos á la declaración del dogma, pintado por Podestá, y las siguientes se conocen por los nombres del Incendio, de la Firma, de Heliodoro y de Constantino, Julio II y León X. Comisionaron á Rafael para cubrir aquellas salas de frescos, que ejecutaron él y sus discípulos de 1508 á 1520.

Así como para admirar á Miguel Ángel como pintor es preciso hacerlo en la capilla Sixtina, para comprender á Rafael y al discípulo que más se le aproxima, Julio Romano, en toda la extensión de su poder creador, necesario es estudiar las bellezas de los frescos de las Cámaras, que han inmortalizado su nombre. De la última sala, ó sea la de Constantino, se pasa á las amplias galerías que rodean el patio de San Dámaso; la de la derecha ha sido cubierta de estucos, de pinturas decorativas, y las bóvedas, de pinturas del Antiguo y Nuevo Testamento, por los dibujos de Rafael, y ejecutadas por sus discípulos y otros artistas.

El Vaticano contiene varios museos, siendo el más importante el de escultura, cuya visita dejamos para otro día.

Nosotros dividimos en estas impresiones de viaje, refiriéndonos á Roma y sus museos, en dos agrupaciones, los de pintura y los de escultura.—El del Vaticano, la galería Borghese y la Doria; el primero es para nosotros el predilecto, es un museo de pocas pero escogidas obras; en él la vista no vaga, aturdiéndose en la multitud de cuadros que tiene por resultado la confusión. No, en la galería del Vaticano, cuanto se percibe son obras maestras, bien colocadas y bien dispuestas, sin que por ello la escuela, el asunto, la ejecución, no dejen de tener su influencia, para fijarse con más predilección en unas que en otras, como nos sucedió con la transfiguración y la Madonna de Foligno, de Rafael; la Comunión de San Jerónimo, del Domínico; la Madonna de San Niceolo, del Tiziano; el Martirio de San Lorenzo, de Rivera; la Adoración de los Pastores, de Murillo; la Virgen con los patronos de Perusa, del Perugino; el en-

terramiento de Jesús, del Caravaggio; el martirio de San Erasmo, de Poussín; Jesús rodeado de una gloria, del Corregio.

Después de la del Vaticano sigue en importancia la Borghese, con el sepelio de Rafael; la Circe, de Dossi; la Danae, del Corregio, y el Amor profano y el amor divino del Tiziano.

La galería Doria es más numerosa en cuadros, pero no tan buenos como los anteriores: las mejores obras se encuentran en tres galerías y el gabinete con retratos de sabios venecianos por Rafael; la Herodiada, de Pordedone; retrato de A. Doria, por Sebastián del Piombo, y en primer término, por su combinación de los tonos rojos y su realismo, el de Inocencio X, por Velázquez.

Los museos de esculturas del Vaticano y del Capitolio contienen las más ricas colecciones, especialmente el primero; fundadores de estos museos lo han sido los Pontífices Julio II é Inocencio X; sus sucesores los han engrandecido, reuniendo al presente todas las épocas desde la de Phidias y Praxiteles, en que el arte llega á su apogeo en Grecia, hasta los tiempos modernos; y si es verdad que los pueblos orientales y el Egipto precedieron á la Grecia en la escultura, que tomó de ellos el procedimiento y los medios de ejecución, los transformó de tal modo que creó esas inmortales obras, que á través de tantos siglos se han conservado siempre como el ideal, el prototipo de la belleza humana.

En el museo del Vaticano, en aquellas espléndidas salas, de la Biga, de la Cruz Griega, de la Rotonda, del Museo, en el octógono patio del Belvedere con sus pisos de mosaicos, su brillante decorado, se exhibe, como he dicho, la más notable colección de rasos, de candelabros, de sarcófagos, de bajos relieves, de bustos, de estatuas; en él, como en el del Palatino, no podíamos, no queríamos entregarnos á un minucioso examen, buscábamos los que nos eran tradicionalmente ó por las descripciones leídas más conocidos, y de esas obras escogidas nos deteníamos á estudiar las que nos eran más predilectas; en una palabra, no buscábamos ni los Apolos, ni las Venus, reproducciones todas de una misma idea; bellezas de estudio, sí, pero tan inertes, tan frías como el

mármol de que están formadas. Buscábamos los gabinetes del Belvedere para encontrarnos con esa maravilla del arte, de la escuela de Rodas, que tan conocida es y que se llama el grupo de Laocoonte; ante el sacerdote de Apolo entregado á muerte con sus hijos, se siente el sublime dolor de aquel padre, el esfuerzo supremo representado en su contraída musculatura para romper las anilladas ondulaciones de las serpientes en que va envuelta la muerte de sus hijos, de aquellos seres de su sér. No es posible ejecutar nada más grandioso, más sublime y más bello que el grupo de Laocoonte; entusiasmados, no queríamos dejar aquel grupo, y es que en la escultura, como en la pintura, buscábamos el sentimiento y la vida, expresado siempre bajo las formas más puras y correctas del arte, razón por lo que somos atraídos á sus representaciones en el grupo de Laocoonte, el torso del Belvedere, las estatuas de los sepulcros de los Médicis, la Niobe y sus hijos, el rapto de las Sabinas, los Luchadores, el Ajax con el cuerpo de Aquiles, y el Galo moribundo del Capitolio, una de nuestras más predilectas estatuas en todos sentidos considerada, representación de la sublime dignidad del hombre que prefiere la muerte á la esclavitud.

Los días pasan ligeros, breves son sus horas para repartirlas entre la vida del turista y la vida oficial; después de nuestras excursiones nos reuníamos para terminar el informe oficial de nuestra comisión, que debía llevar el comandante Albarrán; al fin terminó aquel trabajo y llegó también la hora en que fuimos á despedirlo; sentíamos vivamente vernos privados del amigo y del compañero que regresaba á nuestra España; con él habíamos salido de Madrid, habíamos vivido la vida íntima de viaje, estudiado cuanto á nuestra comisión se refería; nuestro criterio y pensamiento era el mismo. Le abrazábamos, y aún el tren en marcha, nuestras manos se agitaban queriéndose estrechar.

Regresamos al hôte!; en él me esperaban mis amigos, venían á invitarme para los días de Carnaval, en el Corso, del que hasta entonces me había ocupado muy poco. Prefería mi vida de excursiones á la de aquella calle con su animada vida; pero ante tan exquisita galantería, resistir no era

posible, quedando convenido nuestro plan del Corso para el lunes y martes del Carnaval.

La larga vía del Corso, la principal de Roma, centro del movimiento, presenta estos días un encanto especial; sus balcones se engalanan de banderas, colgaduras y flores; en sus plazas se levantan tribunas; dos hileras de carruajes descubiertos se esfuerzan por abrirse paso entre la multitud que concurre á presenciar y tomar parte en aquella espléndida fiesta. Lo más escogido, las damas más elegantes de la sociedad romana, ó extranjeras, se encuentran en aquel campo de batalla para entrar en la lucha, lucha vertiginosa que producen los millares de bouquets, las delicadas bomboneras, los rayos de amor (1) que se cruzan de carruaje á carruaje, de éstos á los balcones. En todas direcciones no se ve más que una lluvia de flores que perfuma el ambiente que os envuelve excitándoos al combate. Los ojos brillan con intensa luz, son de un fuego abrasador, el rostro está encendido, la entreabierta boca deja escapar una respiración anhelante, el frenesí de la fiebre os precipita, os arrastra en aquel mundo de emociones que multiplica los latidos del corazón, vuestra naturaleza vibra en la exaltación de la locura. Las horas son breves instantes en aquella vida de delirio, que termina por tres cañonazos disparados desde la plaza del Pueblo.

Los policías despejan de carruajes, de los grupos de máscaras, el Corso, para dar lugar á la original carrera de caballos Barberi; y aun por las calles inmediatas se cruzan entre los carruajes algunos ramos. Se entra en el hôtel rendido, pero no fatigado; y al dejar el carruaje cubierto de flores, la mano oprime un bouquet, memoria que os recuerda vuestros predilectos lugares, aquellos en que el fuego era más vivo, más intenso. Con ansiedad se espera el siguiente día para abismarse en la alegría, la animación y la expansión de un nuevo combate; es el último, en él quedaréis victorioso ó derrotado. ¡Ah! no, derrotado siempre; ¿quién no lo es por

(1) Pequeñas bolas cubiertas de tiras largas de papeles de colores.

esa sublime encarnación del espíritu en las delicadas y suaves formas que se llama «La mujer?»

Á la original fiesta de las flores sigue este último día la de los Mocoletti. Después de la carrera de los caballos, los carruajes, las cuadrillas de máscaras convergen de nuevo al Corso, y empieza aquella reñida escaramuza que consiste en encender pequeñas velas y el apagarlas con pañuelos y unos abanicos especiales de plumas; es una preciosa vista los millares de luces que iluminan el Corso, y el entusiasmo con que todos se lanzan á aquel fuego fantástico. Tras el combate, el incendio.

El Miércoles de Ceniza da tregua aquella locura humana que se llama el Carnaval; también es para nosotros la señal de disponernos á dejar á Roma: empiezan las visitas oficiales de despedida y las de los amigos, que son numerosos; de consiguiente, preciso es detenernos para cumplir esta misión; las distancias son considerables y en un día no es posible hacerlas todas, especialmente cuando se encuentran en sitios tan distantes como nuestra Academia de San Pedro en Montorio, bello edificio, con preciosas vistas, debido á la iniciativa de nuestro representante el Sr. Conde de Coello, y que será en el porvenir centro de los artistas españoles que se dirijan á Roma á estudiar las grandes obras del arte, bajo la dirección de nuestro estimado amigo el Sr. Casado, cuya última composición se exhibirá en la próxima Exposición de pinturas; es un episodio histórico, la Campana de Huesca, y el inspirado artista lo ha trazado con bravura, venciendo las dificultades de tan tenebroso asunto.

Deseábamos prolongar las horas de Roma; pero ellas corren presurosas. Sentimos desprendernos de nuestra agradable vida; pero el deber, palabra inflexible para todo militar, nos decía que era preciso dar el adiós á Roma.

El día 4 de marzo, á las dos de la tarde, nos despedíamos de algunas personas que habíamos conocido en el hôtel; nuestros amigos Angulo, Dominé y Castro nos acompañaron á la estación del ferrocarril; en ella los abrazamos, encargando al primero, nuestro querido é inseparable compañero en aquella expedición, que nos escribiese, que no se olvida-

se de nosotros. El tren partía, cambiándose nuestros saludos, nuestras frases de simpatía y afecto, y cuando ya perdíamos la estación, me dejé caer en mi asiento para abismarme en mis reflexiones, pues, como he dicho al empezar mis impresiones de la Ciudad Eterna, Roma será un recuerdo que vivirá siempre en mí.

¿A dónde íbamos?—A la Spezia; no recuerdo nada de aquel camino que pasa por Civitta-Vecchia, Liorna y Pisa; sólo sé que llegamos pasada ya la media noche á la Spezia, instalándonos en el hôtel de la Cruz de Malta.

Era el último establecimiento militar que teníamos que visitar; á la mañana siguiente vestíamos de uniforme para presentarnos á las autoridades, y en aquel día también veríamos el nuevo y grandioso Arsenal de la Spezia, con sus numerosos y bien dispuestos talleres, almacenes y los tres diques, el mayor de 130 metros.

Bajo la potente machina hidráulica estaban los monstruosos cañones de 100 toneladas que debe montar el hermano del *Duilio*, el *Dándolo*, que recorrimos minuciosamente en sus emplazamientos para las torres, sus posiciones de carga y el sistema de conducción de éstas y proyectiles, sus cabestrantes de vapor, sus transmisiones, la combinación de sus obras defensivas en su potente coraza de 55^{cm}, sus dos máquinas, los emplazamientos, los aparatos para lanzar torpedos. El *Dándolo* es una soberbia fortaleza marítima, y si realiza igual andar de 15 millas y balances de tan poca amplitud como el *Duilio*, en unión con el *Lepanto* y la *Italia*, será el núcleo más poderoso de fuerza que marina alguna pueda presentar sobre la superficie del mar. Los partidarios de las grandes masas acorazadas deben felicitarse; están de enhorabuena; ellas realizan todas sus aspiraciones: velocidad, estabilidad, impenetrabilidad relativas; breve espacio para girar y grandes masas de hierro proyectadas con las mayores velocidades iniciales, con un vasto campo de tiro; pero de 15 á 21 millas de andar hay 6 de residuo; de una determinada posición á 8 ó 10, van 9 de desfavor; del radio de giración de un cetáceo al de un pequeño pez hay notable diferencia; de dispersar la acción de los elementos destructores

sobre variables y pequeños puntos á la convergencia de éstos sobre aquél, existe también una diferencia de consideración. Resumiendo: lo colosal, derribado debe ser por lo pequeño; esta es una lección que nos da la misma naturaleza. El hombre ha vencido siempre, en su lucha por la existencia, extinguiendo ó dominando, para aplicarlos á su uso, los elementos vitales representados en las grandes formas; pero impotente ha sido hasta el presente para luchar con el mundo de los infinitamente pequeños, con el mundo micrográfico.

San Bartolomeo y San Vito son dos establecimientos fuera del arsenal: á ellos nos trasladamos en una falúa de vapor que galantemente fué puesta á nuestra disposición; el primero es el depósito de torpedos con sus amplios y bien dispuestos almacenes, y un taller de reparación (pues el de fabricación lo tienen en Venecia), y las bombas de comprimir aire. El muelle de esperiencias está perfectamente ideado.

San Vito con los talleres de artillería y las máquinas montadas demuestran toda la importancia, el desarrollo siempre creciente de este material. Á nuestro regreso visitamos la *María-Pía* y la *San Martino*, con objeto de estudiar la disposición de los aparatos, que son muy ingeniosos y de fácil manejo.

El puerto militar de la Spezia es el primero de Italia; las obras ejecutadas en él son todas nuevas, y por consiguiente corresponden á un conjunto armónico en que están previstas todas las condiciones y necesidades de la época actual.

Dejamos la Spezia pasando ya la noche del 7 de marzo en dirección á Bolonia, bajándonos en la estación para dirigirnos al hôtel Brun. Bolonia es una ciudad amurallada interesante por sus bellos edificios, por sus muchos recuerdos históricos, por la construcción especial de sus pórticos, que le dan un aspecto especial. Su plaza principal, la de Víctor Manuel, es el centro de la ciudad, es una de las más notables de Italia, con su fuente coronada por el famoso Neptuno de Juan de Bolonia.

San Petronio, en estilo gótico toscano, con su gran nave principal, sus dos laterales y sus capillas, cierra uno de los

lados de la plaza; su fachada y su cierre interior no están terminados. Contiene numerosas obras de arte; como recuerdo histórico el haber sido coronado en ella Carlos V por Clemente VII, y como recuerdo científico la meridiana trazada por Cassini.

La Academia de Bellas Artes encierra obras escogidas, especialmente de la escuela bolonesa, y la conocida Santa Cécilia, de Rafael, en que no se sabe qué admirar más, si la composición ó el sentimiento de sus figuras. Rodeada de la Magdalena, San Juan, San Agustín y San Pablo, Santa Cecilia, después de haber tocado una melodía en el órgano que pende de sus manos, se extasía oyéndola continuada por un coro de ángeles en un grupo de nubes: la Magdalena, San Juan y San Agustín, revelan en sus semblantes las emociones que experimentan al escuchar el angelical coro; San Pablo reconcentrado en sí, es la expresión más sentida, está abismado en su ideal, el desprendimiento del mundo, la esperanza de la vida celestial. Vista aquella cabeza no se olvida jamás. Al salir de las salas, nos detuvimos ante un dibujo al lápiz en dos colores; era el de la cabeza de Guido Reni, el Cristo coronado de espinas de la galería de Dresden.

¿Quién no ha oído hablar de las torres inclinadas en Bolognia? Preciso fué, por la vía del Mercatto de Mezzo, llegar hasta el pie de las torres Garisenda y Asinelli, construidas en 1110 y 1109 por los que les dieron su nombre; son de altura de 49,60 y 97,61 metros é inclinaciones de 3,04 y 1,23. Miramos la primera y miramos la segunda, ésta con más satisfacción que aquélla, pues ya nos parecía encontrarnos en su plataforma; cierto es que llegamos á ella, pero no olvidaré los 447 escalones de aquella estrecha y malísima escalera de madera adosada á sus muros; en su ascensión se producen los vértigos de la absorción del vacío.

Después de descansar largo rato, pudimos contemplar á nuestra satisfacción la inmensa extensión que abraza la vista desde los Alpes á los Euganeos, en un hermoso día, en que el espléndido sol se destacaba en un cielo que no cubría ni la más ligera nube. Desde aquella altura nuestra mirada quería abrazar la Italia entera; pero si no podíamos recon-

centrarla en nuestras pupilas, nuestro pensamiento la abarcaba y nuestro corazón la sentía. Desde aquella torre nos despedimos de la Italia, le dimos nuestro «Adiós.»

El tren nos condujo para recorrer el camino que conocen ya nuestros lectores desde Bolonia á Mestre, de este punto á Udino y Ponteoba, frontera austriaca, atravesamos la Carintia y la Stycia y por Leoben, que recuerda la paz de Campo Firmio, volvimos á pasar por Bruck, llegando á Viena en la noche del 11 de marzo envueltos en una tempestad de agua y viento. Descansamos un día, para el siguiente continuar nuestro viaje á Berlín. Estamos por tercera vez en el hôtél de Roma en el paseo de los Tilos.

Pocos días después de nuestra llegada, tengo el sentimiento de despedirme de mi querido amigo Balseyro, que es llamado á España, lo estrecho en mis brazos cariñosamente y con profundo pesar le veo partir. De los tres que habíamos dejado á Madrid el 8 de diciembre de 1880, sólo queda en el extranjero quien estas líneas escribe.

VIII.

RESUMEN.

Había cruzado la Europa, desde Cádiz y Madrid á Kiel en el Báltico; desde este punto á las orillas del Adriático y del Mediterráneo, para regresar á la capital del Imperio alemán.

Nuestra vida había sido muy agitada, diversas nuestras impresiones; ellas se agrupan en dos puntos esenciales: los estudios militares, y los que sin otra guía que la afición y el haber recorrido algo el mundo y comparado, se refieren á las artes. Esas impresiones, bien distintas, despertaban en mí reflexiones que minuciosamente anotaba; de ese libro de anotaciones extracté las primeras, las que se refieren á los estudios militares; si éstas son de escaso valor, menos, mucho menos lo tendrán las segundas.

Nosotros habíamos visitado tres marinas, las de Alemania, Austria é Italia; tres marinas que se han formado ó que se han desenvuelto bajo las tres formaciones que han experimentado estas nacionalidades, que no poseen colonias; su acción está limitada esencialmente á la defensa de sus costas, á las eventualidades en que pueden verse envueltas en el porvenir. En las dos primeras, Alemania y Austria, la marina es un elemento complementario á su fuerza militar, que se basa en el ejército; es una condición impuesta por su situación geográfica, sus extensas fronteras terrestres, condición que varía en Italia, deduciéndose el esfuerzo manifestado por esta nación en poseer una marina que la coloque en este sentido entre las de primer orden, y que se comprende desde luego por sus debatidas costas, por su posición geográfica, que arranca en el Mediterráneo, dividiéndolo en dos partes, hasta casi tocar por la Sicilia el continente africano.

Existe una cuestión grave, transcendental para las naciones mediterráneas, que abraza varios puntos; uno de ellos es la Turquía en sus ruinas, en su agonía. Así la seguridad de la libre navegación del camino de las Indias y la Oceanía, el canal de Suez, y la más interesante la dominación de la costa africana, que impulsa á las naciones del Mediodía de Europa á poseerla; pero en esta posesión va envuelto el porvenir de una nacionalidad. Italia no puede permitir que á sus fronteras francesas continentales se establezcan otras por su extremo del Mediodía; estaría completamente dominada en todos sentidos, militar y comercialmente, envuelta en un círculo de hierro que ahogaría sus esfuerzos por desenvolverse. En iguales condiciones se encuentra nuestro País; para nosotros es esencial, es cuestión de vida ó muerte, en las contingencias del porvenir, en el sistema político de las compensaciones, el tener libre nuestra navegación á las Filipinas, el poseer la seguridad de que ninguna nación domine, ya realmente, ya por su influencia, el Imperio marroquí.

Si las anteriores líneas reflejan algo de un pensamiento ajeno á ligeras impresiones de viaje, mi objeto no ha sido otro que confirmar la opinión admitida que la marina debe estar siempre en relación con la situación geográfica del País, con

las complicaciones en que puede verse envuelto en sus relaciones con las demás naciones. No siempre es posible ni conveniente el encerrarse, al debatirse graves cuestiones, en la neutralidad, y aun para sostenerse en ella es preciso la fuerza que la haga respetar. Despréndese de estas consideraciones la necesidad al crearla, ó al transformarla, que obedezca á los adelantos progresivos de la época, bajo un plan meditado y estudiado, que corresponda á las condiciones esenciales de cada nación, pues la que posee un vasto litoral y colonias que proteger, no puede, no debe tener un material igual á la que sólo posee limitadas costas que defender.

La creación ó la transformación de una marina es un problema bien complicado; impone como á toda fuerza la necesidad de centros defendidos, los puertos militares, con sus arsenales construídos bajo las necesidades siempre crecientes de los progresos industriales, en su aplicación á la guerra; sin esta base, el material flotante no tiene valor alguno, es una fuerza que el primer contratiempo anulará.

La organización de las marinas alemana, austriaca é italiana obedece al mismo principio. Tenía por fundamento la organización esencialmente militar de la época actual; las condiciones del material flotante han variado por completo, y en lugar de mecerse en los poéticos ensueños de un pasado que no ha de volver, han estudiado los resultados prácticos de los elementos de guerra reunidos en las enormes masas movidas con gran velocidad, de los blindados, y que la inteligencia maneja y dirige sin preocuparse para nada de la antigua fuerza impulsiva, el viento; es decir, que se entra en combate á toda fuerza de vapor, y los que aun conservan aparejo, con él abajo. Los buques de combate no son hoy más que baterías flotantes; los marineros, los maniobristas se han trocado por completo en artilleros, en fusileros, en torpedistas.

La instrucción ha variado, á su vez, por completo en las marinas citadas; lo que antes era principal ha pasado á ser lo accesorio; los hombres al ingresar en el servicio se acuartelan, y divididos en compañías, reciben su instrucción militar, se identifican con los deberes y las prácticas de la mili-

cia; concluída esta primera instrucción, reciben la de artillería en buques escuelas que montan todas las piezas y ametralladoras en servicio, desde las de desembarco hasta las colosales que han de manejar á bordo de los acorazados; los más escogidos pasan al servicio de torpedos, instruyéndose en su difícil manejo á bordo de los buques escuelas especiales que los montan, así como las luces eléctricas destinadas á los reconocimientos y descubiertas. Con semejantes tripulaciones, ó mejor expresado, guarniciones, no es dudoso que la fuerza naval se presente poderosa, llenando su misión con el conocimiento exacto é indispensable de las diferentes armas que dotan al material flotante.

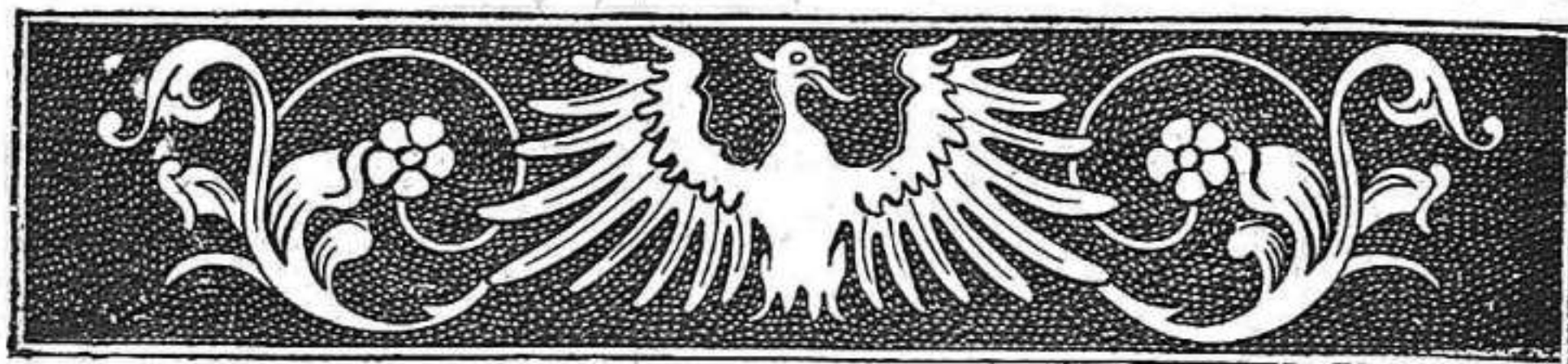
Un pensamiento se manifiesta en las naciones citadas, la de no crear cuerpos especiales. Un vasto personal como lo es el que compone una marina, tiene en sí personalidades que escoger para dirigirlas hacia estudios especiales, y de esta manera no se quebranta la unidad, tan esencial y necesaria, de la corporación.

Concluyo, y es posible me exprese mal; estoy seguro que mis lectores encontrarán, al leer estas páginas, nombres trocados, frases no muy correctas, conceptos atrevidos y apasionados, debidos tal vez á nuestro carácter meridional, falto del sereno y frío razonamiento de los vates del Norte; hé aquí por qué estas líneas las he titulado «Mis impresiones de viaje,» que termino lejos de mis afecciones queridas, lejos de España. ¿Qué me retiene en Berlín? El deber, palabra sagrada para todo militar; yo me esforzaré para cumplirlo noble y lealmente, pues te pertenezco, Patria querida, y si al trazar estas últimas líneas gruesas y ardientes lágrimas surcan mis mejillas, acéptalas, son vertidas por un corazón que sólo late para tí, España mía.

SEGISMUNDO BERMEJO.

Coronel capitán de fragata.

Berlín, Marzo 28 de 1881.



SONETO

Tarde, muy tarde, por aciaga suerte,
nos hallamos del mundo en la jornada:
encadenado yo, tú encadenada,
y entre ambos el deber, severo y fuerte.
Pretendo huir de tí para no verte,
y por do quier te encuentra mi mirada;
te alejas tú también amedrentada,
y tropiezas conmigo al esconderte.
¡Señor! ¡Calma por fin nuestros antojos!
Tú que ves nuestro mutuo sufrimiento
inventa fortalezas y cerrojos.
Pero ¡quién va á poner impedimento
á estos continuos besos de los ojos,
y al eterno pecar del pensamiento!

CONSTANTINO GIL.





MI ASCENSIÓN
A
LA GRAN PIRÁMIDE

CARTA Á MESONERO ROMANOS.

SEÑOR DON RAMÓN MESONERO ROMANOS.—*Madrid 15 de abril de 1882.*—Mi respetable amigo é ilustre señor: Á V., cuyas canas han brotado entre los laureles con que la gloria ha ceñido sus sienas; á V., que siempre ha considerado con demasiada benevolencia mi *Viaje á Oriente*, voy á dedicar algunos instantes, refiriéndole uno de los momentos supremos de aquel viaje, donde tantas emociones sintió mi alma, pero donde para siempre perdió la salud mi cuerpo; que los asiáticos climas cercenan lentamente la vida del europeo: de lo que nos da un triste ejemplo la prematura muerte que venimos llorando del ilustrado turista D. Adolfo Rivadeneyra.

Antes, amigo mio, hubiera dirigido á V. mi pluma, si mis ocupaciones me lo hubieran permitido; por eso me apresuro á hacerlo hoy en que me encuentro menos ocupado, porque me hallo cesante; y me hallo cesante, dicho sea de paso, porque así ha querido premiar sin duda el Excmo. Sr. D. Juan Francisco Camacho las páginas que durante algunos años he dedicado

á defender el partido político en que él milita; y porque así ha querido remunerar la probidad con que he desempeñado los comprometidos cargos que por algún tiempo me fueron confiados en una de las más delicadas Direcciones de su Ministerio.

Hoy en que, retirado en mi casa, lloro los desencantos del vivir, cuando al vivir acompaña la buena fe, voy á abandonar el País en que habitamos, y vagando, en alas de la imaginación, por aquellas gigantescas regiones, por donde un día vagué en alas de la realidad, me propongo referir á V. las impresiones que experimenté en uno de los momentos más felices de mi viaje; voy á intentar describir á V. mi ascensión á la pirámide *Cheops*, según la llamamos en España; y á la que en Francia, en Italia, en Alemania, en Escocia y en Egipto llaman *La Gran Pirámide*, porque los más recientes y profundos estudios sobre ese gran monumento han demostrado que ni nunca estuvo sepultado en él el Faraó Cheops, ni fué construído con ese objeto. Ármese V. de paciencia.

El Sr. D. Carlos Ortega y Morejón, cónsul general de España en el Egipto, á quien tan finas atenciones y tantas muestras de amistad debí durante mi permanencia en el Cairo, me contestó cuando le manifesté la resolución que llevaba formada de subir á La Gran Pirámide:—No puede V. realizar su deseo: he acompañado franceses é ingleses más jóvenes que usted, y todos se han bajado antes de llegar á la mitad.

El día 24 de febrero de 1877 cruzábamos á las dos de la tarde el puente del Nilo, en una carretela tirada por dos caballos, el cónsul, su esposa y yo, y atravesando durante dos horas bosques de elevadísimas palmeras, que nacen en las márgenes de aquel caudaloso río, cuyas ondas murmuran crónicas sublimes de un tiempo que pasó, cuya corriente meció la cuna del legislador del mundo, nos encontramos en la altura de arena, llamada *Feehzéh*, *Ghizeh*, *Djiseh*, *Dschezeh*, que ya se levanta un cuarto de hora dentro del gran desierto de *Sahara*, como pronunciamos nosotros, ó de *Fahara*, como pronuncian los beduínos, que en dicho desierto han nacido y que ven deslizarse su vida en aquel mar de tostadas arenas y bajo aquel sol abrasador.

No diré á V., por no molestarle demasiado, las dificultades que la carretela tuvo que vencer para marchar por el desierto; hundíanse los caballos hasta cerca de las rodillas, hundíanse las ruedas hasta cerca del eje, rompiéronse los tirantes de doble correa, y con gran pena conseguimos llegar al pie de las pirámides. Gracia, esposa del cónsul, quedó en la carretela; el cónsul y yo salimos de ella, y cuando nos encontramos frente á frente con La Gran Pirámide, me dijo el cónsul:—Aquí está la gran pirámide; ¿se atreve V. á subir?—Ahora mismo, contesté yo.—¿Con cuántos beduínos quiere V. subir, me preguntó el cónsul, con dos ó con tres? Y como yo supusiera que con tres subiría más seguro que con dos,—Con tres, respondí.

Y tres altos beduínos se acercaron á mí, colocándose uno á la derecha, otro á la izquierda y otro á mi espalda.

La subida á La Gran Pirámide se hace al descubierto y trepando por las peñas de su construcción.

La Gran Pirámide, que cuenta 146 metros de altura, edificio el más alto del mundo, se halla formada por 202 capas de piedra labrada, de desiguales tamaños éstas, y por lo tanto de diferente espesor aquéllas. Desgastados por el tiempo los bordes de las piedras, se presentan irregulares, cuya irregularidad en las piedras, y por lo tanto en los escalones, dificulta no poco la ascensión.

La capa de menor altura tiene 20 pulgadas, ó sea cerca de dos pies; la de mayor altura tiene 56 pulgadas, ó sea cuatro pies y ocho pulgadas; es decir, una vara, un pie y ocho pulgadas; y la anchura de los escalones, que forman las capas de piedra, es de 14 á 16 pulgadas; por manera que las dificultades parciales que constituyen la dificultad total en la subida á ese célebre monumento, son: 1.º, la amarga influencia que el vacío ejerce en la mente del que sube, á medida que va alejándose del suelo; 2.º, el no contar con más asiento que con el preciso para afirmar el pie, y encontrarse de frente y en contacto nuestro cuerpo con una barrera vertical de una vara ó más de altura, la que no se puede salvar sin un violentísimo esfuerzo muscular, y 3.º, el sofocante calor que envía el sol, y el calor más, mucho más sofocante, que despiden las arenas del desierto.

Cuando llegó el momento de comenzar mi ascensión, el cónsul y su esposa me dieron la mano en señal de despedida, y el cónsul me dijo al separarse de mí: «Yo he visto algunos ingleses y franceses más jóvenes que V. que se han vuelto desde la mitad de la pirámide.» Y yo le contesté: «Pues ahora verá V. un español que llega á la cumbre.»

Entonces un beduino tomó con su mano derecha mi mano izquierda; otro tomó con su mano izquierda mi mano derecha; las manos de aquellos beduinos estaban tan ásperas como la piel de lija; y otro se colocó á mi espalda.

Á un grito simultáneo que dieron los tres beduinos, hicimos todos un empuje; y los dos beduinos que me daban la mano y yo subimos á la primera capa de piedras, quedando en la arena el que me había empujado por la espalda.

Á otro grito que lanzaron todos los beduinos, hicimos otro esfuerzo ascendente; los dos beduinos que me daban la mano y yo trepamos al segundo escalón, y el que me empujaba por la espalda quedó en el primero; y de este modo continuamos avanzando.

La ascensión á la gran pirámide no se puede verificar ni por cualquiera de sus caras, ni por cualquiera de sus aristas; es indispensable subir por el ángulo Noroeste y bajar por el ángulo opuesto; y aun por estos ángulos, por estos senderos trillados sólo por beduinos y por curiosos turistas, tampoco se puede marchar en línea recta, sino que es forzoso ir haciendo un zig zag con el fin de buscar, ó las piedras de mejor asiento, ó en las más altas, aquellas en las que el tiempo ó el calor han abierto alguna resquebrazadura para poder encontrar en ella un punto de apoyo en que fijar el pie.

Desde el momento en que salvé la primera capa de piedra, ó sea el primer escalón, comprendí la dureza de mi empeño, y en silencio dí la razón á mi amigo el cónsul; pero no desespéré, antes al contrario, estimulado por la misma dificultad y animado por la idea de que eran las seculares, las misteriosas piedras de la pirámide, donde yo posaba mi planta; de que era el gran desierto de Sahara lo que iba á dominar desde aquella célebre cumbre, yo mismo estimulé á los beduinos, con sorpresa suya, á ascender más de prisa.

Sin que nadie me lo advirtiera, tuve la precaución de no mirar sino delante; es decir, de no fijar la vista más que en la gran masa de piedra que se alzaba frente de mi pecho, pues tocando con el pecho las capas de piedra fuí durante toda la ascensión.

Treinta ó cuarenta de estas capas habríamos salvado, cuando el beduino que me empujaba por detras me levantó los pantalones y comenzó á darme friegas en las dos pantorrillas. Sorprendido yo de aquello, le dije en francés que no había necesidad; y los tres beduinos me contestaron en ese idioma que ellos usan con los europeos, que, compuesto de palabras de todos los idiomas, no es ninguno, pero que todos lo entienden:—¡Oh!... Sí... sí... testa malata, testa malata.

Yo no me sentía mal, pero dejé que me dieran friegas hasta que se cansaron; más me sorprendió aún el que entonces me echaran agua por la cabeza; miré en torno mío y ví que un beduino muy joven subía también con un botijo en la mano, agarrado á las piernas del beduino que me empujaba por detras.

Concluída esta operación, y á la verdad, sintiéndome yo más tranquilo, continuamos la trepadora marcha hasta que, muy fatigado por mi parte, nos paramos en un punto en que en la arista de la pirámide falta una gran peña; la falta de esta peña produce un lugar de descanso, al llegar al cual prorrumpieron los tres beduinos en gritos de alegría, diciendo en mal francés:

—La mitad... Ya estamos en la mitad.

Yo me senté en el borde de una piedra, y los beduinos lo verificaron á mi derecha y á mi izquierda en los de otras. Gran placer me produjo sentarme allí; gran satisfacción experimentó mi alma al considerar que me encontraba en la mitad de la altura de La Gran Pirámide, pero aquella parada me trastornó por completo.

Miré abajo, y la carretela y Gracia, que en ella estaba, no me parecieron más que un punto; miré arriba, y se me figuró que desde donde yo me encontraba mediaba á la cumbre tanta distancia como hasta la cumbre parecía haber desde el suelo, y al encontrarme en el mismo borde de la pirámide, y al

contemplar aquel abismo abierto bajo mis pies, y al mirar aquella altura á la que aun tenía que remontarme, altura que parecía huir de la tierra al terminar en aguda punta, no sé lo que pasó por mí. Alguna influencia nerviosa me sobrecogió; el hecho es que de repente me faltaron las fuerzas físicas, y surcó veloz mi espíritu esta idea:—Si tendrá razón el cónsul... Si me será imposible llegar á la cumbre...

Pero haciéndome superior á mí mismo, y venciendo con la fuerza del espíritu la debilidad de la materia, me levanté y dije:—En avant.—¿Más arriba? preguntó un beduino.—Hasta el fin, contesté yo.

Y los tres comenzaron á gritar:—¡Valente spagnolo!... ¡Valente spagnolo!...

Debo manifestar que en la altura media de la pirámide, ó sea en el punto en que nos sentamos, se veían multitud de nombres escritos, y según me refirieron después, allá nada más llegan muchos de los que dicen que han verificado su ascensión á La Gran Pirámide. Bien conocidos son en España los ilustres catedráticos de la Universidad Central y del Instituto del Cardenal Cisneros, Sres. Bardón y Galdo, que han verificado la ascensión hasta la cumbre de La Gran Pirámide.

De la misma manera que había subido desde la base hasta la mitad de la altura, subí hasta la cumbre: debo declarar que en esta segunda mitad me sentí descompuesto: me faltaban las fuerzas físicas, se me desvanecía la cabeza con frecuencia, y se me hacía insufrible el calor.

Algo debieron observar en mí los beduinos, porque me preguntaron varias veces con interés: ¿Eßsere malato? ¿Estás enfermo?

Y como les contestara que no, decían muy alegres:—¡Ah!.. Bene, bene, molto bene.

Y se repetían las friegas en las pantorrillas y el agua en la cabeza. Ni un instante siquiera pensé en volverme atrás; pero no creía que era tan penosa como lo es la subida á La Gran Pirámide. Mirando anhelante la cumbre de aquel inmenso promontorio, observé por fin que se acortaba la distancia entre ella y yo: á cada escalón que ganábamos, gritaban los beduinos:—¡Valente spagnolo!... ¡Valente spagnolo!...

En la segunda mitad tuve que pararme tres veces, pero sin sentarme y sin dirigir la vista hacia abajo; hicimos por fin el último esfuerzo, salvamos ocho ó diez capas de piedra y llegamos á la cumbre. Los beduínos comenzaron á dar gritos de alegría y á batir palmas.

La Gran Pirámide, que desde el suelo parece terminar en aguda punta, acaba en un plano de cuatro metros cuadrados; es, geoméricamente hablando, una pirámide truncada, á la que faltan ocho metros de altura, cuyos ocho metros están suplidos con una meta de hierro que han plantado en el centro del plano, sostenida por cuatro diagonales también de hierro.

El calor que allí se siente es insufrible; pero las emociones que experimentó mi alma eran más fuertes que el calor que abrasó mi cuerpo.

Inmóvil sobre La Gran Pirámide, tendí mi vista hacia el Norte, y ví las verdes campiñas del Nilo, que se iban dilatando hacia Alejandría; tendí mi vista hacia el Este, y ví las frondosas campiñas del Nilo, que iban á extinguirse en las montañas del Mar Rojo; tendí mi vista al Mediodía, y descubrí las pirámides de Sákkara y el punto en que estuvo Memphis; tendí mi vista hacia el Occidente, y se perdió mi vista por el inmenso desierto de Sahara. ¡Qué desierto tan asombroso!... ¡Qué solemnemente triste se ostenta allí la Naturaleza!...

Entonces, uno de los beduínos sacó un puñal de su cintura, y entregándomelo, me dijo que grabara mi nombre sobre la piedra; yo no grabé mi nombre, yo grabé el nombre de mi esposa y estas dos palabras: *mi tertulia*. Bajo este epígrafe comprendí á todos mis amigos, á todos mis parientes; sí, en la cumbre de La Gran Pirámide pensé en ellos, y pensé en mi pueblo, y pensé en mis padres, que murieron los dos en un mismo día, siendo yo muy joven.

Y otra vez quedé inmóvil y sumergido en mis reflexiones sobre la cúspide de aquel monumento, el más grande que conoce el hombre, eco sublime de cien generaciones pasadas, libro de piedra escrito por inspirada mano, centro astronómico de todas las tierras habitadas, según Smyth; pilar, según Leipins, donde se asegura el primer eslabón de la cadena de

la historia de Egipto y de la historia de todo el mundo.

Entonces saqué mi Diario y en él escribí con lápiz estas palabras: *24 de febrero de 1877.—Cuatro y media de la tarde.—Cumbre de La Gran Pirámide.*

Tendiendo mi última mirada por el desierto, por aquel desierto que jamás veré ya, hice señal á los beduínos de que quería bajar. Uno de ellos sacó del pecho una gran faja con los colores de la bandera francesa, me ató con ella por la cintura, y comenzamos á descender en la misma forma en que habíamos subido, con sólo la diferencia de que al subir me empujaba por detrás, y al bajar me sostenía tirando por los extremos de la banda, que entornaba mi cintura.

Yo bajé de la pirámide sudando á mares y deseando llegar á tierra; pero en uno de los últimos escalones me detuvieron los beduínos, y dirigiéndose á un agujero alto y estrecho, me dijeron:—Vamos adentro.

Más me impuso la entrada en el fondo de la pirámide que la subida á su cúspide.

El primero que penetró fué un beduino, con una vela de esperma encendida en la mano; después yo, con otra; después los otros dos beduínos uno tras otro, cada cual también con una vela de esperma encendida en la mano.

Así avanzamos por un corredor, es decir, por un subterráneo, que cuenta un metro de anchura, veinticinco metros de largo, una inclinación lo menos de treinta y cinco grados, y cuyo suelo es de mármol blanco bruñido, en el cual han practicado ciertas picaduras, sin las que no se podría andar por él, y aun así es muy expuesto caer. Este subterráneo ofrece al principio la altura de un hombre, cuya altura va disminuyendo rápidamente hasta el punto de marchar á gatas, llegando á un punto que no se puede salvar sino arrastrándose. Desde este punto contemplaban los sabios egipcios los astros, y hacían sus estudios astrológicos ó astronómicos.

En seguida se encuentra uno en un plano horizontal, donde yo cogí tierra, que conservo como recuerdo. Allí comienza otro corredor en la misma dirección que el primero, pero ascendente; casi de tanta inclinación y algo más corto que él. Cuando llegamos al fin de este corredor, nos encontramos en

otro plano horizontal. Uno de los beduínos encendió allí una mecha metálica, que llevaba al efecto, y á su azulada, fantástica luz, descubrimos una elevadísima bóveda estrecha y piramidal y muchos escombros á mi frente, que parecía obstruían la entrada de otro corredor.

Dirigiéndose entonces los beduínos hacia la derecha, se dejaron caer en un pozo que les llegaba al cuello, me tomaron en hombros para bajar á él, y penetrando luego por un orificio, entramos en una habitación cuadrada, que llaman *la Cámara del Rey*, en la que se ve una pila de piedra, que durante mucho tiempo se ha creído ser el sepulcro del Rey Cheops.

Además existen *la Cámara de la Reina* y cuatro cámaras más abiertas una sobre otra, y las cuatro sobre la del Rey, cuyas cámaras no visité yo porque nada tienen de particular, pues según se cree se abrieron únicamente por quitar peso á la pirámide; no me detuve á visitarlas también porque sudaba á mares y porque me faltaba la respiración.

En el crítico momento de encontrarme en *la Cámara del Rey*, es decir, en lo más profundo de la pirámide, empezaron los beduínos á pedirme con empeño el BAKCHICH, *gratificación*, echándome uno de ellos mano al bolsillo; pero yo les contesté con entereza que no les pagaba hasta encontrarme fuera, y comenzamos á andar en busca de la salida.

El cónsul, que me aguardaba muy cerca de la pirámide, me preguntó sonriéndose:—¿Qué tal?—Y yo le contesté:—Esto es para hacerlo una vez en la vida.

Después de visitar varios subterráneos, que según se cree, formaron un día las criptas de la gran Necrópolis de Tebas, entramos en la carretela, donde nos esperaba Gracia, y nos dirigimos al Cairo, diciéndome en el camino los cónsules que había yo bajado de la pirámide con síntomas muy marcados de congestión cerebral.

La noche estaba deliciosa, y el paseo lo hacían más encantador los bosques de palmeras, que al recibir el plácido beso de los céfiros, confundían su blando gemir con el dulce murmurar de la corriente del Nilo.

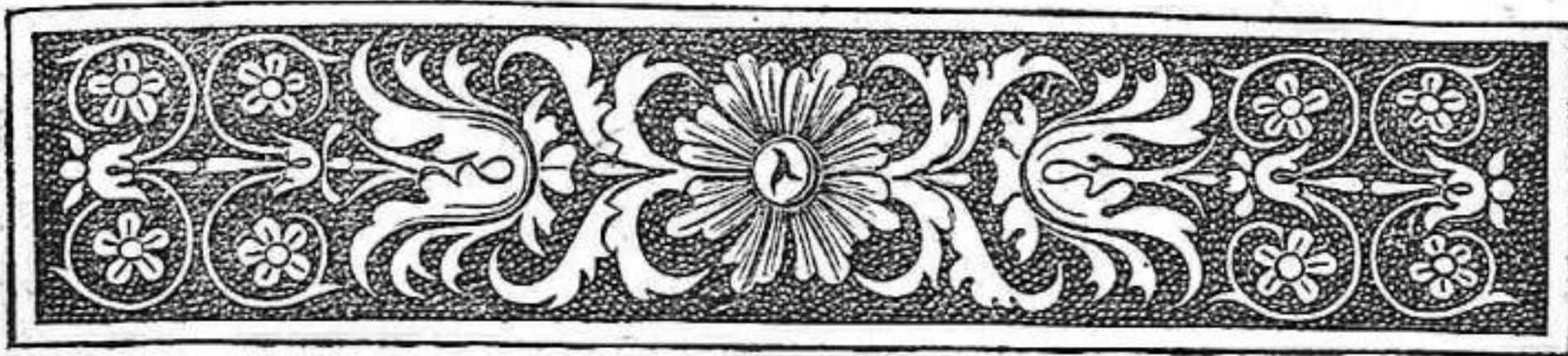
Sr. D. Ramón Mesonero Romanos, he cumplido mi ofrecimiento refiriendo á V., quizás desaliñadamente, mi ascensión á La Gran Pirámide; pero dígame V., querido y respetable amigo: ¿qué poder tan seductor ejerce el Oriente sobre nuestra alma, que nos domina con más fuerza que los más bellos países del mundo?

Yo he visitado los más importantes monumentos que atesora nuestra adorada Patria; yo he recorrido la Francia; yo he permanecido algún tiempo en el mágico país del arte, en la Italia, deslizándose para mí gratos momentos en las sacrosantas ruinas que dentro de sus muros encierra Roma; en las Logias de Rafael, en la Capilla Sixtina, en los Museos del Capitolio y el Vaticano... en las campiñas de Nápoles... en las ruinas de Herculano y Pompeya... en los Museos de Florencia... en los cementerios de Pisa, de Génova y Bologna... frente á la catedral de Milán... en las góndolas, que adormidas surcan los canales de Venecia... y nada, nada ha dejado en mi ánimo una impresión tan profunda, nada ha dejado un recuerdo tan despierto, como los sublimes monumentos de Egipto y de la Palestina. ¿Será que sobre los monumentos del Egipto y de la Palestina se cierne el misterio de un orden más elevado?

Mucho me alegraré que haya V. escuchado sin molestia la narración de su buen amigo y seguro servidor Q. B. S. M.,

M. IBO ALFARO.





AVENTURAS

DE

UN SALTIMBANQUIS⁽¹⁾



UDO lograrse que reinase otra vez un profundo silencio. Bah-tong, auxiliado por sus satélites, cogió un cesto con su contenido, lo llevó delante del trono, y comenzó á balancearlo por encima de la balaustrada. Entonces el Rey tomó nuevamente la palabra.

—Los despojos de la guerra, dijo, pertenecen tanto al Rey como al pueblo. Mientras mi pueblo sea fiel y obediente, yo seré con él generoso y espléndido. Aquí tenéis un ejemplo de lo que digo: ese hombre que veis ahí es un prisionero de la última guerra, que yo hubiera podido vender por lo menos en trescientos dólares. Pero renuncio á esta ganancia y se lo regalo al pueblo.

Al decir estas palabras, Gezzo dió un puntapié al cesto

(1) Véase la pág. 223 de este tomo.

sostenido por los tres negros. El prisionero saltó por encima de la balustrada y fué á caer en medio de la multitud sedienta de sangre que le aguardaba con impaciencia. Cien brazos armados de cuchillos le recibieron. Otros cien brazos se adelantaron para disputárselo á los primeros. La espantosa turba se lanzó sobre la víctima como una bandada de buitres sobre un cordero perdido en el desierto. En unos cuantos segundos el infeliz fué despedazado, destrozado y dividido en mil pedazos, porque cada uno de aquellos caníbales se empeñaba en arrancarle un trozo de carne para encerrarlo en el saco de tela que llevaba pendiente del cuello con la esperanza de recoger algún recuerdo de la fiesta. Un momento después, no quedaban de aquel hombre, poco antes lleno de vida, más que las manchas sangrientas que designaban quiénes de los concurrentes habían sido sus asesinos.

No bastaba una víctima para tantas bocas hambrientas. La mayor parte de los espectadores habían asistido de lejos al festín, sin poder tomar en él la parte á que tenían legítimo derecho. Así es que la horrible muchedumbre, enardecida por el olor de la sangre, vociferaba y rugía con mayor fuerza que nunca: «¡Tenemos hambre! ¡Otro más! ¡Otro más! ¡Dadnos de comer!» El tumulto crecía por momentos, todos los brazos se agitaban blandiendo sendos cuchillos, cuyas hojas brillaban á la luz del sol. Era de temer que aquellos tigres humanos se devorasen unos á otros, si no se les daba su ración correspondiente.

Silas, lleno de horror y de espanto, no quiso presenciar por más tiempo semejante espectáculo. Quiso levantarse de su asiento y pedir permiso al Rey para retirarse.

Afortunadamente para él, no llegó á hacer lo que se proponía. El Príncipe Adouzán, que adivinó su intento y que, como bárbaro que era, gozaba grandemente presenciando aquella carnicería, le mandó con gesto imperativo que continuase en su sitio.

Trajeron una nueva víctima. Pero entonces el Rey no se movió de su trono. Bastaba que hubiese inaugurado el festín sirviendo el primer plato; el resto del servicio correspondía á los oficiales subalternos. Bah-tong y sus negros cogieron,

pues, el segundo cesto, lo balancearon por dos ó tres veces por encima de la balaustrada, y luego le hicieron seguir el camino del anterior.

Esto mismo hicieron con el tercero y con los siguientes hasta el número de veinte... alternando con algunos barriles de ron, para que los buitres pudiesen apaciguar la sed al mismo tiempo que el hambre.

¿Cuánto tiempo va á durar esto? se preguntó Silas dirigiendo hacia la barraca una mirada despavorida.

Podía entonces distinguir las víctimas que los ayudantes de Bah-tong hacían avanzar sucesivamente para que se hallasen más á mano de la rampa. Quedaban todavía diez individuos en la primera fila, de ambos sexos y de todas edades, todos negros y enteramente desnudos. El inglés observó que el noveno era mucho más corpulento que los demás. El que estaba después de él—el décimo de la fila—no tenía ni la estatura ni las proporciones de un hombre. Silas no le veía bien porque le ocultaba á medias su vecino.

—¡Ah, monstruos! exclamó, ¡ni siquiera se apiadan de los niños!

Cuando desapareció el octavo prisionero, la atención se fijó en el siguiente, que era el primero designado para el suplicio. Silas creyó observar que los ojos de aquel hombre le miraban con extraña fijeza. El jóven inglés sintió entonces una angustia indescriptible. Aquellos grandes ojos, cuya expresión era tanto más penetrante cuanto que la mordaza disimulaba toda la parte inferior del rostro, le fascinaban y le atraían sin que él supiese por qué. Observó también que los labios de aquel negro se movían bajo la mordaza y que los dedos de sus manos, atadas al cuerpo por la muñeca, se agitaban convulsivamente dirigiéndose á un objeto colocado á su izquierda.

Un pensamiento rápido como el rayo iluminó la mente de nuestro héroe. Todo lo comprendió. Aquel negro era Mr. Cobb, y el niño colocado á su izquierda era su hermano. Para acabar de convencerse de ello, articuló con los labios el nombre de Benjamín, mirando al prisionero. Éste bajó los párpados en señal de afirmación.

Ya no había duda; ¡era Benjamín Cobb!

No había que perder ni un sólo momento; la octava víctima acababa de ser arrojada al espacio, é iba á llegar su turno á Benjamín. El mágico blanco se adelantó resueltamente hacia Gezzo, despreciando las reglas de la etiqueta.

—¡Rey traidor! ¡Rey malvado! le gritó levantando el brazo en son de amenaza, yo reclamo esas dos víctimas. Que las pongan en libertad inmediatamente, y si no, yo mismo lo haré.

Al decir esto, sacó el cuchillo que llevaba siempre consigo y dió un paso hacia los prisioneros.

Gezzo, á pesar de su inconcebible osadía, estuvo á punto de perder su serenidad, y sólo pudo balbucear algunas palabras ininteligibles.

Silas no se había engañado. Por un refinamiento de crueldad que éste adivinaba, aunque sin poder comprenderlo, el infame tirano había querido sacrificar los dos europeos á los manes de Agón-Goro, ante los mismos ojos de su hermano blanco.

Para asegurar la ejecución de este infernal propósito, había mandado teñir de negro á las dos víctimas, y había llevado la astucia hasta hacer cubrir sus cabezas con cabelleras negras, arrancadas con la piel de los cráneos de dos indígenas.

Cuando se vió descubierto, aquel miserable permaneció un instante confundido. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en reponerse. Con un gesto imperioso impuso silencio al europeo, diciéndole en voz baja y con reconcentrado furor, en tanto que sus ojos se inyectaban de sangre:

—¡Cómo te atreves á interrumpir la ceremonia! ¡Vuelve otra vez á tu sitio, miserable gusano!

—Yo me atrevo á todo cuanto sea necesario, dijo Silas, dispuesto efectivamente á llegar hasta la temeridad; yo me atrevo á lo que no podéis imaginaros á trueque de salvar á mi hermano y á mi amigo. No me provoquéis...

Á todo esto, Bah-tong, excitado por los gritos de la multitud que continuaba vociferando: «¡Otro más, otro más!» se aproximaba al noveno paciente y se disponía á apoderarse

de él, cuando Silas le dió un golpe que le hizo caer de espaldas sobre la balaustrada. El verdugo estuvo á punto de perecer del mismo modo que sus víctimas; pero, defendiéndose como un gato, logró quedarse en el borde mismo de la plataforma. Fortuna no pequeña fué para él, porque si hubiese ido á parar á manos de los *fieles vasallos* que le aborreían, pronto hubiera sido despedazado, pues la ley disponía que todo el que cayese de la plataforma fuese inmolado por el pueblo. Al verle derribado por el europeo, el pueblo, aunque no lograba con esto todo cuanto deseaba, comenzó á palmotear frenéticamente.

Gezzo fingió no comprender á qué obedecía la conducta del mágico blanco.

—¿Qué significa todo eso? murmuró. ¿Estáis loco?

—Esto significa, dijo Silas apretando los dientes y ahogando el sonido de su voz para que el Rey únicamente le oyese, esto significa que me habéis engañado. Me habíais dicho que mis compañeros estaban en completa seguridad, y ahora veo que los destinabais á una muerte infame. Ya sabéis el papel que debo desempeñar aquí. Pues bien; si no me devolvéis al instante á mi hermano y á mi amigo, queda roto desde luego nuestro convenio.

El Leopardo no estaba acostumbrado á soltar la presa que caía entre sus garras.

—¿Cómo queréis, dijo, que os devuelva vuestro hermano y vuestro amigo? Yo no sé siquiera en dónde se encuentran.

—Están ahí, dijo Silas; demasiado lo sabéis. Están ahí entre las víctimas destinadas al sacrificio.

—Pues entonces no puedo complaceros; las víctimas son sagradas.

—¡No os atreveréis á entregarlas á esos caníbales! repuso el mágico fuera de sí.

—¿Y por qué no? replicó Gezzo, que desde que había visto el entusiasmo belicoso de sus súbditos, creía que el concurso del mágico no le era ya tan necesario.

—¿Por qué? exclamó Silas acercándose al tirano, yo os lo diré: porque si os atrevéis á ello, la voz de Agón-Goro mandará al pueblo que elija otro Rey.

Si un escorpión oculto en los almohadones del trono hubiese llevado su irreverencia hasta el punto de morder al Rey Gezzo, no hubiera éste sentido un sobresalto más violento. Su rostro adquirió un color terroso, y sin volver la cabeza, dirigió instintivamente una mirada á Silas y á su hermano Adouzán.

El Príncipe, aunque muy alarmado por el incidente que interrumpía la ceremonia, sostuvo aquella mirada con la impasibilidad que le era habitual.

—Decidme la verdad, repuso Gezzo después de un momento de silencio. Vuestra vida y la de vuestros compañeros dependen de vuestra sinceridad. ¿Lo que acabáis de decirme es simplemente una idea vuestra, ó revela un complot en que se hallan interesadas otras personas?

—Yo soy el único responsable de mis palabras, replicó el mágico; y esas palabras son hijas de la desesperación que habéis llevado á mi ánimo.

—Está bien, dijo el Rey fingiendo dar crédito á aquella respuesta.

Luego, alzando la voz, exclamó:

—En prueba del cariño que profeso á mi hermano blanco, accedo á su petición. Que se le entreguen esos dos prisioneros.

Silas, en el exceso de su gratitud, hubiera besado de buena gana las garras del monstruo. Pero logró contrariar este generoso impulso. Obedeciendo á un sentimiento más elevado, voló hacia los dos cautivos y, en un abrir y cerrar de ojos, cortó con su cuchillo las cuerdas que los sujetaban. Mr. Cobb, que escapaba de la muerte por segunda vez, exhaló un suspiro descomunal. El pobrecito Job, cuando se vió fuera de aquel cesto fatal, cayó desmayado en brazos de su hermano.

El público, disgustado ya con el retraso ocurrido en la distribución, quedó muy poco satisfecho al contemplar aquella escena. Había aplaudido al mágico blanco cuando éste derribó al suelo á Bah-tong, lamentando que el verdugo cayese dentro y no fuera de la balaustrada. Pero cuando vió que aquel mismo blanco cortaba las ligaduras de las dos víc-

timas, comenzó á rugir como un enorme monstruo, gritando que aquello era un robo.

El Rey, en vista de aquel tumulto, dijo rápidamente á Bah-tong:

—Arrójales otras dos ó tres víctimas más, y que se callen.

El ejecutor de la justicia no se hizo repetir aquella orden. En menos de un minuto fueron arrojadas á un mismo tiempo, y por diferentes puntos de la plataforma, tres nuevas víctimas, para que nadie careciese de su parte correspondiente.

Entretanto, Gezzo había dado otras órdenes. Un oficial, seguido de un pelotón de soldados; se dirigió á Silas y le mandó seguirle en nombre del Rey.

El mágico no trató de oponer ninguna resistencia. Llevando en sus brazos el cuerpo inanimado de su hermano, y acompañado por Mr. Cobb, que apenas podía tenerse de pie, fué conducido fuera de la plataforma.

Pocos momentos después, los tres europeos penetraban en una prisión cuya puerta se cerró inmediatamente.

XXVII.

La prisión ocupada por nuestros tres amigos no parecía en modo alguno destinada á este uso. Era una sala bastante espaciosa que podía pasar por un cuerpo de guardia, iluminada por un tragaluz de un pie en cuadro practicado en la pared á la altura de unos ocho pies y reforzado por fuertes barrotes de hierro. Exceptuando una estera extendida en el suelo y un tosco tablado de madera que podía servir de lecho, la habitación no tenía ningún mueble. Sin embargo, un trozo de pan medio seco y un cántaro de agua anunciaban que había estado ocupada recientemente. Aun cuando el agua no estaba fresca ni limpia, Silas, que no tenía otro recurso de qué echar mano, la empleó para bañar el rostro de Job, rostro casi desfigurado por la capa de negro que le cubría. Después de emplear algunos minutos este procedimiento, el niño volvió en sí, pero en muy tristes condiciones. Devorado

por una especie de fiebre nerviosa, lanzaba gritos de terror abrazando convulsivamente á su hermano siempre que llegaba hasta él algún ruido.

Su compañero de suplicio no se encontraba en mucho mejor estado. Los sufrimientos de su anterior cautiverio y las emociones de todas clases que había tenido que sufrir en el cesto fatal, parecían haber destruído el equilibrio de sus facultades. Afortunadamente para él no tenía ningún espejo á su disposición. Mr. Cobb, modelo siempre de aseo y de pulcritud, hubiera hecho una horrible mueca al ver su desdichada imagen. Su cráneo, libre de la horrible peluca, estaba afeitado de tal modo, que parecía una bola de marfil, y su piel toda, desde la nuca hasta la planta de los pies, tenía una soberbia capa de betún inglés. Cada parte de su cuerpo había sido ennegrecida con minucioso cuidado. Ni el interior de las orejas y de las narices habían escapado el pincel del decorador; no había, en fin, en toda la superficie de su individuo ni un punto como la cabeza de un alfiler que hubiera conservado su primitivo color. Perjeñado de aquel modo, el pobre Benjamín no se parecía absolutamente en nada al alegre cocinero de *La edad de oro*, ni al tocador de seringa cuya rubicunda fisonomía había hecho las delicias de los bobos que recorrían las calles de Londres.

Aun cuando nuestros aventureros acababan de salir de un mal paso, no tenían por qué congratularse de su situación. Respecto de Job y de Benjamín, no era probable que el Rey, que había jurado su muerte, se decidiese á perdonarlos. En cuanto á Silas, ¿cómo era posible que pudiera contar con la real clemencia? Las imprudentes palabras que había dejado escapar en un momento de desesperación habían debido producir en Gezzo una viva impresión, y todo hacía suponer que el tirano no dejaría vivir á un hombre que le había amenazado con destronarle. Quedaba el Príncipe Adouzán. Éste debía estar furioso por haber visto fracasar su plan; tal vez sospechaba que el mágico blanco le había hecho traición. En este caso, suponiendo, que era todo cuanto se podía suponer, que Silas no fuese ejecutado por orden del Rey, no lograría escapar de la venganza de su dignísimo hermano.

Todo esto era muy lúgubre, pero no tenía remedio. Los tres amigos, sentados sobre el borde del camastro, procuraron inculcarse unos á otros toda la resignación posible. Cuando se hubo hablado bastante de los sucesos del momento, Silas rogó á Mr. Cobb que le refiriese sus aventuras desde el día de su separación.

El relato de Benjamín confirmó todos los datos suministrados por Sadi acerca de la marcha de los dos viajeros. Habíanse puesto en camino bajo los más favorables auspicios, acompañados por una escolta que debía conducirlos hasta Benín, según la formal promesa del oficial que la mandaba, y seguidos de una gran caja que contenía los regalos de Su Majestad. Todo salió á pedir de boca durante la primera jornada; pero llegada la noche, el cortejo se detuvo en un pueblecillo, so pretexto de tomar algun descanso, y el músico y el niño fueron encerrados en un lóbrego calabozo, con los pies y las manos atados con cuerdas, después de sustituir sus vestidos por unos miserables andrajos. Al día siguiente, un viejó negro les llevó dos pedazos de pan y un cántaro lleno de agua tibia y cenagosa.

—Afortunadamente, dijo Mr. Cobb con infantil sencillez, la pena y el dolor me habían quitado el apetito; porque de no ser así, no sé cómo hubiéramos podido subsistir con tan escasa pitanza, porque no tuvimos otro alimento en todo el tiempo que duró nuestro encierro.

—Después de ocho días de aquel abominable régimen, continuó diciendo Benjamín, fuimos visitados por dos negros cuyo aspecto nos sorprendió sobremanera. Uno de ellos llevaba un enorme par de tijeras, y el otro un puchero, por cuya boca aparecía el palo de una brocha, lleno de una pasta negra que se puso á diluir con un poco de agua. Sin dignarse siquiera dirigirnos la palabra, el primero nos esquiló como si fuésemos unos corderos, en tanto que su compañero, después de dejarnos completamente desnudos, nos embadurnó desde la cabeza hasta los pies. No era posible sustraerse á aquel embetunamiento, porque estábamos atados de pies y manos. Á las muchísimas preguntas que les dirigimos, aquellos bribones sólo contestaron en su horrible chapurrado que

obedecían las órdenes que se les habían dado. Quieras que no, no hubo más remedio que someterse. Yo creí en un principio que aquella doble operación se había verificado en obsequio nuestro, puesto que, después de afeitados, sentimos un gran frescor en la cabeza. Además, gracias al tinte negro que habían dado á nuestra piel, dejaron de molestarnos los mosquitos; así es que pasamos por la primera vez una excelente noche, aunque sólo teníamos por cama el duro suelo.

Nuestras caritativas conjeturas no pudieron durar por mucho tiempo. Al día siguiente volvió á presentársenos el tintorero y, después de habernos examinado atentamente, nos aplicó una nueva capa de betún. Debió quedar satisfecho de la operación, porque no volvió más, y la segunda noche, después de su última visita, fuimos conducidos á un edificio no muy distante de aquí, á juzgar por el poco tiempo que tardamos en llegar á aquella infernal barraca en donde fuimos amordazados y perjeñados del modo que ya visteis. Gracias á vos, querido Silas, hemos escapado de la muerte. Empiezo á creer que sois verdaderamente un hechicero. La primera vez os escapasteis de vuestra prisión para salvarme la vida, y esta mañana habéis logrado reconocermé en una mascarada que hubiera engañado al mismísimo diablo en persona.

—¡Hechicero! dijo Silas, ¡ojalá lo fuese, querido Benjamín, para que pudiésemos salir del atolladero en que nos encontramos en este momento! Pero temo que no llegaremos á salir de él sino para que nos lleven á las calderas de Pero Botero. A lo menos, moriremos juntos, lo cual siempre es un consuelo.

El temor de Silas era tan verdadero, que ni siquiera procuró ocultarlo al pequeño Job. El pobre niño, que no había pronunciado ni una palabra desde el momento en que recobró su libertad, dejó caer la cabeza sobre el pecho de su hermano y le estrechó la mano como para decirle que sabría morir con todo el valor necesario.

—Olvidaba una circunstancia de nuestro cautiverio, exclamó Benjamín,—no sé verdaderamente dónde ha ido á parar mi memoria.—Hubo un momento en que llegamos á

tener un ligero rayo de esperanza. El día en que recibimos nuestra primera capa de betún, después de marcharse los operadores, vino á vernos otro negro y nos dijo en su bárbaro lenguaje acompañado de gestos muy expresivos:

—Consideradme como amigo vuestro; el Rey os ha condenado á muerte, pero es muy probable que yo llegue á salvaros.

—¿Quién os envía? dijo Job que, gracias á la pobre Sadi, sabe algunas palabras de la lengua de este pícaro país. ¿Venís de parte de mi hermano?

—No, dijo el misterioso personaje; pero probablemente será él quien os salve. Todavía ignora la situación en que os encontráis. Escribid dos palabras, nada más que lo necesario para que sepa lo que ocurre. Yo me encargo de que vuestra carta llegue á su poder.

Entonces yo, con las manos atadas, escribí dos ó tres líneas en un pedazo de papel que el negro me presentó acompañado de una punta de lápiz. Hice una letra que ni yo mismo podía entender, de modo que, aun cuando hubiéseis recibido aquella especie de misiva, no hubierais podido descifrarla.

—Pues sí la recibí, dijo Silas, el hermano del Rey fué quien me la presentó.

—¿El hermano del Rey?...

El saltimbanquis refirió, con todas sus circunstancias, la visita del Príncipe Adouzán, y explicó el papel que los dos hermanos habían querido hacerle desempeñar, cada uno por su cuenta propia, en la gran tragi-comedia de So-Sin.

Benjamín, después de escuchar aquel relato con tanta boca abierta, movió la cabeza con aire desesperado. Acababa de comprender que todo estaba perdido.

Pasaron el día en una cruel expectativa. Cada ruido que se oía parecía á los prisioneros el anuncio de su última hora. Sin embargo, sólo vieron penetrar en la estancia á un hombre que traía pan y vino de palmera en un cántaro. Mr. Cobb le pidió agua, mucha agua y algunas tohallas para lavarse. El negro se echó á reír, diciéndole que el tinte era muy fino, y no desaparecía sino *andando el tiempo*.

—¡Qué burla! dijo Benjamín. En fin, lo mismo da, aun cuando yo hubiera preferido morir con mi color natural.

Poco después, la débil claridad que penetraba por el tragaluz les anunció que la noche se acercaba. Silas y Benjamín, sentados sobre el borde del camastro, hablaron largo rato de la patria que ya no volverían á ver, de los tiempos en que eran más felices y de la pobre Cora.

Este último recuerdo hizo asomar una lágrima á los ojos de Mr. Cobb.

XXVIII.

Era ya una hora bastante avanzada de la noche, cuando los prisioneros oyeron un ligero ruido en la parte exterior. Parecía que alguien trataba de encaramarse por la pared hacia la parte en que se hallaba situado el tragaluz.

—Escuchad, dijo Benjamín; ya vienen.

—En efecto, dijo Silas. Pero ¿á qué tratar de entrar por ese ventanuco, cuando les es más fácil penetrar por la puerta?

—No conocéis la cobardía de esas gentes. Es muy probable que tengan miedo de nosotros, y quieran fusilarnos á través de los hierros del tragaluz.

El pequeño Job, sobrecogido de espanto, se arrojó en brazos de su hermano.

—Pues coloquémonos debajo de la ventana, dijo, y así no podrán atacarnos.

Para tranquilizar al niño, los prisioneros se levantaron y fueron á acurrucarse al pie de la pared.

Acababan apenas de colocarse en esta posición, cuando una voz murmuró suavemente desde la ventana:

—Querido amo, ¿estáis ahí?

—Es la voz de Sadi, dijo Hórner poniéndose de pie. ¡Pobre muchacha! ¿Cómo habrá podido averiguar nuestro paradero?

Luego, levantó la cabeza y añadió en el mismo tono, haciendo con ambos manos una especie de bocina:

—Sí, querida Sadi; estamos los tres.

—¡Bendito sea el Dios de los blancos! exclamó la negra, que ella era, en efecto. ¡No hagáis ruido! Mi amo, ¿podéis subir hasta la ventana?

—Es imposible, replicó el joven; está demasiado alta.

—¡Ah! Vos tenéis gran habilidad para encaramaros por cualquier parte.

Sadi tenía razón; nada más fácil que llegar hasta la ventana. Mr. Cobb prestó amistosamente sus espaldas, y Silas se halló en seguida frente á frente de la visitante.

—¿Qué hay? preguntó el acróbata. Has venido á despedirte de tus amigos, ¿no es verdad? Estamos presos, querida Sadi.

—Ya lo sé. Vengo á ayudaros para que os escapéis.

Benjamín, al oír estas palabras, hizo un movimiento que hubiera dado en tierra con el acróbata, si éste no se hubiese agarrado á los barrotes del tragaluz.

—¿Que nos escapemos? dijo Silas. ¿Y cómo quieres que logremos semejante cosa?

Por toda respuesta, Sadi cogió la mano de su joven amo y le entregó un objeto de metal de unas cuantas pulgadas de longitud.

—¡Una lima! ¡Nos hemos salvado! dijo Silas á sus compañeros, quienes pasaron en un momento de la tristeza á la alegría.

—Id serrando los barrotes, dijo Sadi, y yo los iré arrancando poco á poco.

Silas, en la expansión de su gratitud, estrechó la mano de la joven, y esto la produjo un placer inexplicable.

—Gracias, le dijo; Dios te envía en nuestro auxilio; pero ¿qué haremos cuando logremos salir de aquí? ¿Á dónde dirigiremos nuestros pasos?

—Ya hablaremos de eso cuando estéis fuera.

—Perfectamente. Cuento contigo. Pero ño tenemos ni un dólar. ¿Cómo es posible que viajemos sin dinero?

Sadi, que comprendía la objeción de Silas, se apresuró á contestar:

—¿No tenéis la llave de la caja en que guardáis vuestros tesoros?

—¡Ay, Sadi! dijo Silas, que había ya comenzado á trabajar. Es indudable que tendríamos muchas más probabilidades de salvarnos si tuviésemos un puñado de oro y las piedras finas encerradas en la caja; pero ¿podrás llegar sin peligro hasta nuestra choza?

—No temáis nada. Esta noche están todos borrachos en palacio para acabar de celebrar la fiesta del So-Sin. Dadme la llave, dadme la llave en seguida. Vuelvo al momento.

El europeo entregó el objeto que con tanta insistencia se le pedía, y la joven, dejándose resbalar hasta el suelo, desapareció en medio de la oscuridad.

Á todo esto, Silas, de pie sobre los hombros de Mr. Cobb, trabajaba desesperadamente para serrar uno de los barrotes. Aun cuando cada uno de ellos tenía una pulgada de espesor; como el hierro no era muy duro, logró fácilmente el objeto que se proponía. En menos de diez minutos cedió el barrote por su base, y dos ó tres sacudidas bastaron para arrancarlo de su sitio. Entonces Silas, para dar descanso á su brazo, cambió de papel con Benjamín, que no era ligero, pero que, mejor obrero tal vez, podía serrar en un momento el segundo barrote. Ya estaba medio partido el tercero, cuando Sadi volvió á aparecer. Todo iba á las mil maravillas. La muchacha había cogido dos ó tres piedras finas de las mejores y una buena suma en dinero y en polvo de oro, que llevaba suspendido al cuello. Llevaba también dos mantas y una cuerda. Además, tranquilizó á los prisioneros manifestándoles que no había nadie por todos aquellos alrededores, y les recomendó que apresurasen la fuga todo lo posible.

Esta recomendación era completamente inútil. El último barrote cedió en seguida á los vigorosos esfuerzos de Benjamín, y todos se prepararon para proceder á la evasión.

Pero aquí comenzaron las dificultades. El pequeño Job se hallaba en un estado que no le permitía andar mucho tiempo. Mientras se serraban los barrotes, había permanecido acurrucado en un rincón, sin tomar parte alguna ni fijarse siquiera en la operación. Cuando Silas quiso levantarlo del suelo, observó que el infeliz tenía una fiebre devoradora.

Sin embargo, no era posible perder el tiempo. Los mayo-

res peligros eran preferibles á la inacción. Además, el aire puro y la alegría de verse en libertad, podían reanimar al joven enfermo. Silas le cogió en brazos, procurando animarle con sus palabras y con sus caricias, y Benjamín, prestando nuevamente sus hombros, hizo pasar al niño por la ventana, en tanto que Sadi le recibía por la parte de afuera y le colocaba en el suelo, después de envolverlo en una manta.

—Ahora os toca á vos, Benjamín, dijo Silas bajándose de un brinco. Es mejor que vos paséis primero. Subíos encima de mí, que yo podré salir luego sin auxilio de nadie.

Otra nueva dificultad. Á Mr. Cobb le sobraban cuatro pulgadas de anchura para poder penetrar por la ventana. La cabeza pasó sin dificultad, pero los hombros se negaron á ello completamente.

—Comenzad por los pies, dijo Silas.

Esta segunda tentativa no daba mejor resultado. Sadi pateaba de impaciencia, viendo cerrado el tragaluz por aquel hombre que no podía avanzar ni retroceder. La situación era cada vez más crítica.

Entonces la negra se colgó de las piernas de Mr. Cobb y tiró de ellas con todas sus fuerzas. Trabajó tanto y tan bien, que después de algunos minutos de una laboriosa tracción salió Benjamín de aquella prensa, no sin dejar en ella varios pedazos de su individuo.

Libre ya la salida, Silas arrojó por la ventana, con su capa de ceremonia que llevaba desde por la mañana, dos de los barrotes arrancados. Aquellos hierros eran armas defensivas, que podían serles útiles en un momento dado.

Acto continuo, después de llegar de un salto á la ventana, pasando por ella con mucha más facilidad que Mr. Cobb, el joven acróbata cayó en medio del grupo que le aguardaba.

Acercóse en seguida á su hermano; pero retrocedió lleno de espanto al ver como había empeorado el estado de Job en el poco tiempo que llevaba fuera de su lado. Tenía la piel seca y encendida, respiraba dificultosamente y sus miembros temblaban de un modo lastimoso.

—Vamos, le preguntó lleno de ansiedad, ¿puedes tenerte de pie?

—Haré lo posible, murmuró Job con apagado acento.

El niño quiso levantarse, pero cayó de rodillas antes de poder dar un solo paso.

—No puedo, dijo sollozando; parece que me han cortado las piernas.

Sin perder tiempo en deliberar, cogió Silas al pobre enfermo envuelto en la manta, lo colocó sobre su brazo izquierdo, y cogió con la mano derecha uno de los barrotes de hierro, para emplearlo como arma en caso necesario. Benjamín se apoderó del segundo barrote, y Sadi reclamó el suyo, pero el tercero había quedado en la prision.

—Tú no necesitas ningún arma, dijo el saltimbanquis; basta con que nos indiques el camino que hemos de seguir.

—Es muy posible que tenga que hacer algo más que eso, dijo la negra. Puesto que tenéis un cuchillo, dadme el barrote, por lo que pueda ocurrir.

—Tienes razón, dijo Silas entregándole el arma que pedía.

—Ahora seguidme, murmuró la negra. Yo iré delante. Deteneos siempre que yo me detenga.

Dicho esto, la joven se dirigió corriendo hacia la parte de la muralla que suponía menos vigilada. Pero á la distancia de unos treinta pasos de la misma, quedó desconcertada al ver moverse una forma humana.

Aquella forma humana era nada menos que un centinela.

La joven, en un abrir y cerrar de ojos, se detuvo, se tendió boca abajo é hizo seña á sus compañeros para que la imitasen. Esperaba que el centinela, después de pasearse un momento, se acurrucaría contra la muralla y se dormiría, según costumbre de los soldados indígenas. Pero se equivocó por completo. El centinela parecía estar muy despierto y muy alerta. Hubiérase dicho que, no pudiendo tomar parte en la orgía general, cuyos confusos rumores llegaban hasta él, había jurado ejercer una gran vigilancia y hacer pagar al primero con quien llegara á tropezarse el enojoso papel que estaba desempeñando.

Sadi, después de esperar algunos minutos, volvió al lado de sus compañeros.

—¡Maldito soldado! dijo en voz baja. No está borracho,

como los demás. ¿Por qué estará ahí, precisamente en el mismo sitio por donde nosotros debemos pasar?

—¿No podemos saltar la muralla por otro punto distinto? murmuró Silas. Vamos un poco más lejos.

—Tiene que ser indispensablemente por aquí.

—Entonces no veo más que un medio de salvación, dijo Silas. Benjamín, encargaos de Job.

Mr. Cobb hizo lo que se le mandaba. El joven sacó su cuchillo y dió un paso hacia adelante. La negra le detuvo y le dijo:

—No, dejadme que arregle este asunto. Hay otro medio mejor que el que se os ocurre para hacer dormir á ese hombre.

Y diciendo esto, la joven se despojó de todo cuanto podía molestarla. Luego, tendiéndose boca abajo, después de encargarse á sus compañeros que no se moviesen, comenzó á arrastrarse como un reptil hacia el sitio en que se hallaba el centinela.

Silas la siguió con la vista con indecible interés, adivinándola más que viéndola en la oscuridad. Ella continuó arrastrándose como una serpiente, procurando no avanzar sino cuando el centinela volvía la espalda. Llegó muy pronto á acercarse tanto, que aquel hombre estuvo á punto de pisarla en el momento de llegar al final de su paseo. El centinela no veía nada, ni oía más que, por la parte de la ciudad, gritos y cantos de los borrachos, en los que se fijaba con una atención llena de envidia. Así permaneció inmóvil durante algún tiempo á un palmo de distancia de Sadi, que tuvo que contener el aliento para que él no la oyese respirar.

Por último, el negro se volvió.

En seguida surgió una sombra detrás de él. La barra de hierro descargó un golpe formidable. El negro cayó al suelo.

XXIX.

Al ruido que hizo el negro al caer, acudieron Silas y Benjamín. Halláronle tendido boca abajo, y vieron que de su

cráneo abierto salía un raudal de sangre. El barrote de hierro yacía al lado suyo, porque Sadi había creído conveniente cambiarlo por el fusil del centinela, sin olvidar el saco de provisiones que poco antes llevaba sujeto á la espalda.

—Creo que morirá muy pronto, dijo Mr. Cobb.

—¡Pobre diablo! añadió Silas; tal vez tenga mujer é hijos.

Sadi, que estaba ya sentada en la albardilla de la muralla, les manifestó que no era aquel momento oportuno para entregarse á la compasión.

—No está muerto ni mucho menos, exclamó. Es necesario dar un golpe más fuerte que el que yo he dado para romper la cabeza de un paisano mío. Escapemos pronto antes de que recobre el sentido.

Silas entregó el niño á Sadi para poder subir á la muralla, y logrado esto, dió la mano á Mr. Cobb. Los cuatro individuos se hallaron un momento después al otro lado de la muralla, y comenzó la fuga, dirigida siempre por la negra.

Los fugitivos recorrieron primeramente varias callejuelas enteramente desiertas, porque sus habitantes todos estaban en la fiesta que se verificaba en otra dirección; luego, llegaron al campo y penetraron en seguida en uno de esos vastos y gigantescos bosques que tan comunes son en el país. Sadi, que le conocía palmo á palmo desde su más tierna infancia, procuraba dirigirse hacia un afluyente del Níger, que corría hasta Benín por en medio del bosque, á diez millas del sitio en que se encontraban en aquel momento. La salvación de los europeos dependía del éxito de aquella primera etapa. La negra obraba también obedeciendo al instinto de su propia conservación, porque si llegaba á caer en manos de sus paisanos, no sólo le aguardaba la muerte, sino también la tortura; la tortura horrible é implacable con todos sus refinamientos de crueldad.

Silas y Benjamín se relevaban para llevar al pequeño Job, carga bastante molesta en medio de aquel laberinto de vegetación cuyo espeso follaje ocultaba muchas veces terrenos pantanosos en los que se sumergían hasta cerca de las rodillas.

Después de andar de este modo durante más de dos horas,

se detuvieron á descansar. El joven enfermo, devorado por una ardiente sed, pedía de beber continuamente. Silas había procurado entretenerle prometiéndole agua para dentro de muy poco; pero el niño no podía resistir el espantoso ardor que experimentaba, y su lengua estaba cada vez más seca. Tenía la terrible fiebre de África, tan frecuente en aquel insalubre clima, fiebre que casi siempre acaba en poco tiempo con la vida de los enfermos.

Esta era la enfermedad que devoraba al pobre Job, cuando, vencido por el dolor, llamó á su hermano con voz apenas perceptible:

—¡Silas! ¡agua, agua! ¡Una gota de agua por favor!

Sadi se volvió al oír este grito de angustia.

—¿Hay agua por aquí? preguntó Silas lleno de ansiedad.

La negra se acercó al niño, que iba en brazos de su hermano, levantó la manta que lo cubría, le tocó la frente, y luego las manos y el pecho.

De pronto se arrojó al suelo, prorrumpiendo en tales gritos, que los dos hombres se quedaron espantados.

—¡Dios mío! dijo Silas. ¿Qué es eso? Vas á hacer que nos descubran. Si no callas estamos perdidos...

—¡Perdido! sí, ¡está perdido! gritó Sadi con voz entrecortada y examinando nuevamente á Job. ¡Tiene la fiebre! ¡la terrible fiebre! No hay esperanza; este pobre niño se muere.

Estas palabras incoherentes y esta desesperación tan extraña en sus manifestaciones, anonadaron el corazón de Silas, descubriéndose lo horrible que venía sospechando hacía ya algunas horas. Permaneció mudo é insensible en la apariencia, pero sufriendo mil muertes interiormente, como si fuese su propia sentencia la que la negra acababa de pronunciar.

—Benjamín, exclamó el enfermo, dadme un poco de agua. Mi hermano está bebiéndosela toda. Ya lo veis... no me deja ni una sola gota... Pero ¿te has propuesto dejarme morir?...

Os lo pido por Dios, ¡dadme una gota de agua!...

Esto ya era demasiado para el pobre Benjamín. Conteniendo á duras penas su emoción, juró que no había absolutamente ninguna agua.

—Ten un poco de paciencia, exclamó dirigiéndose al enfermo; pronto encontraremos una fuente, y verás cómo te pones bueno en seguida.

—¡Esto es horrible! dijo Silas. ¿Dónde podremos encontrar agua, Sadi? Condúcenos, tú que conoces el bosque.

—Imposible, dijo la negra, tenemos que andar todavía muchas millas antes de encontrarla. ¡Pobre niño! ¡Ya no beberá nunca!

El moribundo, ajeno á la angustia que producía en torno suyo, no cesaba de quejarse, acusando á su hermano, á Benjamín y á Sadi de que se bebían toda el agua y de que no le dejaban ni una gota. Silas no había sufrido tanto en toda su vida. Conocía la fiebre de África, porque había visto los efectos que producía. Comprendía que el niño estaba perdido; pero era un suplicio espantoso asistir á su agonía sin poder siquiera aliviarla. Este suplicio era aún mayor por la oscuridad que reinaba en el bosque, oscuridad tan profunda que los fugitivos no se distinguían unos á otros. Comprender que su hermano se moría en sus brazos y no verle; no poder fijar sus ojos en aquellas facciones desfiguradas ya por el infernal capricho de Gezzo. ¡Qué desenlace de un viaje emprendido con objeto de hacer fortuna!

—¡Si al menos tuviésemos luz! dijo Silas. Sadi ¿estás bien segura de que no hay ni una gota de agua por estos alrededores? Hace poco estábamos en medio de un pantano.

—El pantano está ya lejos y sus aguas son muy perniciosas, exclamó la negra. Sin embargo, añadió como cambiando repentinamente de opinión, buscad... Haced un agujero en el suelo y... ¡quién sabe!... ¡Como el Dios de los europeos es tan poderoso!...

El éxito de esta tentativa parecía bastante dudoso; sin embargo, ofrecía la ventaja de escapar á la inercia, que es la peor de las torturas, prolongando además la ilusión. Silas y Benjamín, después de abrazar al pobre niño, se lo entregaron á la negra, con orden de que los llamase si su estado empeoraba; luego se separaron para comenzar cuanto antes sus ensayos.

Si aquellos dos hombres hubiesen adivinado el pensamien-

to de Sadi, es muy posible que no se hubieran alejado. La joven, que había previsto la crisis final, quería evitarles el dolor de presenciársela.

Tal vez tenían ellos también el mismo presentimiento. Sea de ello lo que fuere, acurrucados entre las malezas, pusieron á escarbar por todas partes, á riesgo de despertar á algún reptil ó de caer en la guarida de alguna fiera, cosa muy probable, dados los lejanos rugidos que de cuando en cuando resonaban en el bosque.

Aquellos ensayos fueran largos é infructuosos.

Por fin oyeron la señal convenida. Era la voz de Sadi.

Cuando volvieron al lado de la negra, se hallaba ésta sentada al pie de un árbol, teniendo á Job sobre su falda.

Pero el niño había dejado de sufrir.....

.....

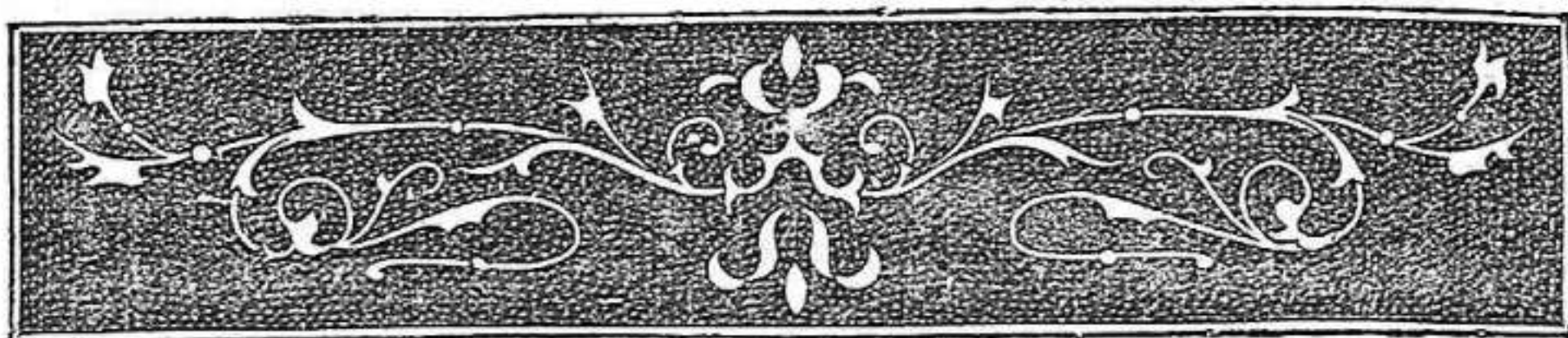
Silenciosos y agobiados por el dolor, los tres fugitivos pasaron el resto de la noche custodiando el cadáver del desdichado niño. Al despuntar el día, abrieron con gran dificultad una zanja y lo depositaron en ella, llorando amargamente y colmándole de bendiciones.

Luego, después de cubrirla, le dijeron adiós por la última vez.

(Se continuará.)

M. GREENWOOD.





CRÓNICA POLÍTICA

INTERIOR.



CONTINUÓ la interpelación político-financiera del Sr. Romero Robledo. El Sr. Silvela, el Sr. Bugallal, el Sr. Cos-Gayón, hicieron dignos honores á la causa defendida por el exministro de la Gobernación, quien arrastró también al Sr. Canalejas á formular graves acusaciones, que más bien son condenaciones inapelables de la perturbadora política dominante. ¿Dónde está aquel profundo respeto á las leyes, en el cual pretendieron condensar su programa de gobierno los actuales consejeros responsables? ¿Qué se ha hecho del rápido florecimiento de los intereses patrios, prometido como consecuencia imprescindible de la ponderada dominación fusionista?... Las clases contribuyentes se ven vejadas y oprimidas por las terribles exacciones del fisco; la producción nacional ha recibido hondo agravio en el tratado de comercio franco-español, ahora sometido á la aprobación de las Cortes; la tranquilidad pública sufre repetidos eclipses en varias comarcas de la Península; la tiranía de los tribunales de justicia, convertidos en brazo del Gobierno, aun para asuntos de pura represión administrativa, se extiende pavorosa y amenazadora, coartando hasta la queja del que se siente maltrecho y persegui-

do... Fuerza es reconocer que la situación por que en estos momentos atraviesa España no tiene nada de lisonjera. Tal es el resultado práctico de la discusión iniciada en el Congreso por la incansable actividad política del Sr. Romero Robledo. Los oradores que con él han compartido la campaña, han puesto en evidencia, cada cual desde su preferente punto de vista, los inexcusables desaciertos de los que han trocado el mando en arbitraje... Ni á los mismos interesados se oculta ya su mala ventura, hartó acreditada en la falta de lógica, y hasta de tacto, que resalta en los discursos de contestación á las oposiciones. No hace muchos días confesaba en pleno Congreso uno de los más caracterizados Ministros que desconocía por completo una ley del Reino: la de protección á los niños que trabajan en las fábricas. Casi simultáneamente pretendía otro individuo del Gabinete aplicar en 1882, bajo el presupuesto en ejercicio, uno de los artículos del de 1876-77.

No hay, por otra parte, al frente de la situación una personalidad cuyo prestigio se imponga y cuya autoridad resuelva todos los conflictos. Aquel aguerrido orador progresista, aquel Ministro de la Gobernación siempre en la brecha, el Sr. Sagasta, en fin, de los años 54 y 68, no es el mismo político que hoy preside el Gabinete, perezoso, indiferente, quizá escéptico. De ahí la indisciplina que divide y alborota á los individuos de la mayoría y aun los del mismo Ministerio, cuyos actos, en relación á los diferentes departamentos, no se distinguen á la verdad por su unidad de miras. Ahí está el Sr. Albareda, que suprime las ternas para la provisión de cátedras, estableciendo la propuesta unipersonal del tribunal de oposiciones, como si esto diera mayores garantías de imparcialidad y acierto, siendo así que los jueces han de ser elegidos por el Ministro; y ahí está también el señor Alonso Martínez, que, sin juzgarse obligado por el ejemplo de su colega (y hace bien, porque los malos ejemplos no deben imitarse), continúa proveyendo, en virtud de terna, notarías y relatorías de Audiencia, y prefiriendo á veces á segundos y terceros lugares sin el menor escrúpulo.

Pero no nos detengamos en preámbulos. El cañón de Mon-

juich ha anunciado que la industriosa Cataluña se halla reducida á circunstancias extraordinarias. La autoridad civil se declara impotente para conservar el mando, que transfiere íntegro al Capitán general del Principado. Grupos numerosísimos de trabajadores en huelga circulan por las calles de Barcelona. Las tiendas quedan cerradas; algunas casetas de consumos son reducidas á astillas; varios dependientes del ramo resultan heridos; la fuerza pública hace fuego contra el pueblo en Sans... Y no sólo Barcelona: Santander, Zamora, Lérida, Tortosa, Gerona, Palma de Mallorca, aparecen en actitud rebelde, protestando de los nuevos impuestos.

La tendencia nos parece peligrosa y digna de imparcial censura. Sea como quiera, se trata de preceptos oficiales, á los que no es lícito, so pena de minar el organismo del Estado, oponer la resistencia material, que trae consigo la alarma y el desasosiego.

Pero ¿puede disculparse la responsabilidad que por provocarla contrae el Gobierno, desatendiendo los clamores de la opinión? El Senado le otorgó un generoso voto de confianza para resolver la cuestión de orden público: todas las parcialidades políticas hicieron al efecto plausibles alardes de patriotismo, subordinando al interés supremo de la Nación las particulares conveniencias de bandería. En el Congreso no tuvo eco esta conducta; la mayoría de los diputados no consideró necesaria aquella muestra de amor á la legalidad. Cierto es que el promoverla hubiera equivalido á suscitar cierto género de declaraciones de parte de la representación catalana. Por esta y otras cuestiones, ha debido decirse entre fusionistas que vale más *no meneallo*.

*
* *

¿Es legal la declaración del estado de sitio de Barcelona, hecha con arreglo á la ley de 23 de abril de 1870? Cuestión es ésta que puede dar origen á una luminosa discusion, si, con los textos legales á la vista, se aborda por alguna de las minorías en el Parlamento. Por el pronto, el Sr. Conde de Torreno ha preguntado en el Congreso si no estando, como no

están, suspendidas las garantías constitucionales en Cataluña, pueden ejercerse en aquellas provincias con entera libertad los derechos de petición, reunión y asociación que consigna la Constitución del Estado, y si se halla dentro de las formas ordinarias el derecho de libertad de imprenta; si estos derechos han sido limitados por alguna medida, y, por último, si por efecto de los sucesos que han tenido lugar en Barcelona, hay alguna persona sujeta á un tribunal especial que no sea de aquellos á que están sometidos los españoles en tiempos ordinarios.

D. Venancio contestó que el ejercicio de todos los derechos individuales es libre y nada más. Pero ¿y el artículo primero de la ley, que ordena no puede declararse el estado de sitio sino después de promulgada la de suspensión de garantías, si las Cortes están abiertas, ó publicado un decreto con el mismo fin en otro caso?...

*
*
*

El Arzobispo de Tarragona se ha creído en el deber de dar á sus diocesanos *reglas de conducta cristiana* para los actuales momentos de perturbación religiosa. Conviene conocerlas:

Primera. Es de fe que la jerarquía eclesiástica se compone de Obispos, presbíteros y ministros, con el Papa á la cabeza. El Papa tiene y ejerce en la Iglesia el primado de honor y de jurisdicción en los amplísimos términos definidos por el Concilio Vaticano.

Segunda. Los católicos seculares no pertenecen á la jerarquía, no son en la Iglesia prelados ó maestros, son discípulos y súbditos; son, sin embargo, auxiliares útiles, y en dadas circunstancias, relativamente necesarios, del sacerdocio; y su cooperación subordinada no es *laicismo*, forma funesta del liberalismo, sino la función orgánica de miembros del cuerpo místico de la Iglesia.

Tercera. El *laicismo*, introduciendo en los grados de la jerarquía un elemento extraño, altera su constitución divina, tiende á secularizar la Iglesia y á convertir el reino de Cristo en institución humana.

Cuarta. Los Obispos, mientras están en comunión con la Santa Sede, son el lazo de unión de los fieles con ella, y el conducto regular por donde éstos han de recibir las enseñanzas y mandatos de la Iglesia.

Quinta. En caso de duda en materia de religión y conducta moral, y hasta que el Papa hable, están seguros en conciencia los fieles, clérigos ó legos, siguiendo á su prelado; mas no lo están siguiendo distinto criterio.

Sexta. Es privativo del Papa y de los Obispos con el Papa el juicio teológico-doctrinal acerca de la fe, de la moral y de la bondad de las instituciones religiosas: usurpan, por tanto, la misión ajena los fieles, clérigos ó seculares, que se lo atribuyen.

Séptima. No corresponde á los legos dar ó quitar patentes de catolicismo; y se exceden, y además faltan á la caridad y á la justicia, los que se propasan á echar la infamante nota de *católico-liberal*, de *mestizo* ú otra por el estilo sobre personas que están en comunión con sus prelados, quienes lo están á su vez con el Papa, que creen todo lo que la Iglesia cree, y profesan todas las doctrinas que la Iglesia enseña, incluso las contenidas en el *Syllabus* de Pío IX.

Octava. La locución *católico-liberal* es un contrasentido; el que es liberal no es católico, porque es rebelde á la Iglesia.—Al contrario, el que es católico, lo es *íntegro* y *puro*, y la locución *católico íntegro* ó *puro* es, por lo menos, un pleonasma.—La fe divina no se divide ó mezcla: ó se posee íntegra y pura, ó no se posee absolutamente.

Novena. El liberalismo no consiste en las formas políticas de gobierno. La esencia del liberalismo está en la negación de la autoridad: el liberalismo es la autonomía humana, el *non serviam* del ángel caído.—Que esto no se olvide nunca ni por nadie; que tampoco se olviden los mandamientos de la ley de Dios; que en las presentes circunstancias se mediten detenidamente el cuarto y el octavo; que se imponga silencio á las pasiones y se enfrene la lengua y la pluma, porque mucho de lo que ahora se habla y escribe podrá no ser liberal, aunque lo parece mucho, pero es ciertamente muy poco *cristiano*.

Como se ve, no puede ser más solemne y categórica la condenación de los obispos de levita y sombrero de copa, responsables de muchos de los males que hoy afligen á la Iglesia.

*
* *

Acaban de cumplirse doscientos años desde la muerte del insigne pintor Bartolomé Esteban Murillo, quizá el más original de cuantos se conocen, el de estilo más puro, la gloria más genuina de las artes españolas.

Nació en 30 de diciembre de 1617, ó el 1.º de enero de 1618, bajo el purísimo azul del cielo de Andalucía, y las frescas brisas del Guadalquivir dieron aliento á su primer suspiro en la poética Sevilla, concluyendo su vida el 3 de abril de 1682, á los sesenta y cuatro años de edad.

Hay en sus cuadros tanta inspiración, que apenas pueden someterse á las estrechas reglas del arte. Aquella transparencia, aquella pureza en las formas, ajenas en muchas ocasiones á la severa corrección de escuela, sólo puede conseguir las el alma cuando se eleva á la contemplación de la suma belleza.

En las *Madonnas* de Rafael se admira la expresión de la mujer perfecta; ante las Concepciones de Murillo hay que doblar la rodilla, y huye todo pensamiento mundano. Asombra en Rivera la expresión del dolor en consorcio con el ascetismo; en Zurbarán la austeridad severa del ánimo victorioso contra las pasiones; en el divino Morales, el sufrimiento por la caridad; Murillo es el pintor de la beatitud celeste.

La Academia de San Fernando, la Escuela y Círculos de Bellas Artes y la Asociación de Escritores y Artistas han cumplido en nombre de la Nación, consagrando á Murillo un recuerdo piadoso y un homenaje á su gloria al pie de su estatua.

Corto es el don para mérito tan superior, modesto tributo ofrecido al genio español por excelencia; pero honra sea de la generación presente haber hecho en loor de Murillo lo que no hicieron los siglos precedentes.

*
* *

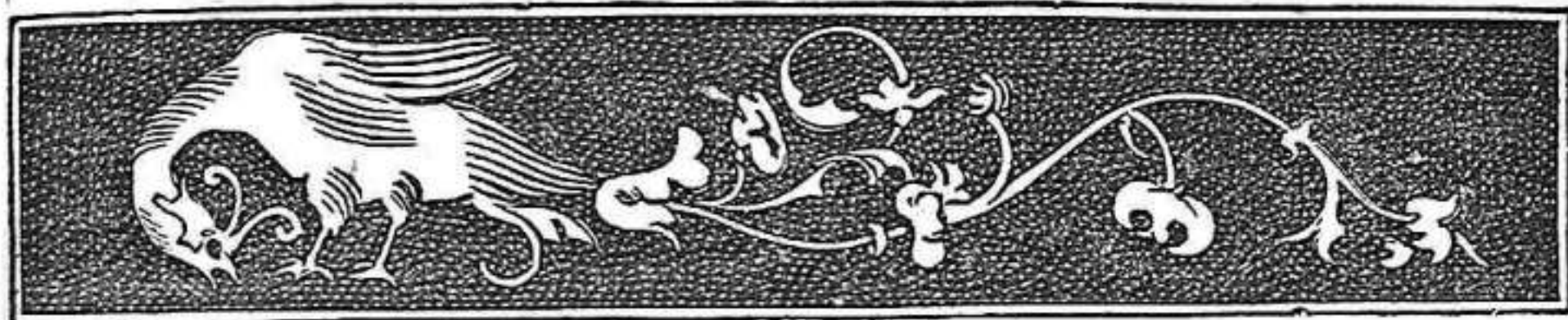
Pasó la Semana Santa, sin que los gobernantes hayan dado muestras de arrepentimiento, quizá porque no han cuidado de hacer la recomendable penitencia. Empezaron las corridas de toros, de las que no sin motivo ha dicho Ricardo Vega que

es una fiesta española
que viene de prole en prole,
y ni el Gobierno la *abole*,
ni habrá nadie que la *abola*;

y por consecuencia de ellas, yacen hoy en el lecho de la muerte, aunque, por fortuna, habiendo salvado ya la inminencia del peligro, dos diestros de los más favorecidos por las simpatías del público inteligente. No preguntéis, pues, de qué se habla en Madrid; la política no tiene el privilegio de oscurecer á la tauromaquia.—¿Cómo están?...—¿Entró mucho el cuerno?...—¿Dijeron algo al recibir la cornada?— Tales son las curiosidades más en boga. Una voz discreta y bien intencionada se ha alzado en la alta Cámara, demandando una vez más eficaz remedio contra la frecuencia de tan sensibles catástrofes... ¿Y qué? El vencedor de carlistas y filibusteros ha declarado, de acuerdo con el autor de la gráfica redondilla, que es muy doloroso el sacrificio de un hombre como diversión de unos cuantos miles de desnaturalizados semejantes... pero que, así y todo, España se divierte. Estamos, en efecto, divertidos. Sarah Bernhardt, la célebrima actriz, tan eminente como excéntrica, que se ha encargado de propagar la dramática francesa por toda Europa, nos ha dispensado el honor de festejarnos con su visita, en tanto que Echegaray exhibe en el Teatro Español el último fruto de su atrabiliario ingenio, y la compañía italiana de Virginia Marini reproduce de nuevo su conocido repertorio...

Hé ahí el interés de la quincena. La fusión *s'amuse*.

R.



REVISTA EXTRANJERA.



No sabemos si es ley eterna, pero parece sí inapelable, que el prestigio y hasta el aura del talento estén de antiguo vinculados con la suerte de las naciones que triunfaron por la fuerza bruta. Á despecho de las teorías del derecho moderno, predominó siempre en Europa la política y hasta el genio del más fuerte y del vencedor en las armas.

Al principiar la historia moderna, la triunfante espada de nuestros Reyes atrajo á Colón y dió á España una importancia universal, que no había de eclipsarse sino después de los grandes reinados de Carlos I y de Felipe II. La época era guerrera y galante, y España, deslumbraba con el brillo de sus victorias, á la vez que la galantería castellana, era el tipo del idealismo, y hasta poetas y trovadores extranjeros se inspiraban á orillas del rico Tajo, del dulce Guadalquivir ó del risueño Turia.

En la historia contemporánea, Francia no hubiera ocupado nunca tan distinguido puesto sin sus Césares. Sus filósofos la llenaban de sangre; Napoleón I hizo de ella la primera nación militar, y entonces aparecieron de relieve sus celebridades y grandezas, que sólo en segundo término habían figurado hasta el reinado de Luis XIV. Entonces brilló en todo su esplendor la literatura francesa. Y á raíz de humillar Napoleón III al moscovita en Sebastopol, y al tudesco en el Cuadrilátero, nadie se hubiera atrevido á poner en duda que París era el cerebro de Europa, y por consiguiente del mundo.

La suerte es inconstante, y la preponderancia social y po-

lítica ha cambiado otra vez de domicilio. Que el Reino de Prusia sea hoy respetado Imperio de Alemania; que la lengua, las letras y las ciencias germánicas estén en boga y sean el prototipo de la profundidad y del saber, es cosa debida á los hechos de armas que provocaron el gran triunfo de Sedán y la ocupación de la capital de Francia por los soldados del Emperador Guillermo.

Es triste, pero es un hecho, que siga siendo la primera nación aquella que mejor uso sabe hacer de bayonetas y cañones. Por esto las miradas de todos se vuelven hoy á Bismarck, que es el brazo derecho y la cabeza del gran Imperio.

Sin embargo, los políticos llaman á Bismarck hombre de hierro; porque, diplomático hábil, tiene el arte de no traducir sus impresiones en el semblante; y Bismarck sigue, en efecto, imprimiendo carácter á la marcha de los sucesos en Europa, hasta que otra nación llegue, en las evoluciones del tiempo, á adquirir mayor pujanza que la que hoy ha alcanzado Alemania.

Así vemos al hombre de hierro perseguir ó halagar una causa, según se lo aconsejan las circunstancias ó los tiempos. Riñó lamentables batallas en días de Pío IX contra el catolicismo; y ahora, en el pontificado de León XIII, ha nombrado Ministro plenipotenciario junto á la Santa Sede á Mr. de Schloezer; considera como á un Soberano al Jefe de la Iglesia católica, y se digna ya tratar con la Curia como de potencia á potencia, allanando el camino de todas las transacciones nobles y de las avenencias provechosas.

La poderosa influencia de Alemania cambia también á su antojo las corrientes de la opinión pública. Hace pocos meses que, al decir de correspondencias y telegramas, estaba Europa en vísperas de una conflagración general. La idea que inspiró el grito guerrero de los sublevados de la Crivoscia, iba á inflamar de súbito todos los pechos slavos, y al incendio de todo el Oriente de Europa, Rusia se lanzaría contra el Austria en una guerra de exterminio. Pero á las primeras gestiones de Alemania, que hoy quiere la paz, perdióse en el espacio el último eco de los discursos de Skobeleff, las relaciones entre Viena y San Petersburgo se estrecharon, y

el gran Duque Vladimiro, hermano del Emperador de Rusia, halló en Austria una entusiasta acogida, en su reciente viaje de salud, y á su paso para Italia.

*
*
*

Respecto de planes futuros, la imaginación suele ir muy lejos, tan lejos que no es siempre posible seguirla. Un folleto que ha producido sensación en Bélgica, y que se titula *De la Sprée á l'Escaut par la Marne*, profetiza grandes cambios en el mapa político de Europa, y una campaña en la que debe sucumbir el Gobierno neerlandés y el belga de los Países Bajos.

En 1890, dentro de ocho años, la raza germánica se habrá sobrepuesto completamente á la raza latina, según dice el folletista, y Francia habrá dejado de ser potencia militar. Esto último nada tendría de extraño siguiendo el camino que se sigue.

Los franceses habrán cometido una imprudencia cualquiera, y esta imprudencia servirá de pretexto para que los ejércitos alemanes franqueen la frontera y humillen de nuevo la bandera tricolor de las huestes republicanas. Francia pagará, pues, sus actuales algaradas, y comprará la paz, quedando dividida en provincias confederadas como los Estados Unidos, y mientras Italia, España y Austria aplaudirán, como aliadas, la política del gran Imperio, Rusia habrá echado en olvido sus arranques panslavistas, y el continente entero enmudecerá ante la espada vencedora del moderno César.

En aquel momento histórico, y después de tales sucesos, Alemania recordará que no es potencia marítima y que su poder reclama, como natural de ahogo, los puertos que en el mar del Norte tienen Bélgica y Holanda. Podrá haber bloqueo aduanero, podrán los ejércitos alemanes de guarnición en Metz, Tréveris y Colonia, emprender las operaciones militares á la señal primera; podrá, por otra parte, el Rey de Bélgica responder al grito de guerra, correr á la línea del Mosa y formar sus reservas bajo el amparo del cañón de Amberes; pero el resultado no puede ser dudoso. A un cuerpo de ejército alemán le es fácil penetrar por el Brabante holan-

dés y terminar su campaña en los muros de Amberes, que serán el último baluarte de la independencia belga.

El folleto en cuestión ha sido discutido con toda la formalidad posible; pero tiene muchos puntos débiles, y sus aventuradas hipótesis no aparecen tan evidentes como pretende su autor. El papel que se reserva á Inglaterra es por demás desairado, y es fácil que esta potencia recuerde á su tiempo que Lord Beaconsfield dijo «que existirá Bélgica en Europa mientras haya una Inglaterra en el mundo;» no es fácil que olvide el Reino Unido que puede colocar torpedos y aun escuadras invencibles para cerrar las bocas del Escalda.

En medio de este lujo de pura fantasía hay un hecho que sobresale, un hecho de consecuencias indudables. El gran poder de Francia es aún hoy sólida garantía de la independencia de los pequeños Estados del Norte de sus fronteras, y nada hay que temer mientras subsista esa garantía.

El mal está en que puede debilitarse esa fuerza, hoy todavía imponente. El mal está en que la Nación, á la que no puede negarse vigor atlético, pudiera quedar reducida á la impotencia por las discordias que fermentan en su seno, cayendo atada de pies y manos ante el águila prusiana, que no pierde ni uno de sus movimientos.

*
**

Francia sufre, en efecto, crisis graves y continuas que la abaten.

Las nociones del derecho público están desfiguradas por la ambición y las pasiones de los partidos. Hay allí una lucha á brazo partido entre concepciones falsas de la autoridad y otras concepciones, falsas también, de la libertad, entre prácticos y teóricos, entre la centralización y la descentralización sistemáticas. Y se confunde la autoridad con la omnipotencia del Estado, la libertad con la anulación de la autoridad, y este desorden de principios trastorna las cabezas y produce el vértigo. De ahí resulta esa perturbación que observamos en la política, en el derecho, en la enseñanza y en la conciencia. De ahí ese malestar arriba y abajo y esas fluc-

tuaciones entre lo arbitrario y la anarquía, entre la dictadura y la demagogia.

Es el mal de siempre, dados ciertos principios implantados en la práctica. Se necesitaría un brazo grandemente experto y un entendimiento muy claro para poner prudente coto á los progresos del mal y contener en sus justos límites las naturales aspiraciones de todos; y la actual República ha sido hasta hoy estéril en hombres de verdadero genio.

Las huelgas en fábricas y distritos mineros, las manifestaciones antirreligiosas de los librepensadores, las algaradas del socialismo, las protestas organizadas contra el laicismo y la obligación de la enseñanza, mantienen una revolución latente que no aparece en la superficie, pero que el día menos pensado puede estallar en mil chispazos; como estallan y forman un cráter los vapores condensados en las entrañas de un volcán.

Tal es el estado interior de Francia. Su política exterior ha sido tan varia como las opiniones de los hombres públicos que se han sucedido en el poder, tomando un carácter de todo punto inconveniente y desacertado durante el período de la influencia del llamado oportunismo de Gambetta.

En el Norte de África, en Túnez y en Egipto hubo indicios y tendencias que pudieron hacer concebir sospechas de engrandecimiento de territorio, ó cuando menos de cierta preponderancia exclusivista que podía levantar fundadas susceptibilidades, principalmente en el Gabinete italiano.

Así sucedió, en efecto, y la animosidad trascendió primero de la esfera de los altos políticos á las capas populares, manifestándose en mil ocasiones por reyertas entre súbditos de nación francesa y súbditos italianos; y últimamente apareció manifiesta con el proyecto de celebración del aniversario de las célebres Vísperas Sicilianas.

Seiscientos años hacía durante los que nadie se había acordado de conmemorar la célebre matanza y la expulsión del Duque de Anjou y de los suyos; se anunciaba el centenario con aparatosos pormenores; hasta el valetudinario Garibaldi se dirigía á presenciar las fiestas de Sicilia, y todo hacía presentir que la isla sería teatro de una sonada manifestación

antifrancesa. Felizmente el nuevo Gabinete Freycinet había manifestado más conciliadoras tendencias; los ánimos se habían algún tanto calmado, y el centenario no ha tenido la importancia que por lo general se esperaba.

El partido republicano de Italia se ha esforzado en alejar cuanto hubiera podido ser más molesto á la República francesa; y hasta uno de los representantes de Palermo, en párrafos de elocuencia tribunicia, supo maldecir á los déspotas de 1282 y poner en las nubes á los reformadores de 1789.

Una cosa es la Edad Media, y muy otra el hecho culminante escrito en la primera página de la historia contemporánea; y tratándose de franceses, una cosa es en efecto la figura del Duque de Anjou, y otra la de Robespierre.

* * *

Puede, en resumen, decirse que todas las naciones se concentran, tratando de consagrarse á fortalecer su interior organismo, casi en todas partes vicioso ó quebrantado, y decididas por el momento á no distraer fuerzas materiales en la solución de problemas internacionales.

Hasta Inglaterra suele descuidar algún tanto el predominio ansiado y su influencia en los asuntos que afectan al Istmo, preocupada como está con la sublevación de Irlanda, que Mr. Gladstone puso de mal en peor con los *soit-disant* liberales procedimientos de su gobierno.

Se habla mucho de paz europea, y nunca con más razón. La paz es un hecho, porque es imposible la guerra con el extranjero cuando hay que sostener grandes y terribles luchas en casa. El socialismo en Alemania, el nihilismo en Rusia, la *Commune* en Francia, los irlandeses en la Gran Bretaña, los turbulentos sectarios en Italia son los que distraen y quitan los bríos á todas las fuerzas nacionales, incapaces hoy de soñar en grandes aventuras más allá de sus fronteras.

Nunca estuvo más asegurada que hoy la paz de Europa.

S.